



se

MARY  
HIGGINS  
CLARK

CAROL  
HIGGINS  
CLARK

Todo está tranquilo

Lectulandia

La primera Fiesta de la Alegría del pintoresco pueblo de Branscombe, New Hampshire, parece haber traído la suerte a cuatro trabajadores del mercado local, ganadores de ciento ochenta millones de dólares de la lotería. Sin embargo, la felicidad se troca en preocupación cuando el afortunado grupo intenta ponerse en contacto con el compañero que eligió el número premiado pero, a última hora, decidió no jugar. Duncan Graham ha desaparecido sin dejar rastro, al igual que el ganador de otro boleto premiado en una ciudad vecina. ¿Podría tratarse de la misma persona?

Atraídas por el misterio, Alvira Meehan, detective aficionada, y la investigadora privada Regan Reilly no tardarán en llegar al lugar de los hechos para descubrir que en el idílico pueblo de Branscombe la vida no es tan apacible como parece.

**Lectulandia**

Mary Higgins Clark & Carol Higgins Clark

# **Todo está tranquilo**

**Regan Reilly - 04**

ePub r1.0

Titivillus 25.06.2017

Título original: *Dashing Through the Snow*  
Mary Higgins Clark & Carol Higgins Clark, 2008  
Traducción: Laura Martín de Dios

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Lisl Cade  
Apreciada amiga y publicista entregada  
Con cariño*

## Agradecimientos

Una vez más hemos contado una historia y una vez más hemos disfrutado la experiencia de escribir sobre nuestros personajes preferidos: Alvirah y Willy Meehan, Regan y Jack Reilly y sus nuevos amigos de Branscombe.

Es un honor y un placer dar las gracias a la gente que nos ha acompañado durante este paseo en trineo: a nuestros editores, Michael V. Korda y Roz Lippel; a nuestra publicista, Lisl Cade; a la directora adjunta de Copyediting, Gypsy da Silva; a la diseñadora de la portada original, Jackie Seow, y a la agente literaria Esther Newberg.

Los cascabeles del trineo repican con alegría por nuestra familia y amigos, quienes siempre tienen palabras de ánimo cuando las necesitamos, en particular por John Conheeny, un «esposo extraordinario», por Irene Clark, Agnes Newton y Nadine Petry.

A todos ellos y a nuestros lectores, felices fiestas.

*Jueves, 11 de diciembre*

En el pintoresco pueblo de Branscombe, en el corazón del estado del granito, New Hampshire, estaban terminando de colgar las luces y las pancartas que anunciaban la primera, y muchos esperaban que anual, Fiesta de la Alegría. Era la segunda semana de diciembre y la localidad era un hervidero de actividad. Los voluntarios, con el rostro animado por las buenas intenciones, ayudaban a transformar el prado comunal en un lugar de ensueño para los amantes de la Navidad. Hasta el tiempo cooperaba. Como si estuviera haciendo cola a la espera de su turno, empezó a caer una fina nieve. Incluso el estanque estaba completamente congelado, listo para las actividades de patinaje sobre hielo planeadas para el fin de semana. La mayoría de los habitantes de Branscombe habían crecido con unos patines de cuchilla en los pies.

Al enterarse de la existencia del festival y del objetivo al que aspiraba — promover el saludable estilo de vida rural y el verdadero significado de las fiestas—, una de las mayores cadenas de televisión, BUZ, había decidido cubrir el evento. Habían puesto toda la carne en el asador en un emotivo especial que emitirían en Nochebuena.

Muffy Patton, una joven de treinta años y esposa del alcalde, elegido recientemente, había propuesto la temática del festival durante el verano en una de las reuniones del consistorio.

—Ya es hora de que hagamos algo especial por este pueblo. Hay muchos municipios en el estado que se han hecho famosos por sus carreras de trineos y sus semanas dedicadas a la moto. Hace ya mucho que nadie se acuerda de nosotros. Tendríamos que celebrar la sencillez de un pueblecito como Branscombe, con gente de valores tradicionales. ¿Qué otro lugar mejor que este donde formar una familia?

Su marido, Steve, la había respaldado con gran entusiasmo. Como representante de la tercera generación al frente de una inmobiliaria, estaba completamente a favor de promover el valor del terreno de aquella zona. En el listado de casas a la venta de la compañía había varias que podrían convertirse en el retiro campestre perfecto de la gente de Boston. Steve, hombre persuasivo y emprendedor, había ayudado a Muffy a avivar un entusiasmo creciente por el festival.

—Hay muchos sitios donde el espíritu navideño ha dejado de ser lo que era — opinó—. Ahora todo se reduce a gastar y a ir de rebajas. Han desaparecido los árboles de Navidad artificiales que solían abarrotar las tiendas frente a las calabazas de Halloween. Mis amigos de la ciudad dicen que el estrés que les producen las fiestas los vuelve irritables y malhumorados. Organicemos un fin de semana tradicional, con sabor a campo, con villancicos en la plaza del pueblo, luces nuevas para la secuoya y un montón de actividades que amenizarán los dos días. Demostraremos que la Navidad es una época de paz y amor y sentaremos ejemplo.

—¿Y qué me dices de la comida? —preguntó uno de los miembros del consistorio, yendo a lo práctico.

—Contrataremos a Conklin's para que se encargue de todo. Calcularemos el precio de los vales para que no dé justo para cubrir los gastos. Es una suerte que en el pueblo contemos con un negocio familiar como el de Conklin, es toda una institución.

Todos habían asentido con la cabeza, pensando en lo bien que uno se sentía con solo poner un pie en aquel establecimiento. Era un verdadero placer inhalar el aroma a pavo rustido, a jamón asado, a salsas para pasta cocinadas a fuego lento y a galletas salpicadas de trocitos de chocolate; verdaderos manjares dignos de un rey. Y solo unos pasos más allá uno podía encontrar llaves inglesas, mangueras e incluso pinzas para la ropa. A la gente de Branscombe le gustaba que las sábanas y las toallas olieran a aire puro y a limpio.

Al final de la reunión, el entusiasmo había alcanzado su punto álgido. Ahora, tres meses después, solo faltaba un día para el inicio del festival. La ceremonia de inauguración estaba programada para el viernes a las cinco de la tarde en la plaza del pueblo. El gigantesco árbol de Navidad de Branscombe ya estaba iluminado, y el resto de árboles que se hallaban a lo largo de Main Street y alrededor de Bowling Green se encenderían en el momento preciso en que Santa Claus llegara en su trineo tirado por caballos. Iban a repartir velas y el coro de la iglesia iniciaría los villancicos navideños, a los que se uniría la gente. A continuación, la cena bufet en el sótano de la iglesia daría paso a la primera de las muchas proyecciones de *¡Qué bello es vivir!*

El sábado, durante la venta benéfica de Navidad, Nora Regan Reilly, cuyo yerno era amigo íntimo del alcalde desde la universidad, estaría firmando el libro que acababa de publicar. También había accedido a hacerse cargo de la hora del cuento y a pasar un rato con los niños. Fuera, se celebrarían carreras de carretas y trineos, y Bing Crosby y Frank Sinatra interpretarían las canciones de Navidad más populares para entretener a los patinadores sobre hielo. El sábado por la noche, una nueva cena bufet daría paso a la representación de *Canción de Navidad*, puesta en escena por el grupo de actores amateur de Branscombe. El domingo por la mañana, un desayuno a base de tortitas pondría punto final a los festejos: un nuevo ágape que se celebraría en el sótano de la iglesia.

Hasta el momento, los planes iban como una seda.

En el Conklin's Market, los empleados trabajaban sin descanso, intentando dejarlo todo listo para el fin de semana. El festival había resultado ser una gran idea, tanto para el pueblo como para el negocio, pero los trabajadores estaban agotados. Las fiestas, desde Acción de Gracias hasta Año Nuevo, siempre comportaban un gran ajetreo, pero ese año estaba siendo de locos. Además, gracias a la cobertura



televisiva, la gente de los pueblos de los alrededores acudiría en gran número a los festejos. Los empleados de Conklin's tenían que estar preparados para hacer frente a una mayor demanda de comida. Sabían que no podrían disfrutar de la fiesta en ningún momento, pero estaban convencidos de que el señor Conklin los recompensaría con una paga navideña mayor que la habitual, una prima que otros años ya habían recibido por esas fechas. De hecho, parte del personal había estado protestando por el retraso.

Esa noche, ninguno de ellos veía el momento de que llegara la hora de echar el cierre, a las ocho de la tarde. A menos diez, Glenda, la jefa de cajas, estaba cerrando una de las cajas cuando la puerta principal se abrió de par en par y la autoritaria y reciente esposa del señor Conklin, Rhoda, entró con aire majestuoso, seguida por su cada vez más avergonzado marido, Sam, a quien ahora se dirigía como Samuel. Rhoda, ya cerca de cumplir los sesenta, había conocido al viejo Conklin en un baile para gente mayor soltera, en Boston, un fin de semana en que el hombre había ido a visitar a su hijo. Rhoda no había tardado demasiado en darse cuenta de que Sam era una perita en dulce. Hacía poco que se había quedado viudo y el hombre no supo lo que se le venía encima hasta que un día se encontró en la iglesia engalanado con su mejor traje azul, una flor en la solapa y a Rhoda enfundada en un reluciente vestido de cóctel desfilando con decisión pasillo arriba, en su dirección. Desde entonces, Conklin's Market no había vuelto a ser lo mismo. Rhoda intentaba dejar su huella en un negocio con cuarenta años de antigüedad que hasta el momento había funcionado a la perfección sin ella.

Había dicho a Ralph, el carnicero, cuyos pavos asados disfrutaban de una fama legendaria, que utilizaba demasiada mantequilla cuando los rociaba durante la cocción. Intentar convencer a la dulce Marion, una mujer de setenta y cinco años que llevaba la panadería desde el primer día que abrió el negocio, para que utilizara rellenos de lata en los pasteles y las tartas no había caído bien. Tommy, un joven y corpulento veinteañero de facciones toscas y atractivas, que poseía una mano mágica para las ensaladas y los sándwiches, recibió la orden de reducir las generosas porciones de embutido que distribuía en los sándwiches de tamaño grande. Duncan, el encargado de la sección de frutas y verduras, se sintió profundamente agraviado cuando Rhoda recuperó una manzana macada que él había retirado y arrojado al cubo de la basura.

Y luego estaba Glenda. Esta sabía, porque era la que tocaba el dinero en efectivo, que siempre que Rhoda pululaba por allí, dos ojos avizores la vigilaban, y aquello era algo que la ofendía en lo más hondo de su alma. Llevaba trabajando en Conklin's desde que iba al instituto, y en aquellos dieciséis años jamás había faltado ni un solo penique durante su turno, ni nunca faltaría. La visión de la nueva señora Conklin le revolvió el estómago. Mientras los empleados se habían matado a trabajar, Rhoda, por supuesto, había estado ausente, en la peluquería. El ancho mechón blanco que le nacía en la frente y le recorría la melena de color negro carbón parecía recién

engominado. Glenda había definido aquella mano de tinte como «remofetarse», por lo que Rhoda era conocida entre los empleados de Conklin's como «la Mofeta».

Rhoda se dirigió hacia Glenda como una flecha.

—¡Ya verás la sorpresa que tenemos preparada para nuestros cinco empleados especiales! A Samuel y a mí nos gustaría que Ralph, Marion, Duncan, Tommy y tú fuerais al despacho en cuanto hayáis terminado de cerrar.

—Claro —asintió Glenda, mientras echaba un rápido vistazo con el rabillo del ojo a las dos pesadas bolsas de la compra con el logotipo de la tienda de marcos del pueblo que llevaba el señor Conklin. ¿Qué habría allí dentro?

Diez minutos después salió de dudas. Una vez reunidos en el despacho, esperaron estoicamente a que Rhoda acabara su breve discursito acerca del hecho de que la Fiesta de la Alegría estuviera haciendo reflexionar a la gente sobre el verdadero espíritu de la Navidad.

—Samuel y yo estamos encantados con los elogios que está recibiendo el pueblo de Branscombe por centrarse en las personas y no en las cosas. Espiritualidad, buenos vecinos... Por esa razón hemos decidido daros otra cosa en vez de una paga, que es algo muy materialista. —Rebuscó en las bolsas y empezó a repartir un paquete envuelto en papel de regalo a cada uno de ellos—. Abridlo todos a la vez, así ninguno le estropeará la sorpresa al otro.

Un silencio sepulcral invadió la habitación cuando los empleados más antiguos de Conklin's, después de arrancar el lazo y el papel que envolvían las cajas, se encontraron ante una foto de grupo de ellos mismos de hacía seis meses, junto a los novios, en el porche del Branscombe Inn. En los marcos se leía la inscripción: «En agradecimiento a vuestro largo y fiel servicio. ¡Felices fiestas! Samuel y Rhoda Conklin».

Glenda se quedó sin palabras. «Todos necesitamos la paga extra y, además, contábamos con ella —pensó, enojada—. Duncan ha empezado a hacer tantos recortes que hoy ni siquiera ha participado en la lotería del grupo». Glenda había planeado utilizar la paga para saldar el anticipo que se había cobrado a cargo de la tarjeta de crédito. Había necesitado el dinero para reembolsar a Harvey, su ex marido, la ropa que, según él, ella le había «estropeado adrede» al dejarla en dos bolsas de basura en la puerta de casa justo cuando una tormenta inesperada había estallado. Un viento huracanado las había arrastrado hasta la calzada cuando la furgoneta de los repartos pasaba por delante con gran estruendo. Cinco minutos después Harvey había encontrado su ropa desperdigada por toda la calle, empapada y espachurrada.

—Si no la hubiera sacado a la hora convenida —había protestado Glenda—, me habría acusado de desacato al tribunal.

No convenció al juez, quien le ordenó que satisficiera el valor de reposición de la indumentaria hortera que Harvey solía vestir. La paga extra habría significado el

saldo definitivo de sus cuentas y olvidarse de él y de sus trapicheos para siempre.

—No tenéis que agradecérmelo —dijo Rhoda alegremente, mientras los demás contemplaban las fotografías que sujetaban entre las manos—. Vamos, Samuel. Esta noche hay que descansar, va a ser un fin de semana de mucho ajetreo.

El señor Conklin la acompañó fuera del despacho, evitando la mirada de sus empleados.

Glenda se percató de que Marion intentaba reprimir las lágrimas.

—Prometí a mi nieto un bonito regalo de boda —dijo—, pero después de lo que cuesta el billete de avión a California, ya no sé qué podré comprarle...

—Judy y yo habíamos planeado irnos de crucero este invierno, para cambiar un poco de aires —se lamentó Ralph—. Con las dos niñas en la universidad, siempre vamos muy justos. Si Judy incluso está haciendo un canguro esta noche para sacarse un dinero extra.

Daba la impresión de que a Tommy iba a salirle el humo por las orejas en cualquier momento. Glenda sabía que seguía viviendo con sus ancianos padres porque dependían del dinero que él llevaba a casa. Era un buen esquiador y había planeado hacer un viaje con algunos amigos al oeste, un viaje que llevaba mucho tiempo aplazando.

El desgarrado y reposado Duncan, de treinta y dos años y tan solo un par más joven que Glenda, cogió el abrigo y se lo enfundó con brusquedad. El cabello dorado le cayó sobre la frente al subirse la capucha. Estaba encendido. Glenda siempre había tenido hacia él un sentimiento casi maternal. El joven era tan metódico y ordenado, y la sección de frutas y verduras de Conklin's tenía un aspecto tan acogedor que resultaba extraño verlo tan visiblemente contrariado.

—Me largo de aquí —dijo, temblándole la voz.

Glenda lo cogió por el brazo.

—Espera un momento —le pidió—. ¿Por qué no vamos todos a Salty's Tavern a comer algo?

Duncan la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Y gastar un dinero que no tenemos? —preguntó, alzando la voz a cada palabra—. El curso de planificación financiera al que he asistido insiste en que comer fuera cuando uno puede prepararse algo en casa sin problemas es una de las primeras razones por las que mucha gente acaba endeudada.

—Entonces ve a casa y hazte un sándwich de mantequilla de cacahuete —replicó Glenda—. ¿Crees que eres el único que está enfadado? A veces, después de un chasco así es bueno salir con los amigos y relajarse un poco.

Duncan se había ido antes de que terminara la frase.

—Mal de muchos, consuelo de algún que otro tonto —dijo Ralph, encogiéndose de hombros y esbozando una sonrisa—. Vamos.

—Me apunto —dijo Marion—. No bebo casi nunca, pero ahora mismo no me vendría mal un buen trago.

Dos horas después, Glenda, Tommy, Ralph y Marion, lo bastante animados para ser capaces de hacer bromas sobre la Mofeta, estaban a punto de abandonar el Salty's Tavern cuando Tommy señaló el televisor que había sobre la barra.

Todos escuchaban con atención cuando el locutor local, con voz emocionada, anunció:

—Esta noche hay dos acertantes de la Mega Millions. ¡Dos acertantes que compartirán trescientos sesenta millones de dólares, pero lo más increíble de todo es que ambos billetes se compraron a menos de quince kilómetros de distancia el uno del otro, en New Hampshire!

De repente todos se pusieron tensos. ¿Acaso cabía la más mínima esperanza de que su grupo hubiera comprado uno de los billetes premiados? Cada vez que había sorteo, ponían un dólar y compraban cinco papeletas. Siempre jugaban a los mismos cinco números en todos los boletos y al mismo número Powerball en cuatro de ellos, menos en el quinto, en el que se turnaban cada vez para escoger uno distinto.

El locutor leyó los cinco primeros números.

—¡Son los nuestros! —chilló Marion.

—Y el número Powerball es el... ¡treinta y dos!

Tommy y Ralph aporrearon la mesa.

—¡No! —gritaron—, el treinta y dos no es el número Powerball al que solemos jugar.

—¿Y el especial de la semana? —dijo Marion, alzando la voz—. Le tocaba elegir a Duncan, pero al final decidió no jugar.

Glenda andaba rebuscando en el bolso con manos temblorosas y la frente perlada de sudor. Sacó el monedero y abrió la cremallera del compartimiento donde guardaba los boletos.

—Duncan me dijo el número Powerball que había elegido. Estaba a punto de darme su dólar, pero volvió a guardárselo en la cartera. Estoy tan acostumbrada a comprar cinco boletos que cuando fui a la tienda y saqué un billete de cinco, pensé: «¿Qué narices?». Compré el boleto y puse el número Powerball de Duncan... Estoy segura de que era el treinta y algo.

—¡No aguanto más! —exclamó Marion—. ¿Cuál era? ¡Date prisa, Glenda! —la apremió, con voz ronca.

Glenda extendió las papeletas como si se tratara de un mazo de cartas.

—Vamos a ver.

A la tenue luz de la vela del vaso era difícil leer lo que ponía en los boletos. Marion se inclinó hacia delante, tratando de descifrar el número Powerball. Una especie de gruñido sobrenatural surgió de lo más profundo de su garganta.

—¡Oh, Dios! —exclamó al fin, levantándose de un salto y agitando la papeleta—. ¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!

—¿Estás completamente segura de que es el treinta y dos? —preguntó Glenda a

voz en grito.

A Marion le temblaba tanto la mano que se le cayó el boleto al suelo. Tommy se agachó y lo recogió.

—¡Aquí pone treinta y dos! —bramó—. ¡Es el treinta y dos! —A esas alturas, la clientela del bar en pleno estaba de pie—. ¡Hemos ganado ciento ochenta millones a repartir entre los cuatro! —gritó, mientras levantaba en volandas a la diminuta Marion y empezaba a dar vueltas.

«Ya verás cuando Harvey se entere de esto», pensó Glenda en un arrebato, mientras Ralph y ella se abrazaban.

—¿Qué os parece si nos damos uno de esos abrazos de grupo? —preguntó Marion al tiempo que los cuatro se pasaban los brazos por encima de los hombros, riendo, llorando, todavía incrédulos por lo ocurrido.

«No puede ser cierto —pensó Glenda—. ¿Cómo va a ser verdad? Nuestras vidas han cambiado para siempre».

—¡Una ronda gratis para todo el mundo! —gritó el barman—. ¡Pero pagáis vosotros, chicos!

Los cuatro volvieron a tomar asiento, mirándose unos a otros.

—¿Estáis pensando lo mismo que yo? —preguntó Marion, secándose las lágrimas.

Glenda asintió con la cabeza.

—Duncan.

—Era su número Powerball —dijo Ralph.

—Sí, lo era —corroboró Glenda—. Yo jamás habría escogido el treinta y dos, pero fui la que puso un dólar de más. ¡Así que me debéis veinticinco centavos cada uno!

—Te lo pagaré incluso con intereses —prometió Tommy.

Todos se echaron a reír, aunque sus expresiones volvieron a recuperar la seriedad de inmediato.

—Deberíamos compartirlo con Duncan —dijo Glenda—. El pobre... Esta noche ni siquiera podía permitirse una hamburguesa. Además, sin su número no habríamos ganado.

—Ni tampoco si tú no hubieras puesto ese dólar de más —dijo Marion—. Nunca podremos agradecértelo lo suficiente.

Glenda sonrió.

—Llevamos años haciendo esto juntos y por fin nos ha sonreído la suerte. Empecemos nuestra propia Fiesta de la Alegría. Me muero por ver la cara que pondrá Duncan. —Sacó el móvil. Tenía el número del joven en la lista de contactos. Probó con el teléfono de casa y con el móvil, pero no respondió a ninguno de los dos, así que dejó un mensaje para que la llamara enseguida, sin importar la hora que fuese—. Qué raro —murmuró al colgar—, por lo que dijo, parecía que se iba directo a casa. No se habrá enterado de que hemos ganado y habrá creído que no contamos con él,

¿verdad?

—También podría pensar que te limitaste a jugar los cuatro dólares y que no hemos ganado nada —dijo Tommy.

El barman se acercó a ellos en ese momento, descorchó una botella de champán y empezó a servirlo en cuatro copas.

—Es hora de celebrarlo. Estoy seguro de que ninguno de vosotros tiene intención de ir a trabajar mañana por la mañana.

—Ya puedes apostar lo que quieras —contestó Marion—. Es la gran oportunidad de la señora Conklin para llevar el negocio ella solita. ¡A ver si le sale una tarta tan buena como la mía! ¡Que tengas suerte, guapa!

Encantados, entrechocaron las copas confirmando con un gesto de cabeza aquel sentimiento unánime y pensando en la cara que pondría la Mofeta cuando se enterara de la buena nueva.

Sin embargo, Glenda no era capaz de sacarse de encima aquella sensación de preocupación acuciante por Duncan. Se había disgustado mucho al no recibir la paga extra y ahora no contestaba al teléfono.

¿Le habría sucedido algo?

Alvirah y Willy Meehan acababan de salir del hotel Pierre de Nueva York, donde se había celebrado una cena para recaudar fondos destinados a una de las obras de caridad preferidas de Alvirah. La mujer había estado tan ocupada hablando con todo aquel que se detenía junto a su mesa para saludarlos que apenas había probado bocado. Willy, quien había acabado dando cuenta de los platos de ambos, no veía la hora de volver a casa. Ya eran casi las once y el cóctel había empezado a las seis. Incluso el maestro de ceremonias del evento parecía un poco cansado cuando acabó de leer los números del sorteo y agradeció su asistencia a los presentes.

Aunque la distancia a pie hasta el apartamento no era demasiado larga, Willy llamó a un taxi. La noche era fría y Alvirah llevaba tacones altos. Además, tenían que madrugar para asistir a un festejo navideño en New Hampshire con sus amigos íntimos, la detective privada Regan Reilly, su marido, Jack, jefe de la Brigada de Casos Principales del Departamento de Policía de Nueva York, y los padres de Regan, la escritora de novelas de suspense Nora Regan Reilly y su marido, Luke, quien dirigía una funeraria. Willy iba a darle las señas al taxista cuando Alvirah le tiró de la manga. Sabía exactamente qué quería su mujer: estaba hambrienta. El hombre, complaciente como siempre, en vez de indicar al conductor el doscientos once de Central Park South, le dio la dirección de una cafetería que no cerraba por la noche y a la que solían ir en ocasiones como aquella.

—A Leo's, entre la Cuarenta y cinco y Broadway.

Alvirah suspiró satisfecha.

—Ay, Willy, ya sé que estás muy cansado, pero me muero de hambre. Solo pediré la deliciosa *minestrone* de Leo, un sándwich de queso al *grill* y luego dormiré como un bebé.

No habría sido propio de Willy contestarle que siempre dormía como un bebé independientemente de lo mucho o poco que hubiera comido antes. Sin embargo, era consciente de que esa noche su mujer apenas había tenido oportunidad de probar bocado. A veces, pensaba que Alvirah trabajaba más ahora que cuando limpiaba casas y él se dedicaba a reparar tuberías con escapes. Unos años atrás, con sesenta y pocos años, habían ganado cuarenta millones de dólares a la lotería. Ahora Alvirah escribía una columna para *The Globe* de Nueva York, colaboraba con varias asociaciones benéficas y era la fundadora del Grupo de Apoyo a los Ganadores de Lotería, pero sobre todo había agudizado el olfato y olía los problemas de la gente a kilómetros de distancia. Algo de lo que él podría prescindir.

Por culpa del trabajo de detective amateur de Alvirah, a su mujer le habían inyectado veneno, había tenido que saltar por la borda de un crucero para escapar de las balas y habían estado a punto de asfixiarla.

«Es un milagro que no sufra trastorno de estrés postraumático», pensó Willy cuando el taxi puso rumbo hacia Leo's.

—No tardaré nada, cariño —prometió Alvirah cuando Willy pagó la carrera—. Si quieres, nos sentamos a la barra.

Una vez en el interior, les golpeó en la cara el fuerte olor a líquido de limpieza que un empleado desganado estaba esparciendo por el suelo. Una señal amarilla rezaba:

«PRECAUCIÓN. SUELO MOJADO».

—¡Por favor! —Gruñó Alvirah. Se volvió hacia Willy, quien estaba a punto de tomar asiento—. Creía que ya no se usaba esa especie de porquería que escuece los ojos. Hay pocas cosas en este mundo que me quiten el apetito, pero el olor de esa cosa es una de ellas. Vámonos de aquí.

Willy se animó de inmediato. Estaba ansioso por llegar a casa. Ya se veía metiéndose bajo las sábanas y recostándose sobre la almohada en su enorme y cómoda cama. En ese momento, Leo salió de la cocina y Willy lo saludó con la mano.

—No nos quedamos.

—Leo, ¿qué clase de insecticida le has echado a ese cubo? —preguntó Alvirah.

—Es bastante desagradable —admitió Leo—. El nuevo proveedor me convenció. Se supone que mata todo bicho viviente.

—Siento decírtelo, Leo, pero a quien está matando es a mí —dijo Alvirah, dirigiéndose hacia la salida.

Sin embargo, no había dado ni tres pasos cuando empezó a resbalar sobre el suelo húmedo. Willy se lanzó hacia delante para intentar cogerla a tiempo, aunque inútilmente. Alvirah consiguió mantener el equilibrio apoyándose en un taburete, pero se proyectó con el cuerpo hacia delante y se golpeó la cabeza contra la encimera de formica.

Una hora después se encontraban en la sala de urgencias del Saint Luke's Hospital, esperando a que un cirujano plástico le echara un vistazo al corte que tenía sobre la ceja izquierda.

—Señora Meehan, es usted una mujer dura —le había dicho un admirado y joven interno después de examinar la placa de rayos X—. No hay contusión y la tensión es normal. Enseguida vendrá el cirujano plástico y la dejará como nueva.

—Quiero referencias —dijo Alvirah, enarcando la ceja intacta—. Esta noche he visto suficientes rostros inexpresivos para saber que hay por lo menos un cirujano plástico pésimo suelto por la ciudad.

—No se preocupe, el doctor Freize es el mejor.

Tal vez el doctor Freize lo fuera, pero sus palabras, dichas con la mejor de las intenciones, no le sentaron demasiado bien a Alvirah. Estaba el cirujano acabando de coserle la herida cuando dijo con gran delicadeza:

—Ahora quiero que se vaya a casa y descanse tranquilamente el fin de semana.



Alvirah abrió los ojos como platos.

—Mañana por la mañana nos vamos a New Hampshire, a una Fiesta de la Alegría. No quiero perdérmelo.

—Ya me lo imagino —contestó el doctor Freize—, pero tenga en cuenta que ya tiene una edad.

Alvirah acusó el golpe.

—No hago más que decirle que ya no somos unos críos —intentó bromear Willy.

—Pues no —convino el médico—. Háganme caso, quédense en casa.

### 3

Nervioso y muy afectado, Duncan volvió en coche a su diminuta casa alquilada, en Huckleberry Lane, a veinte minutos de Conklin's Market. El domicilio se alzaba en el extremo de una calle sin salida, densamente arbolada.

—¡Sin paga extra! —no dejaba de exclamar, aferrado al volante del viejo vehículo deportivo de segunda mano—. ¡Sin paga de Navidad! ¿Cómo voy a pagar el anillo de Flower?

En el mes de junio, había visto la alianza en el escaparate de la joyería de Pettie, y aunque Flower y él solo se habían encontrado una vez después de conocerse por Internet, sabía que había dado con su media naranja. El engaste del anillo tenía forma de flor, con un pequeño diamante en medio y piedras semipreciosas en los pétalos que lo rodeaban. El señor Pettie había aceptado un mísero adelanto a regañadientes y lo había apartado hasta Navidad.

¿Qué iba a hacer ahora? Podía pagarlo con la tarjeta de crédito, pero todo el mundo sabía que si no se saldaba por completo a final de mes, uno acababa atrapado por los cargos astronómicos de los intereses que no dejaban de acumularse.

El mes anterior, un par de expertos en economía habían visitado el pueblo para llevar a cabo un seminario semanal sobre planificación financiera que acabaría antes de Navidad. Duncan, quien ya había hecho planes de futuro con Flower, se había apuntado al curso muy animado. Tras la última clase del miércoles por la noche, los expertos, Edmund y Woodrow Winthrop, dos primos de cincuenta y pocos años, lo habían llamado aparte.

—Se nos ha presentado la oportunidad de comprar acciones de una empresa prospectora que promete devolver antes de un año la inversión que hagas multiplicada por diez. Es un *home run* —le susurró Edmund.

—¡Qué *home run*! ¡Es un *grand slam*! —lo corrigió Woodrow.

—Todavía hay tiempo para que alguien invierta cinco mil dólares. Según el formulario financiero que rellenaste, vemos que dispones de esa cantidad en tu cuenta de ahorros, y teniéndolo en el banco, estás perdiendo dinero, Duncan. Nos gustas. Eres un joven serio y trabajador y te mereces una oportunidad única como esta...

—No... no... no... sé —tartamudeó Duncan.

—Es normal que dudes —dijo Edmund para tranquilizarlo—. Cada uno de nosotros va a poner cien mil. Es lo máximo que nos dejan invertir los directivos de la empresa.

—¡Cien mil cada uno! —Duncan se quedó pasmado.

—Ojalá nos dejaran poner más —dijo Edmund—, pero la ley es la ley. Duncan, si quieres participar, la oferta acaba mañana al mediodía...

Al día siguiente, Duncan estaba en el banco a primera hora. Pasó todo el dinero de la cuenta de ahorros a la cuenta corriente y luego condujo hasta la casa en que vivían los Winthrop y donde se impartía el seminario. Les tendió el cheque con una

mezcla de angustia y emoción. Era la primera vez en años que Duncan llegaba tarde al trabajo.

Ahora se había quedado sin paga extra, sin ahorros y el anillo de Flower seguía esperando en la caja fuerte de Pettie's. Flower llegaría en avión a finales de la semana siguiente y él había planeado pedirle matrimonio en Nochebuena.

A medida que se acercaba a casa, la ligera nevada empezó a arreciar, pero Duncan apenas se percató de ello. Cuando aparcó en la entrada y apagó el motor, este emitió un quejido nuevo que añadir a la lista de chirridos y crujidos del coche. Otra preocupación más, pensó Duncan mientras bajaba del vehículo, estampaba la puerta detrás de él y salvaba a la carrera el camino resbaladizo.

Una vez dentro de la fría casa, que Duncan mantenía a unos ahorradores dieciocho grados, se quitó el abrigo y lo arrojó sobre el sofá. Lo primero que vio fueron los apuntes que había tomado en el curso de planificación financiera. Estaban sobre la mesa del comedor, donde los estudiaba durante horas después de cada clase. La lección de Edmund y Woodrow de la noche anterior había versado sobre el modo en que la gente gastaba el dinero que tanto les había costado ganar. Recordaba todas y cada una de sus palabras.

—¿Sabéis cuánto dinero os gastáis al año en esos cafés que os tomáis a diario? Haced un termo de café y lleváoslo al trabajo o guardadlo en el coche —les había aconsejado Edmund, cuyo rostro afilado había adoptado una expresión de preocupación. Se había quitado las gafas y, dándoles vueltas para hacer hincapié en sus palabras, les sermoneó—: Cada vez que salís de casa sin un termo, os estáis estafando un dinero que de otro modo se sumaría a una cómoda jubilación.

Woodrow, con su ancho rostro eternamente adornado por una sonrisa, interrumpió a su primo.

—Disculpa, Eddie —dijo—, pero tengo una pregunta para nuestros invitados. —Señaló a los diecisiete habitantes de Branscombe que asistían al seminario—. ¿Cuántos de vosotros enjuagáis esas bolsas de plástico que se usan para la nevera y volvéis a utilizarlas?

Nadie había levantado la mano.

—¡Justo lo que me temía! —bramó. A continuación, atisbó una mano que tímidamente asomaba entre las demás—. Señora Potters, estoy orgulloso de usted.

Se levantó de la silla, se acercó a ella con un par de zancadas y tendió la mano a la anciana y antigua profesora. La señora esgrimió una radiante sonrisa al tiempo que Woodrow se acercaba la mano de ella a los labios.

—Lo que iba a decir es que empecé a guardar las bolsas de plástico y a reutilizarlas —dijo la anciana, con dulzura—, pero luego me di cuenta de que no era tan buena idea. Metí las sobras del pastel de cumpleaños de mi difunto marido, el último pastel de cumpleaños que probó en vida, en una bolsa que había utilizado para guardar roquefort, y permítame que le diga que fue la primera vez que le oí decir una palabrota.

Sonrió a Woodrow, quien le había soltado la mano.

—Gracias por compartirlo con nosotros, señora Potters —dijo—, pero es normal encontrarse con algún que otro escollo en nuestro camino hacia el dominio de los entresijos de la economía.

La señora Potters hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Supongo.

Woodrow regresó al frente de la estancia con rapidez.

—Amigos, daremos la clase por terminada con unos cuantos consejos útiles para que os los llevéis a casa, reflexionéis sobre ellos y, esperemos, los pongáis en práctica. ¡Comprad ropa que pueda lavarse a máquina! La limpieza en seco es cara. Y lo más importante de todo: por el amor de Dios, no os gastéis el dinero en boletos de lotería. Es lo mismo que acercar una cerilla a vuestro dinero y quemarlo. Buenas noches a todos. Nos veremos la semana que viene. Tened cuidado con el coche. Recordad: id a pie siempre que os sea posible, le hacéis un favor a vuestra salud y, además, ahorráis gasolina.

Duncan, debido al detalle que habían tenido con él al proponerle participar en la inversión y sintiéndose más o menos como el preferido del profesor, se había acercado a hablar con ellos después de clase.

—Eh, amigos, me encantan vuestros consejos, pero no estoy de acuerdo con vosotros respecto a lo de la lotería. Hemos formado un pequeño grupo en el trabajo y compramos los boletos juntos. Cada uno pone un dólar dos veces por semana y, tal como dice el anuncio: «¡Eh, nunca se sabe!».

Edmund y Woodrow habían sacudido la cabeza con gesto burlón.

—Duncan, eso son ciento cuatro dólares al año que podrías invertir en algo que prometiera un beneficio real.

Sin embargo, Duncan estaba feliz, enamorado y ansioso por ver a su Flower.

—Tengo que jugar una vez más —dijo—. Tengo la impresión de que voy a tener suerte. Jugamos siempre los mismos números, pero nos turnamos para elegir el Powerball de la última papeleta. Mañana me toca elegir a mí. La semana que viene es mi cumpleaños, cumpla treinta y dos. Ese es el número que voy a jugar.

—Treinta y dos, ¿eh? —dijo Woodrow con una sonrisa.

—¡Treinta y dos! —repitió Duncan plenamente satisfecho. Recitó el resto de números poco a poco, como si los cantara—: Cinco, quince, veintitrés, cuarenta y cuatro y cincuenta y dos. Llevamos años jugando a esos números.

—Cinco, quince, veintitrés, cuarenta y cuatro y cincuenta y dos —repitió Edmund despacio—. Supongo que responden a cumpleaños, aniversarios y números de direcciones.

—O al día que a alguien se le cayó un diente —bromeó Woodrow, riendo de buena gana.

—No, a eso no. —Duncan también se echó a reír—. Pero los números cinco, quince, veintitrés, cuarenta y cuatro y cincuenta y dos significan algo para cada uno

de nosotros.

—¿Y qué? —dijo Woodrow—. Seguimos pensando que es tirar el dinero. Espero que la próxima vez que nos veamos nos digas que has sido capaz de resistir la tentación —añadió, dándole una palmada en la espalda.

En esos momentos, solo en su diminuta casa, Duncan tenía muchas ganas de hablar con Flower, pero decidió que lo mejor sería esperar a haberse calmado un poco. Con lo dulce y cariñosa que era Flower, y con aquel sexto sentido que tenía para saber cómo se encontraba, seguro que nada más abrir la boca adivinaría que algo lo preocupaba. Además, ¿qué iba a decirle? ¿Que no había cobrado la paga extra que esperaba, que había invertido todos sus ahorros y que ahora no tenía dinero para pagar el anillo de compromiso?

Enojado consigo mismo, arrojó el móvil al suelo, fue a la cocina, abrió la nevera y sacó una botella de cerveza. Se la llevó a la sala de estar, se dejó caer en la butaca reclinable, se recostó y suspiró mientras alzaba el reposapiés y quedaba encajado en su posición. Desde allí tenía una vista inmejorable de la fotografía que había sacado a Flower en su primera cita, en el restaurante del muelle de San Francisco. Al entrar en el establecimiento, la vio sentada mirando el mar, con las manos entrelazadas sobre la mesa. Ella lo oyó acercarse, se volvió y sonrió, una dulce sonrisa que le iluminó la cara y el corazón a Duncan.

Empezaron a hablar y ya no hubo quien los detuviera. Tenían muchas cosas en común, incluso unos padres hippies, y habían intercambiado historias similares sobre quedarse dormidos durante una manifestación, lo mucho que les gustaba la comida ecológica y las veces que habían cambiado de colegio cuando eran niños. A Flower le habían puesto aquel nombre, flor, porque sus padres trabajaban para un paisajista.

—Podría haber sido peor —había bromeado Flower—. Mi padre quería ponerme Arbusto.

—Mis padres me pusieron Duncan porque se conocieron en el Dunkin' Donuts, en la cola del café para llevar —le había contado él.

A Duncan le resultaba difícil comprender que, después de una infancia tan nómada, sus padres vivieran ahora en una comunidad de Florida para mayores de cincuenta y cinco, disfrutando de sus noches de bingo.

Duncan y Flower habían hablado sobre la necesidad que sentían de echar raíces. A él le gustó saber que, varias veces al año, ella dejaba San Francisco, donde vivía, e iba a visitar el lago Tahoe en autocar. A Flower, igual que a él, le encantaba la nieve. Adoraba su trabajo en una guardería para niños de preescolar, aunque no pagasen demasiado bien. «Sin embargo, lo más importante de todo es que me quiere —pensó Duncan, encendiendo el televisor y recostándose un poco más en el sillón—. Debería dar gracias por lo que tengo. El dinero no lo es todo. Tenemos salud. Estamos mejor que el noventa y nueve por ciento de la gente. Así que, arriba ese ánimo, solo se trata de dinero. Tal vez el señor Pettie acceda a entregarme el anillo y a que se lo pague en mensualidades. Seguro que sabe que soy de fiar».

Duncan se terminó la cerveza mientras miraba la última media hora de un programa sobre delincuentes. Ese día hablaban sobre una mujer, experta en timos, que se había casado con cuatro hombres y los había dejado sin blanca. Debían de ser imbéciles, pensó mientras empezaban a cerrársele los ojos.

Una hora después, el sonido de una voz estridente impregnada de una emoción falsa lo arrancó del sueño. Cuando Duncan comprendió lo que decía el locutor, que había dos ganadores que habían comprado boletos de lotería a quince kilómetros de distancia el uno del otro en New Hampshire, se incorporó de un salto, acompañado por el sillón. Sintió deseos de taparse los oídos cuando empezaron a recitar los números ganadores, pero no lo hizo.

Estaban anunciando el tercer número y el corazón ya le iba a cien por hora. «¡Son nuestros números! —pensó, desesperado. Los dos siguientes también eran los suyos—. No puede ser». Pero cuando el locutor dijo, con una gran sonrisa, que el número Powerball era el treinta y dos, Duncan se levantó de un salto.

—¡No he jugado! —gritó—. ¡No he jugado! ¡Podríamos haber ganado!

Se quedó helado. ¿Habría utilizado Glenda su número Powerball de todas formas? «¡Si lo ha hecho, y tienen uno de los boletos ganadores, ya me puedo despedir gracias a esos imbéciles de los Winthrop!».

La incómoda sensación que había intentado sofocar por haber invertido todos sus ahorros en una petrolera estalló en su interior. De repente, la idea le pareció ridícula.

«¡Quiero que me devuelvan mi dinero ahora mismo!».

Cogió el abrigo y fue corriendo a la puerta. «Me han arruinado la vida», pensó frenético mientras subía al coche, pisaba el embrague y giraba la llave de contacto.

A pesar del empeño que le puso, obtuvo un silencio sepulcral por única respuesta.

—¡Vamos! —gritó impaciente, girando la llave una y otra vez. No quería pensar en que si hubiera jugado a la lotería, podría comprarse el coche que le diera la gana. ¡Incluso un Rolls-Royce!—. ¡Vamos, vamos! —gritó de nuevo, con lágrimas de rabia brillándole en los ojos.

Al final golpeó el volante y se bajó del coche.

Echó a correr como un loco por la calle oscura, sin importarle la nieve, que le acribillaba la cara y el pelo. A la velocidad del rayo, se dirigió a la casa que los magos de las finanzas habían alquilado en Branscombe durante un mes.

Veinte minutos después, jadeante y sin aliento, salvaba la entrada de los Winthrop y se encaminaba hacia la puerta lateral de la casa, por donde entraban para asistir a clase. Por ella se accedía directamente a la habitación de recreo, donde habían dispuesto las sillas y la pizarra. Estaba a punto de llamar al timbre cuando oyó unos gritos procedentes del interior de la casa. «¿Qué está pasando? —se preguntó—. Parece que hay problemas».

Sin pensárselo dos veces, giró el pomo, pero la puerta estaba cerrada. La abrió de

un empujón y oyó las voces airadas, casi histéricas, de los Winthrop en la cocina. Para acceder a la cocina, la sala de estar y el comedor desde el aula improvisada había que subir una pequeña escalera. La puerta que daba a la cocina, en lo alto de la escalera, estaba cerrada. Duncan atravesó con sigilo la gastada alfombra marrón, se detuvo al pie del escalón y prestó atención. Lo que oyó confirmó sus peores temores.

—Eh, Edmund, ¿crees que alguno de los imbéciles de este pueblo comprarían el Puente de Brooklyn si intentáramos vendérselo?

Edmund rio con ganas.

—Sé quién lo compraría.

—¡Duncan Donuts!

Ambos prorrumpieron en carcajadas. Era evidente que uno de ellos estaba golpeando una mesa.

—Duncan es tan bobo como aquel tipo de Arizona que el año pasado invirtió en molinos de viento en Alaska. Si supiera...

—¿Te imaginas la cara que pondría si algún día se enterara de que hemos usado sus números de la lotería y que tenemos un boleto ganador?

—Quiero un asiento en primera fila para verlo.

Volvieron a estallar en carcajadas.

—¿Crees que por una de esas casualidades no siguió nuestro sabio consejo y al final participó en el boleto de lotería con su número Powerball?

—Qué va. Creo que lo hemos dejado pasmado con nuestros conocimientos. Sin embargo, la otra papeleta se vendió en este pueblo. ¿Te imaginas que sus compañeros hubieran ganado con el número Powerball de Duncan? Sería la monda.

Duncan sintió que la cabeza estaba a punto de estallarle.

«Esto es una pesadilla —pensó—. Son unos impostores, unos ladrones, me han robado el dinero y encima también mis números de la lotería. ¡Después de decirme que no jugara! —Las lágrimas que había reprimido cuando atravesaba las calles a la carrera rodaron por sus mejillas heladas—. Ya sé qué voy a hacer, ¡llamaré al FBI! Me aseguraré de que esos dos lameculos pasen el resto de sus vidas vestidos con monos naranja. Monos que no tendréis que lavar en seco», se dijo con amargura.

En ese preciso instante oyó unos pasos en su dirección y creyó ver que el pomo de la puerta de la cocina empezaba a girar. Preso del pánico, sabía que no tenía tiempo para salir de la casa sin ser visto. Se dirigió hacia la izquierda, abrió la puerta que conducía al sótano y desapareció tras ella. Al tiempo que la cerraba, uno de sus pies húmedos resbaló en el primer peldaño y cayó rodando por la escalera.

Aterrizó con dureza sobre el suelo de cemento. El dolor que le recorrió la pierna derecha le perló la frente de sudor. «¿Me habrán oído? —se preguntó, muerto de miedo—. Si llegan a imaginar que he oído lo que estaban diciendo, estoy perdido. Nunca más volveré a ver a mi pequeña Flower».

—Edmund, ¿qué ha sido ese ruido?

—Oh, no —musitó Duncan.

—Debe de ser la vieja caldera. Este sitio es una ruina. Dame otra cerveza.

—¿No deberíamos echar un vistazo para asegurarnos?

—¿Qué más da?

«Gracias a Dios», pensó Duncan mientras la agitada actividad proseguía en el piso superior. Los oía a la perfección a través de las rejillas de la calefacción, ridiculizando la estupidez de los pringados a los que habían timado y desternillándose por haber ganado legítimamente el Mega Millions con los números de Duncan Donut.

«Son peligrosos», pensó. El pánico en estado puro le aceleró el corazón. Intentó moverse, pero el dolor de la pierna le hizo ver las estrellas.

«¿Cómo voy a salir de aquí? —se preguntó tendido en el oscuro y húmedo sótano. Un pensamiento absurdo cruzó por su mente—: Ojalá le hubiera hecho caso a Glenda y me hubiera preparado un sándwich de mantequilla de cacahuete».



Ninguno de los ganadores deseaba alejarse demasiado del billete de lotería. No se trataba de falta de confianza o aprecio por los demás, pero habían echado cuentas. Sabían lo suficiente sobre botes de lotería para imaginar con qué podrían encontrarse a la hora de repartir un premio de ciento ochenta millones de dólares. Habían acordado aceptar un pago único, lo que probablemente supondría cobrar unos ochenta y ocho millones. Después de pagar los impuestos correspondientes les quedarían, más o menos, unos sesenta millones. Una vez divididos entre cinco, cada uno de ellos haría cruz y raya con la Mofeta con doce millones de dólares en el bolsillo.

—¿Nos hacemos una foto aceptando el cheque y se la enviamos? —propuso Marion, alegremente.

Decidieron pasar la noche en casa de Ralph. Tenía una gran sala de estar con un par de sofás y varias sillas de relleno duro, y no era que ninguno tuviera intención de dormir demasiado, pero al menos podrían poner los pies en alto. Todavía en el bar, llamaron a sus familias con una copa de champán en la mano. La mujer de Ralph, Judy, se puso a chillar de alegría al enterarse de la noticia y aceptó encantada hacer de anfitriona de aquella fiesta de pijamas.

—¡Iré a preparar café! —dijo—. ¡No puedo creer que haya hecho toda la noche de canguro de esos mocosos por treinta miserables pavos! ¡¡¡Doce millones de dólares!!! ¡Ralph, por fin saldremos del agujero!

Ralph, un pelirrojo corpulento de aspecto algo intimidante cuando tenía un gran cuchillo de trinchar en la mano, se echó a llorar.

—Llamaremos a las niñas cuando estemos juntos, cariño. Tengo ganas de ver cómo reaccionan.

—¡Te quiero, Ralph! —Judy también lloraba.

Tommy llamó a sus padres, quienes se quedaron sin habla, aunque la madre, como era habitual en ella, consiguió encontrar algo por lo que preocuparse.

—Tommy, no te emociones demasiado —le aconsejó—, a ver si va a darte algo. Tal vez sería mejor que vinieras a casa.

—¡Mamá, estoy bien! Estoy mejor que bien. Llamaré a Gina y le diré que saque billetes de avión en primera clase para ella, Don y los niños y que se vengán la semana que viene. No hemos pasado juntos las Navidades desde hace un par años.

—¡Tommy, eso sería maravilloso!

Marion llamó a su hijo, en California.

—¡Dile a T. J. que su abuela va a hacerle un regalo de boda que va a caerse de culo! ¡Pensándolo bien, será mejor que haga que le redacten un acuerdo prematrimonial!

Glenda se puso en contacto con su padre, viudo, en Florida.

—Papá, ¿podrías hacer algo por mí mañana por la mañana? —dijo, eufórica.

—¿De qué se trata, cariño? —preguntó su padre con voz soñolienta, aunque sin

atisbo de reproche por llamarlo tan tarde.

Harían falta varios años de terapia para averiguar por qué Glenda se había casado con un tipo tan repulsivo como Harvey cuando tenía como padre a un ser humano tan excepcional.

—Papá, ve a comprarte una lancha motora como la que tiene tu amigo Walter. ¡No, cómprate una más grande!

Glenda se echó a reír.

—Glenda, pareces un poco achispada, cariño. Espero que no estés deprimida por ese capullo de Harvey...

—No estoy nada deprimida, papá. Y no estoy achispada...

Glenda necesitó sus buenos tres minutos para convencer a su padre de que lo imposible había ocurrido.

Al salir del bar, varios clientes les pidieron fotografiarse con ellos.

—Somos famosos —suspiró Marion—. No puedo creer que seamos famosos. Ojalá me hubiera puesto la blusa rosa que acabo de comprarme. La dependienta me dijo que los volantes del cuello me favorecían mucho.

Glenda, quien había visto la blusa rosa, no estaba del todo de acuerdo con esa apreciación. «Iré de compras con Marion y la ayudaré a encontrar un vestido para la boda de su nieto. Yo también tengo que comprarme algunas cosillas», pensó, recordando el comentario que Harvey le había hecho al salir del tribunal.

—Te deseo lo mejor, Glenda —había dicho—. Y espero que encuentres a alguien que te quiera tal como eres —había añadido con una risita burlona.

Glenda sabía a qué se refería su ex marido. Tenía que adelgazar unos kilos y cuidarse un poco, pero después de años soportando las pullas constantes de Harvey, se le habían quitado incluso las ganas de tener buen aspecto. Eso estaba a punto de cambiar. «Y anda que Harvey no se arrepentirá de perderse todos los viajes que pienso hacer —pensó Glenda con regocijo—. Empezaré con una sesión de maquillaje y peluquería en un *spa*, como Alvirah Meehan, la ganadora de lotería que en principio tendría que venir al festival este fin de semana con su amiga Nora Regan Reilly. Si Alvirah al final aparece por aquí, me encantaría tener la oportunidad de charlar con ella».

La casa de Ralph estaba a quince minutos del bar. Charley, un chófer sexagenario, dueño de la única limusina extralarga del pueblo, acababa de entrar por la puerta después de haber acompañado a casa a los empleados de una auditoría contable que habían celebrado la cena de Navidad de la empresa. Lo contrataban para muchos trabajos de aquel tipo durante el mes de diciembre, y se anunciaba como «Su conductor designado». El hombre insistió en llevar a lo grande a los flamantes millonarios a casa de Ralph.

—Dejad vuestros coches en el aparcamiento del bar. Será un honor dar el primer paseo en limusina a todo el grupo. —Y añadió a continuación, con aire de arrepentimiento—: Ya sabía yo que tenía que haberme puesto a trabajar en Conklin's

hace años. Ahora estaría compartiendo el premio con vosotros. Qué se le va a hacer.

Una vez instalados en la limusina, empezaron a cantar por deferencia al tiempo: «Oh, blanca Navidad...». Al llegar a la entrada de la vivienda de Ralph, la puerta se abrió de par en par. Judy salvó la distancia hasta el coche al trote, a punto de resbalar, abrió de un tirón la puerta trasera de la limusina y se lanzó al interior para rodear a Ralph con sus brazos.

—¡Somos ricos! —chilló—. ¡Jamás creí que diría esas dos palabras en toda mi vida, cariño, pero somos ricos! Un periodista de la cadena que cubre el festival ha llamado tres veces. Se ve que oyó a alguien en el bar hablando de lo del billete de lotería premiado. BUZ quiere entrevistaros a todos.

—¿Crees que deberíamos hacer como Paris Hilton y contratar guardaespaldas? —preguntó Marion, preocupada—. Después de todo, tenemos un trocito de papel que vale millones.

—Lo llevo aquí, Marion —dijo Glenda, en tono tranquilizador, dándole unas palmaditas al bolso.

Una vez dentro de la modesta aunque acogedora casa, se reunieron alrededor de la mesa del comedor, en la que Judy había dispuesto los platos y las tazas de porcelana buena. Un árbol de Navidad con las luces encendidas decoraba la sala de estar. Era evidente que a Judy le encantaban los adornos navideños. No había ni un solo centímetro cuadrado —ni en las paredes, ni sobre los muebles— que no exhibiera un detalle alusivo a las fechas en las que se encontraban. Unas velas encendidas adornaban el aparador y la mesa.

Judy empezó a servir café, pero le temblaban las manos, e hizo lo que pudo para no verterlo en los platillos.

—Tengo cincuenta años y apenas he salido de New Hampshire —dijo, como si estuviera pensando en voz alta—. Ralph y yo llevamos juntos desde el instituto. —Miró a su marido—. Después de ese crucero, quiero ir a Londres, París y Roma. —Luego se miró el jersey y los tejanos gastados que llevaba puestos—. Y ropa nueva. —Sacudió la cabeza—. Todavía me cuesta creer que sea cierto. ¿Puedo ver el boleto?

Glenda sacó el billete de lotería del monedero con cuidado y se lo tendió.

—¡No te acerques demasiado a las velas! —la avisó Marion.

Mientras daban cuenta del café y de los pastelitos, charlaron sobre qué sentirían al entrar en la tienda cuando abriera a las siete para confirmar el billete y en qué pasaría cuando no se presentaran a trabajar.

Marion enseñó a Judy la foto enmarcada que les habían dado como paga extra de Navidad.

—Qué triste —comentó Judy mientras leía la inscripción—. La Mofeta se merece lo que le pase, y él también. El viejo Conklin sabe muy bien que dependéis, o mejor dicho, dependíais de esa paga. Van a tener trabajo para servir el bufet de la Fiesta de la Alegría sin vosotros.

—Yo me habría pasado a ayudar si no hubiera sido por ese regalo de Navidad, por

llamarlo de alguna forma —dijo Glenda.

Sonó el teléfono. Esta vez era el productor de BUZ. Quedaron en encontrarse con él y con su equipo en la tienda a las siete.

Mientras Ralph y Judy llamaban a sus hijas, Glenda volvió a intentar localizar a Duncan, pero este seguía sin responder.

—Espero que decidiera desconectar el teléfono e irse a dormir —dijo, intentando parecer animada.

—Estoy seguro de que no le pasa nada —la tranquilizó Tommy—. Cuando Charley venga a buscarnos por la mañana, de paso podríamos ir a recoger a Duncan. Seguro que ya está en pie, preparándose para ir a trabajar. Le diremos que hemos aprobado por votación compartir el billete premiado con él. ¡Qué ganas tengo de ver qué cara pone! —terminó diciendo, henchido de felicidad.

*Viernes, 12 de diciembre*

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando Willy y una Alvirah un tanto maltrecha llegaron a su piso, en el número doscientos once de Central Park South. Mientras se metían en la cama, Willy apagó el despertador que había dejado preparado para salir temprano por la mañana a New Hampshire.

—Con lo que me habría gustado asistir a ese festival —suspiró Alvirah—. Tenía pinta de ser divertido. —Miró las maletas, ya hechas, con aire pesaroso—. Hemos estado todos tan ocupados que apenas hemos visto a los Reilly, y los echo de menos.

—Iremos el año que viene —prometió Willy—. Mientras estabas cambiándote, he enviado un correo electrónico a Regan y a Jack explicándoles lo que ha pasado. Les he dicho que estabas bien, pero que no podríamos acompañarlos este fin de semana y que ya los llamaríamos más tarde. —Apagó la luz y añadió—: Sobre todo, despiértame si no te encuentras bien. Te has llevado un buen porrazo.

Al no recibir respuesta, comprendió que Alvirah ya estaba dormida. Menuda sorpresa, pensó mientras se acurrucaba junto a ella.

Siete horas después, Alvirah abrió los ojos sintiéndose fresca como una rosa. Levantó la mano sin pensárselo y apretó con suavidad el vendaje de la frente. «Todavía me duele, pero tampoco es para tanto», se dijo. Willy insistió en llevarle el desayuno a la cama. Quince minutos después, recostada en tres almohadas, despachó en un abrir y cerrar de ojos los huevos revueltos que su marido le había preparado con tanto mimo.

Alvirah se limpió la boca dándose unos delicados golpecitos con la servilleta de tela de color albaricoque que había comprado para que hiciera juego con la bandeja del desayuno.

—Willy, me encuentro bien, de verdad —dijo—. Vamos al festival.

—Alvirah, ya oíste lo que dijo el médico. Ya iremos el año que viene. Tómalo con calma. —Recogió la bandeja—. Te traeré otra taza de té.

—¿Por qué no? —protestó Alvirah—. No tengo nada más que hacer. —Alcanzó el mando a distancia y encendió el televisor—. Veamos qué ocurre en el resto del mundo.

Apretó el número de la cadena BUZ. El rostro de Cliff Bailey, el atractivo presentador que la había entrevistado sobre los inconvenientes que conllevaba ganar la lotería, llenó la pantalla de inmediato. Alvirah recordaba haberle dicho que esos inconvenientes no deberían existir, pero que por desgracia había gente que se trastocaba cuando le caía tanto dinero del cielo.

«—Y ahora una historia increíble que nos llega desde Branscombe, New Hampshire —anunció Bailey, sin aliento—, donde cuatro compañeros de trabajo del supermercado de la localidad ganaron anoche la mitad de los trescientos sesenta

millones de dólares de la Mega Millions».

—Alvirah, ¿te apetece otra tostada? —preguntó Willy desde la cocina.

—Chist —ordenó Alvirah al tiempo que subía el volumen y gritaba—: ¡Willy, ven aquí!

Sin saber qué iba a encontrarse, Willy acudió de inmediato al dormitorio.

«—... Y el otro billete premiado lo compraron en Red Oak, un pueblo a quince kilómetros de Branscombe. La suerte nunca ha caído en dos municipios tan cercanos el uno del otro en toda la historia de la lotería. Todavía no se sabe nada del propietario del segundo billete premiado. Sin embargo, en Branscombe se extienden tanto la preocupación como las conjeturas. Un quinto compañero de trabajo, Duncan Graham, quien durante años había jugado a la lotería junto a sus amigos, decidió dejar de participar justamente ayer. Aun así, sus amigos tienen la intención de compartir el bote con él, dado que fue Graham quien eligió el número Powerball, asegurando así el premio. No obstante, el hombre ha desaparecido sin dejar rastro. Nadie ha visto a Duncan desde que anoche salió de trabajar. Algunos escépticos creen que podría haber jugado los números por su cuenta, tener en su haber el otro billete premiado y estar demasiado avergonzado para presentarse ante sus compañeros de trabajo, quienes, inmediatamente después de ganar, le dejaron un mensaje donde le prometían repartir el premio con él. Aquí tienen una imagen de los cuatro amigos validando el billete de lotería esta mañana».

Alvirah estudió rápidamente la expresión de los rostros de los dos hombres y las dos mujeres. Las sonrisas parecían algo forzadas. Daban la impresión de estar más desconcertados que contentos.

—¿Cómo es que no estamos ya allí? —se lamentó Alvirah, retirando la colcha hacia atrás. Willy la miró. Sabía que discutir no serviría de nada.

—Lavaré los platos y haré la cama mientras te duchas.

—Llama al garaje y diles que tengan listo el coche enseguida. Al menos no deshicimos las maletas. Le retorcería el pescuezo a ese médico por ordenarme que me quedara en casa. No me conoce, ¿qué sabrá él de mi constitución? En otros tiempos, si me hubieran dado tres puntos en la ceja, jamás se me habría pasado por la cabeza llamar a la señora O’Keefe y decirle que no podía ir a limpiar aquel caos de casa. Me habría quedado sin trabajo. Willy, llama a Regan y dile que estamos de camino.

La puerta del baño se cerró de golpe detrás de Alvirah.

—Sabía que acabaríamos yendo al festival —musitó Willy, empezando a hacer la cama.

## 6

Regan y Jack Reilly salieron de su loft de Tribeca a las siete de la mañana en el enorme monovolumen que habían alquilado para el fin de semana. El plan original consistía en recoger a los padres de Regan y a Alvirah y a Willy Meehan en sus pisos en Central Park South, muy cerca el uno del otro, desde donde todos partirían hacia New Hampshire. El frustrante correo electrónico de Willy, donde decía que Alvirah y él no podrían acompañarlos, no solo había hecho que el vehículo de gran capacidad fuera innecesario, sino que también lo había convertido en un recuerdo continuo de la ausencia de Alvirah y Willy.

La madre de Regan, Nora Regan Reilly, elegante incluso a aquellas horas tan intempestivas, echó un melancólico vistazo al edificio de Alvirah al entrar en el coche. Aunque no las conociera, cualquiera que hubiera pasado por allí en ese momento sabría que Regan era carne de su carne y sangre de su sangre. Compartían la misma piel delicada, unos ojos azules sorprendentes y facciones clásicas. En lo único en lo que se diferenciaban era en el color del pelo y en la altura. Nora era rubia y bajita mientras que Regan había heredado el cabello negro azabache de la familia de su padre, y en su uno setenta de estatura también se adivinaban los genes de los Reilly. Su padre, Luke, era un larguirucho de casi dos metros, de cabello plateado.

—Espero que Alvirah esté bien —dijo Nora preocupada, mientras se acomodaba en el coche.

Luke arrojó las maletas a la parte de atrás y subió a su lado.

—Yo apuesto por Alvirah —dijo—. Lo siento por la pobre encimera.

—Lo mismo pienso yo, pero temía que Regan se enfadara si lo decía —convino Jack. Sus ojos castaños soltaron un destello cuando se volvió para mirar a Luke.

Jack Reilly sentía un afecto muy especial por su suegro. Jack había conocido a Regan cuando Luke fue secuestrado en una de sus funerarias por los parientes descontentos de un hombre al que había enterrado. Se había hecho cargo del caso como jefe de la Brigada de Casos Principales del Departamento de Policía de Nueva York. Rubio y atractivo, de presencia imponente y con tan solo treinta y cuatro años, Jack era una de las figuras emergentes de la fuerza pública de Nueva York. Se había licenciado en la Boston College y había decidido no formar parte de la compañía de inversiones de la familia. En su lugar, había optado por seguir el camino profesional de su abuelo paterno. Durante el noviazgo de Regan y Jack, se le acabó conociendo como Jack «sin parentesco». Reilly.

Dos horas después, tras pelearse con el tráfico habitual de un viernes por la mañana, los Reilly se habían adentrado en el estado de Connecticut cuando sonó el móvil de Jack, quien lo rebuscó en el bolsillo, echó un vistazo a la pantalla y se lo pasó a Regan.

—Es el alcalde Steve —dijo—. Dile que estoy conduciendo. Ya me conoces, soy un ciudadano respetuoso con la ley.

—Por eso me casé contigo —contestó Regan con una sonrisa mientras se hacía cargo del teléfono—. Hola, Steve... —dijo antes de detenerse para digerir el torrente de información que le inundó el oído—. ¡Estás de guasa! —consiguió intercalar al fin—. Hemos estado escuchando música y los partes de tráfico. Supongo que tendríamos que haber puesto las noticias.

Consumida por la curiosidad, Nora se lanzó hacia delante, tirando con fuerza del cinturón de seguridad. A su lado, Luke se recostó en el asiento.

—Ya me avisaréis si necesitan mis servicios —dijo con voz cansina.

Regan intentó fingir que no veía los gestos de Nora para que sostuviera el teléfono en alto y así poder oír la conversación.

—Sí, Steve, claro que deberíamos estar a las doce en el hostel para la conferencia de prensa.

—¡Una conferencia de prensa! —exclamó Nora.

—Calma, cielo —dijo Luke suavemente, enarcando las cejas al tiempo que atrapaba en el retrovisor la mirada divertida de Jack.

—Está bien, Steve, intenta no ponerte nervioso. El festival será un éxito, estoy segura. Nos vemos en el hostel. —Regan cerró la tapa del teléfono y se reclinó en el asiento—. Estoy muy cansada, creo que voy a echar una cabezadita.

Nora estaba al borde la apoplejía.

—¡Regan!

Jack dio un suave codazo en las costillas a su esposa.

—Escúpelo.

—Bueeeno, si insistís —cedió Regan—. Como ya sabéis, la Fiesta de la Alegría empieza esta tarde. Anoche, un grupo de empleados del supermercado de la localidad que iban a servir el bufet del festival ganó la mitad de los trescientos sesenta millones de dólares de la Mega Millions.

—Adiós a los sándwiches de salchicha ahumada —murmuró Luke.

—Y a la ensalada de patata —añadió Jack.

—Vosotros dos, ¿podríais hacer el favor de estar calladitos para que Regan pueda hablar? —preguntó Nora, intentando reprimir la risa—. Sigue, Regan.

—En dos palabras: siempre había cinco trabajadores que jugaban a la lotería, pero esta vez uno de ellos decidió no participar en el último minuto.

—Pobre —suspiró Luke.

—Los demás querían compartir el premio con él porque el número Powerball escogido era el suyo, pero no ha vuelto a ser visto desde que anoche salió de trabajar. Suponen que se fue a casa, ya que el coche sigue junto a la entrada, pero él no está y no contesta al móvil. Temen que le haya pasado algo.

—Qué lástima —dijo Nora—. ¿Creen que se enteró de lo que había perdido a la lotería y...? —Se detuvo. No quería poner voz a la posibilidad en la que todos



estaban pensando.

—Pues la cosa se complica —añadió Regan—. Se ha vendido otro billete premiado un par de pueblos más allá. Hay quien sospecha que, después de negarse a aportar su dólar, el tipo ese, Duncan, sacó su propio boleto y que le da vergüenza admitirlo.

—Bueno, eso ya es otra cosa —dijo Luke—. Empezaba a sentirme mal por él, pero me juego lo que queráis que está recuperándose de su vergüenza en una playa tropical con una piña colada en una mano y el billete premiado en la otra.

—Creo que sería el mejor de los desenlaces —dijo Nora, mientras su mente de escritora de suspense consideraba las demás posibilidades.

—Por lo visto, en el pueblo se habla más del billete de lotería que del festival, y esta mañana el productor de la cadena de televisión ha cancelado la entrevista de Steve y Muffy. El hombre está demasiado ocupado con la historia de la lotería.

—¡Que no van a entrevistar a Muffy! —exclamó Luke—. Jack, será mejor que intervengas.

—Papá, no seas malo —protestó Regan—. Steve parecía muy preocupado.

—Creo que esperaba que este festival le ayudara a mejorar su imagen en New Hampshire —comentó Jack.

—Pues parece que está funcionando —dijo Luke, arrastrando las palabras.

—Por lo que sé —añadió Jack—, Steve quiere llegar lejos en política y Muffy se imagina como la próxima Jackie Kennedy. En la facultad, Steve siempre estaba organizándolo todo. Ya entonces lo llamábamos alcalde Steve.

Regan dio un grito ahogado.

—Acabo de caer en algo: ¿os imagináis la reacción de Alvirah cuando sepa lo que está perdiéndose?

En ese momento sonó su móvil.

—No hace falta que mires quién es —dijo Luke—. Me apuesto lo que queráis a que Alvirah acaba de enterarse de lo que está sucediendo en Branscombe.

—Sin duda —convino Jack—, y la veremos allí antes de que se ponga el sol.

«¿Dónde estoy? —se preguntó Duncan al abrir los ojos—. ¿Qué ha pasado?». En ese momento todo regresó a su memoria: había caído por la escalera y estaba tendido en el frío suelo de cemento del sótano de la casa que ocupaban aquellos sinvergüenzas. Un débil resplandor se filtraba a través de las sucias ventanas, por las que vio que nevaba ligeramente. Recordó que había estado despierto durante horas, hambriento y dolorido, obligado a oír cómo los Winthrop celebraban su buena suerte. Debía de haberse quedado dormido cuando por fin se fueron a la cama. Lo había despertado el olor a café que se colaba por las rejillas, las mismas que habían permitido que las fanfarronerías de los estafadores ofendieran sus oídos.

No había un solo hueso en todo el cuerpo que no le doliera, pero la pierna derecha estaba matándolo. Se preguntó si no se la habría roto. La noche anterior, tras la impresión de la caída, le dolía demasiado para moverla.

—¿Café, Eddie? —Oyó que preguntaban arriba.

«Ya estamos —pensó Duncan—. Platón y Aristóteles se preparan para enfrentarse al nuevo día. Tengo que salir de aquí, pero ¿cómo?».

—Una taza no me vendría mal —contestó Edmund—, y un par de aspirinas. ¿Cuántas cervezas nos bebimos anoche?

—Vete a saber. ¿Qué más da? Ni siquiera sé a qué hora nos fuimos a dormir.

—Con el dinero que tenemos, deberíamos estar en un palacio con un mayordomo sirviéndonos café en vez de en este tugurio, bebiendo en tazas descascarilladas.

—Ya falta menos —gorjeó Woodrow—. ¿Te imaginas si el abuelo nos viera ahora? Siempre decía que ninguno de los dos haría nada bueno en la vida.

«El abuelo tenía razón —pensó Duncan mientras se volvía de lado, se enderezaba y se retiraba el pelo de la frente hacia atrás—. Quiero café». Se pasó la lengua por los labios. Tenía la boca muy seca—. «Lo que de verdad me apetece es un gran vaso de zumo de naranja bien fresquito. Y beicon, huevos y un rosco. Vamos, ahora no puedo pensar en comida. Si a esos tipos les da por bajar aquí, soy hombre muerto».

Woodrow estaba parlanchín.

—Ojalá pudiéramos pirarnos de este pueblo hoy mismo, pero si nos saltamos la última clase, la gente que pagó por recibir nuestros magníficos consejos empezará a atar cabos. Cuando descubran que casi todos están metidos en lo de la inversión en el pozo de petróleo, tendremos a la policía detrás.

Duncan tuvo la sensación de haber sido abofeteado. Sabía que era una tontería, pero volvió a sentirse traicionado. «Nunca he sido el preferido del profesor —pensó con tristeza—. Qué tonto he sido».

—No podemos irnos y no volver, pero ¿por qué no nos acercamos a Boston a pasar el día y lo celebramos? Incluso podría comprarle algo a mi ex mujer. Eso sí que sería tener espíritu navideño —dijo Edmund, riendo a carcajadas.

—Pues yo no voy a comprarle nada a la mía. Sigo sin poder creer que no fuera ni

una sola vez a visitarme al trullo —dijo Woodrow, aunque no parecía disgustado en lo más mínimo.

—La primera vez que nos trincaron sí que fue —recordó Edmund a su primo.

—Sí, pero no hizo más que quejarse. Menuda visita.

«Acabaré suicidándome», pensó Duncan.

—¿Y quién piensa en ellas ahora? —dijo Edmund—. Con la cantidad de dinero que nos va a asomar por los bolsillos, conocer a chicas no será un problema. Hablando de nuestros futuros millones, si vamos a Boston, ¿qué hacemos con el billete? ¿Crees que es seguro que nos lo llevemos?

—¿Con todos los carteristas que habrá sueltos por Navidad? Ni de coña. Será mejor que lo dejemos aquí —contestó Woodrow, muy seguro.

—¿Dónde? ¿Y si hay un incendio mientras estamos fuera?

—Lo pondremos en el congelador.

Duncan abrió los ojos de par en par y se le disparó el corazón. Aguantó la respiración, esperando la respuesta de Edmund. «Vamos, Edmund —pensó—. ¡Di que sí!».

—¿En el congelador? —preguntó Edmund, no demasiado convencido—. No sé... Tal vez sea mejor llevárnoslo.

«No», gimió Duncan. Se recordó al público de los concursos que aconsejaba a gritos a los concursantes.

«¡No, Eddie, no! ¡En el congelador!», tenía ganas de chillar Duncan.

—Es el lugar más seguro —insistió Woodrow—. Lo meteremos en una bolsa de plástico. He oído historias sobre gente que pierde billetes de lotería por llevarlos encima. ¿Te imaginas cómo nos sentiríamos si nos pasara a nosotros?

—No quiero ni pensarlo —respondió Edmund, estremeciéndose—. No habría quien te aguantara.

—¿A mí? ¡Mira quién habla!

Ambos se echaron a reír.

—Vale, lo dejaremos en el congelador —accedió Edmund al fin—. Tiene guasa que nos saltáramos la condicional gastándonos un dólar en un billete de lotería. La semana que viene, cuando hayamos terminado aquí, ya pensaremos dónde cobrarlo y quién dará la cara por nosotros. Tenemos todo un año para decidirlo.

—¿Un año? —exclamó Woodrow—. ¿Estás loco? No voy a esperar un año. ¿Y tú te llamas experto financiero? Cada día que esperemos, supondrá perder intereses.

—Claro que no vamos a esperar un año. Solo digo que tenemos que pensarlo bien... Eh, ya son casi las once. Démonos una ducha y vámonos de aquí. Este lugar me pone nervioso. No me extraña que no les importara alquilarlo solo un mes.

Media hora después, cuando volvieron a la cocina, Duncan ya había elaborado un plan que, de salir bien, le reportaría un inmenso placer el resto de su vida.

—Woodrow, no lo dejes a plena vista —dijo Edmund, claramente contrariado—. Pon la bolsa debajo de esa caja de guisantes congelados.

«¿Guisantes congelados? —pensó Duncan—. Los míos son frescos y saben mucho mejor».

—Vale. Ya está. ¿Contento? Debajo de los guisantes.

Duncan oyó el portazo de la puerta de entrada seguido del motor del coche. «¡Se han ido! —pensó. Salvo por los quejidos de la caldera, todo estaba en silencio—. Estoy solo en una casa con un billete de lotería premiado con ciento ochenta millones de dólares. ¿Quién necesita más motivación que esa para arrastrarse por el suelo?». Alcanzó la barandilla y se incorporó con gran esfuerzo, cargando todo el peso en la pierna izquierda. Al poner el pie contrario en el suelo con sumo cuidado, hizo una mueca de dolor. La mente sobre la materia, se dijo. Descansando pesadamente en la inestable barandilla, fue subiendo poco a poco la escalera a pequeños saltos, abrió la puerta y siguió a la pata coja hasta los peldaños de la cocina.

El motor de un coche que pasaba por delante de la casa hizo que Duncan contuviera la respiración. Finalmente, el coche no se detuvo. «Podrían haber sido ellos —pensó—. Tengo que darme prisa».

A pesar de estar apoyando todo el peso en una sola pierna, consiguió superar los escalones y cruzar la pequeña cocina en un tiempo récord. «No me extraña que no haya manera de que el dueño venda la casa. Tiene pinta de estar a punto de caerse a pedazos. ¿Qué más da?». Al llegar junto a la vieja nevera, abrió la puerta del congelador y sacó la caja de guisantes con dedos temblorosos. «Esta dejó de fabricarse hace diez años», pensó asqueado, y a continuación se regaló la vista con la bolsa de plástico que contenía el billete de lotería. La arrancó del estante, dio media vuelta y se acercó a saltitos a la mesa de la cocina, junto a la que extrajo el boleto de la bolsa. Repasó los números en un abrir y cerrar de ojos —sus números— y sacó la cartera para guardar el billete en su interior. A continuación, con ternura, buscó en otro compartimiento el billete de lotería que Flower y él habían comprado en su primera cita. Pese a no ser demasiado aficionada a jugar a la lotería, se habían divertido escogiendo los números juntos.

—Ese día no ganamos —dijo Duncan en voz alta—, pero sabía que algo bueno saldría de este boleto.

Se lo llevó a los labios, lo besó una, dos, hasta tres veces y luego lo colocó en la bolsa de plástico. Unos segundos después estaba devolviendo la bolsa al lugar en que los Winthrop la habían dejado, debajo de la caja de guisantes caducados.

Al oír que un coche se detenía en la entrada, la adrenalina empezó a circular por sus venas. Era demasiado tarde para volver al sótano, así que, a la velocidad del conejo Perico, fue saltando por la cocina hasta la sala de estar y se agachó detrás de un sillón desvencijado.

«Se acabó —pensó—. Si han decidido que no van a Boston y que se quedan en casa, seguro que acaban descubriéndome».

La puerta empezó a abrirse.

—¡Está bien! —dijo Woodrow impaciente—. Ya lo has dicho un millón de veces: no es buena idea dejar aquí el billete de lotería.

Duncan oyó que abría la puerta del congelador. Se le detuvo el corazón.

—¡Lo ves, está aquí! —dijo Woodrow—. Lo meto en la cartera. O llévalo tú en la tuya. Dime qué prefieres.

—Lo llevaré yo —dijo Edmund, irritado.

Una vez más, salieron por la puerta de casa.

«Es un milagro —pensó Duncan—. No han comprobado los números. Tengo que salir de aquí, ir a casa y pensar en lo que voy a hacer. Quiero que los Winthrop respondan ante la justicia, pero todavía no puedo delatarlos. Si lo hago, desaparecerán o volverán para matarme. Y si desaparecen, tendré que guardarme las espaldas el resto de mi vida. ¡Podría acabar en el Programa de Protección de Testigos!, y Flower y yo queremos vivir en Branscombe».

Después de convencerse de que los primos no iban a volver de inmediato, Duncan se dio impulso para levantarse. Al pasar junto al armario que había junto a la puerta de entrada, lo asaltó una idea. Tal vez dentro hubiera un paraguas o un bastón o algo en lo que pudiera apoyarse. Quiso la suerte que una vieja escoba se estampara contra el suelo cuando Duncan abrió la puerta. Se inclinó y desenroscó el palo de la base del cepillo. «Esto debería servirme de ayuda», pensó.

Fuera, acompañado por el vigorizante aire de New Hampshire y con un billete de lotería de ciento ochenta millones de dólares en la cartera, Duncan avanzó por la silenciosa calle rural a ratos saltando y otros cojeando. «Espero poder llegar a casa», pensó. Sin embargo, al cabo de tres manzanas se volvió hecho un manojo de nervios al oír que un vehículo frenaba detrás de él.

Era Enoch Hippogriff, un anciano de piel curtida que compraba en el supermercado con regularidad.

—¿Duncan? —lo llamó—. ¿Qué haces aquí? Todo el pueblo anda buscándote.

Desconcertado, aunque aliviado, Duncan subió como pudo al camión de Enoch.

—¿Por qué me buscan? —quiso saber.

Se preguntó si Flower habría alertado a las autoridades al ver que no la había llamado antes de acostarse, como hacía siempre.

—Venga ya —contestó Enoch—, ya sabes por qué.

—De verdad que no —aseguró Duncan.

Enoch Hippogriff le echó un vistazo de refilón.

—Pues parece que no. Sé cuando un hombre dice la verdad con mirarlo a la cara. Menuda pinta tienes, dando saltos por ahí con ese palo en la mano. Duncan, anoche tus compañeros de trabajo ganaron la lotería.

—¡No me digas! —exclamó Duncan, al tiempo que un ejército de emociones encontradas cargaban contra su cabeza—. Supongo que al final utilizaron el número Powerball que elegí.

—Ya lo creo que lo utilizaron. Y aunque no participaste con tu dólar, quieren compartirlo contigo. No sé si yo habría sido tan buena persona.

Duncan reprimió las lágrimas.

—No me digas. ¡Vaya! Hay que ver, son dignos de admiración. Les importo de veras. Quiero verlos. Supongo que no habrán ido a trabajar... Me pregunto dónde estarán ahora.

—Están en el Branscombe Inn. Es el cuartel general de la partida de búsqueda. ¡Ya verás cuando se enteren de que ya pueden abandonarla!

—¿Te importaría llevarme allí? —pidió Duncan, preguntándose cómo iba a explicar que llevaba toda la noche desaparecido.

—Claro que no —contestó Enoch, y le dio una palmada en el brazo—. El viaje te costará mil dólares. —La risa que le provocó su propia broma acabó en un acceso de tos—. Sí —consiguió decir al fin—, uno de los grandes. ¡Debería cobrarte mucho más! ¡Hay gente que piensa que anoche desapareciste porque tienes el otro billete premiado de lotería! ¿No es de locos? ¡Si solo hay que mirarte!

Duncan no apartó la vista del frente mientras el camión de Enoch avanzaba con gran estruendo por la carretera.

«De modo que esto es lo que se siente al ganar la lotería», pensó.

Horace Pettie y su ayudante, Luella, estaban acabando de dar los últimos retoques a la decoración del escaparate que habían montado para aprovechar el tirón de la Fiesta de la Alegría. Las ventas de la joyería iban de capa caída y, desde luego, un pueblo volcado en celebrar unas sencillas Navidades tradicionales no ayudaba.

—El mensaje de la celebración está muy bien —dijo Horace—, pero hay que ganarse la vida.

—Tiene razón, señor Pettie —convino Luella—. Tuvo una idea genial con lo del colgante para conmemorar este fin de semana. Hágame caso, se lo quitarán de las manos —aseguró.

—Creo que es muy bonito, si se me permite decirlo —admitió Pettie, alzando uno.

Se trataba de una guirnalda de acebo con las palabras «Fiesta de la Alegría de Branscombe» grabadas en el borde, todo ello en oro. No había querido añadir ni la fecha ni la palabra «Primera» por si no los vendía. Si al año siguiente volvía a celebrarse un festival, podría sacarse de encima los que le hubieran sobrado.

Horace Pettie, un hombre bajito y medio calvo, era otro de los lugareños que siempre habían vivido en Branscombe, el único joyero del pueblo, igual que su padre antes que él. Luella Cobb, una rubia corpulenta de cincuenta y tantos, llevaba veinte años trabajando para Pettie, desde que su hijo pequeño había empezado el instituto. Era el único negocio donde le seducía trabajar. Desde que a los cuatro años le habían regalado un joyero de juguete, jamás había salido de casa sin lucir algo de bisutería. Su entusiasmo por las joyas había hecho de ella una magnífica vendedora para Horace Pettie.

«Las joyas no tienen por qué ser exageradamente caras, sino de buen gusto», solía susurrar a los clientes potenciales. A continuación, con la misma convicción de que la noche seguía al día, sacaba algo más caro y aseguraba que era «precioso», «divino» y al final añadía, exultante: «¡Es como si lo hubieran hecho para ti!».

Horace dispuso las últimas y diminutas guirnaldas de acebo de oro en un pequeño trineo del escaparate y, a continuación, Luella y él salieron a la calle para estudiar el resultado. La escena representaba un idílico paisaje invernal, con lazos rojos de los que pendían los colgantes del festival.

Pettie suspiró.

—Le hemos dedicado mucho trabajo. Espero que atraiga a mucha gente a la tienda.

Luella puso los brazos en jarras. Una expresión pensativa cruzó su rostro profusamente maquillado. Hacía frío, pero estaban acostumbrados a quedarse allí fuera estudiando los escaparates que montaban, por lo que ninguno de los dos lo notó.

—Señor Pettie, tengo una idea —dijo Luella despacio, con voz cada vez más animada—. Ya sé qué podemos añadir al paisaje para que llame aún más la atención.

—¿El qué, Luella? —preguntó Pettie, como un ratón abalanzándose sobre un trozo de queso.

Luella dio unos golpecitos en el escaparate con un dedo de perfecta manicura.

—¡El anillo de Duncan! Pongámoslo en medio del trineo.

—¡No puedo vender el anillo de Duncan! —protestó Horace.

—¡No es para venderlo! —contestó Luella, impaciente—. Pondremos un cartel que diga:

«DUNCAN, VUELVE PRONTO A CASA. TE ECHAMOS DE MENOS.  
TU ANILLO TE ESPERA».

Horace Pettie abrió los ojos de par en par.

—En el pueblo solo se habla de Duncan. Pero ¿no crees que parecerá un poco insensible?

—¡En absoluto! —aseguró Luella—. Es una historia de interés humano. Además, la susceptibilidad no paga las facturas.

Dio media vuelta y entró en la tienda.

Horace la siguió, sorprendido como siempre por la creatividad de su empleada a la hora de impulsar el negocio.

—Saque el anillo de la caja fuerte —ordenó Luella. Horace vaciló—. Señor Pettie, no se preocupe. Me apuesto lo que quiera a que Duncan está bien y a que tiene el otro billete premiado, en cuyo caso nunca vendrá a buscar el anillo.

Al señor Pettie se le encendieron las orejas.

—¡Después de guardárselo todos estos meses!

—¡Justamente! —dijo Luella, agitando una mano—. Si eso sucede, acabará vendiendo el anillo por el doble de lo que vale. Me lo quedaría yo, pero creo que mi marido me mataría.

Horace se dirigió a la trastienda sin perder tiempo.

—Prepararé el cartel y luego me pondré al teléfono —añadió Luella, hablando a las espaldas del señor Pettie—. Después de que le cuente a Tishie Thornton lo mal que nos sentimos por el pobre Duncan, no habrá ni un alma en cientos de kilómetros a la redonda que no haya oído hablar del anillo del escaparate. Con un poco de suerte, aparecerá un nuevo equipo de televisión antes de comer.



«Sin duda esto es lo más impulsivo que he hecho en toda mi vida», pensó Flower mientras miraba por la ventanilla del autobús al que había subido en Concord, New Hampshire. Llevaba contando los días que quedaban para volar a Branscombe y pasar las vacaciones de Navidad con Duncan. Ambos habían fantaseado con la idea de que Flower fuera a visitarlo para la Fiesta de la Alegría, aunque a Duncan le tocara trabajar, pero sabían que no tendría sentido. Flower iría a pasar las vacaciones con él una semana después y los billetes de avión eran muy caros. Sin embargo, hacía unos días, sin venir a cuento, la señora Kane se había presentado discretamente con un cheque de dos mil dólares.

—A Jimmy le encanta ir a la guardería gracias a ti —le había susurrado a Flower respecto a su pequeño de tres años—. Siempre ha sido muy tímido y tú has conseguido que salga de su caparazón. Por favor, acepta este obsequio y regálale algo muy especial.

Flower no necesitó darle demasiadas vueltas para saber en qué consistiría ese algo especial: en la oportunidad de sorprender a Duncan presentándose en Branscombe para la Fiesta de la Alegría. Tenía la esperanza de que le dejaran echar una mano en los actos en que Conklin's servía el bufet, así podría estar cerca de Duncan todo el fin de semana y conocer a esos compañeros de trabajo de los que siempre hablaba. Duncan llevaba meses insinuando que le había comprado algo especial para Navidad y ella no podía evitar aferrarse a la esperanza de que se tratara de una alianza de compromiso.

Flower había conseguido que le dieran el viernes libre. Antes de salir hacia el aeropuerto el jueves por la noche, había llamado a Duncan, pero este no había contestado al teléfono, ni al de casa ni al móvil. A diferencia de ella, él tenía teléfono fijo. «Seguramente trabajará hasta tarde», pensó. Odiaba decir mentiras, por piadosas que fueran, pero tenía que hacerlo si quería sorprenderlo.

—Estoy de compras navideñas —había dejado en el contestador—. Casi no me queda batería en el móvil y cuando llegue a casa, ya estarás dormido. Hablaremos por la mañana. —Se despidió diciendo—: Te quiero, Duncan.

Sabía que Duncan no podría ponerse en contacto con ella mientras estuviera en el avión y no quería que se preocupara.

Durante el vuelo, la emoción le impidió pegar ojo, pensando en que cada segundo que pasaba estaba más cerca de Duncan y en que por fin vería Branscombe. Cuando aterrizó en el aeropuerto de Logan a las seis de la mañana y encendió el móvil, se sintió desilusionada y sorprendida al ver que Duncan no le había dejado ningún mensaje. Se los dejaba cada dos por tres, incluso cuando él sabía que ella no podía responderle.

Volvió a llamarlo al cabo de una hora y media, mientras esperaba para subir al primer autobús con destino a New Hampshire. Nada. Se le cayó el alma a los pies.

«Aunque igual está en la ducha», pensó. Le dejó un mensaje para que la llamara. «Sé que creerás que estoy loca —intentó bromear—. Son las cuatro y media de la mañana en California, pero estoy completamente despierta. Me resultó muy extraño no poder hablar contigo anoche. Me vuelvo a la cama, pero si oyes esto, déjame un mensaje». Apagó el móvil. Tenía presente que no podía hablar con él mientras estuviera en el autobús, no fuera a ser que alguien sentado a su lado se pusiera a hablar.

Subió al autobús con destino a Concord y, una vez allí, hizo trasbordo al que la llevaría a Branscombe. Empezó a ponerse nerviosa a medida que se acercaba al pueblo de Duncan. No hacía más que comprobar el buzón de entrada una y otra vez, pero él ni siquiera había intentado devolverle la llamada.

«No adelantemos acontecimientos», se dijo. Aunque ¿y si a Duncan no le gustaban las sorpresas? Era extremadamente ordenado y metódico. Tal vez al final no había sido tan buena idea presentarse allí así sin más, teniendo en cuenta cómo era Duncan, a quien seguramente le habría gustado que todo fuera perfecto cuando ella lo visitara por primera vez.

A medida que el autobús atravesaba kilómetros de paisaje nevado, más convencida estaba Flower de que todo saldría bien. Por fin pasaron la señal donde se leía:

#### «TÉRMINO MUNICIPAL DE BRANSCOMBE».

«Sé que me encantará vivir aquí», pensó. Fue la primera en bajar del autobús. Volvió a encender el móvil en cuanto estacionaron en la cochera. Ningún mensaje. Con el pulso acelerado, se dirigió al lavabo de mujeres para refrescarse.

«No me extraña que los vuelos nocturnos sean más baratos —pensó tristemente al ver el cansancio que reflejaba su mirada. Se lavó los dientes, se salpicó un poco de agua en la cara, se retocó ligeramente el suave maquillaje y se pasó el peine por el pelo—. Desde luego no estoy en mi mejor momento, pero no me importa y creo que a Duncan tampoco».

Había encontrado la dirección de Conklin's Market en Internet y había impreso cómo llegar hasta allí desde las cocheras. La tienda estaba a tan solo unas manzanas de la estación. Al salir a la calle, torció a la derecha, sabiendo que Main Street estaba en esa dirección. Echó a andar, disfrutando del sonido que hacía la nieve al crujir bajo sus zapatillas deportivas y, al llegar a la esquina, se detuvo un momento. Main Street tenía exactamente el encanto pintoresco que había imaginado: las farolas antiguas, la hilera de ordenadas tiendas y los árboles que bordeaban la acera, salpicados de adornos navideños, estaban sacados de una postal. Duncan le había explicado que iluminarían los árboles en la inauguración del festival, cuando Santa Claus pasara por el pueblo. Dobló a la izquierda y sonrió al ver a una joven que trasladaba a su bebé del carrito a la silla del coche. «Eso es lo que me gustaría estar haciendo dentro de poco», pensó Flower. Pasó junto a un drugstore y una agencia inmobiliaria y, en la

calle de enfrente, vio a un hombre y a una mujer delante de una joyería, contemplando el escaparate. «Deben de trabajar en la tienda, porque ninguno de los dos lleva abrigo», pensó. Seguía mirándolos cuando regresaron al interior del establecimiento. Si Duncan me hubiera comprado un anillo como regalo de Navidad, ¿habría sido en esa joyería? En ese momento volvió a asaltarla la preocupación que no lograba quitarse de encima: ¿por qué no la había llamado?

Por fin llegó al lugar de trabajo de Duncan. Era un poco más grande de lo que esperaba, pero seguía conservando el aire de un almacén del siglo XIX. En la fachada, pintada de rojo y con molduras blancas, había un rótulo que rezaba:

CONKLIN'S MARKET. LE ESPERAMOS CON LOS BRAZOS ABIERTOS.

Sin embargo, cuando Flower atravesó la puerta, la cálida acogida brilló por su ausencia. A la derecha había una larga hilera de cajas registradoras con cajeras pidiendo agritos que les comprobaran los precios. Tuvo la sensación de que, allí donde mirara, todo el mundo iba con el ceño fruncido.

Duncan le había dicho que la sección de fruta y verdura siempre se ubicaba en uno u otro extremo de las tiendas y, como no había ni fruta ni hortalizas cerca de la puerta principal, Flower atravesó las hileras de pasillos en dirección a la pared del fondo. «Lo saludaré un momentito y le pediré las llaves de casa», pensó, nerviosa. Sin embargo, al torcer en la esquina de la sección de frutas y verduras, no vio a Duncan por ninguna parte. Una mujer con un mechón blanco estaba chillándole a un jovencito de no más de veinte años. Había manzanas desperdigadas por todo el suelo, algunas de las cuales seguían rodando en distintas direcciones.

—¿Qué ha pasado aquí? —gritaba la mujer.

—Creo que he hecho una pila demasiado alta.

—¡No me digas! Recógelas, vuévelas a colocar y saca los plátanos. ¡Mira esas uvas! Te dije que las rociarás, no que las ahogaras.

«¡Dios mío! —pensó Flower—. Debe de ser la mujer del dueño, esa a la que llaman la Mofeta». ¿Y Duncan? Tenía que haber pasado algo.

La mujer pasó junto a Flower como una exhalación.

—Disculpe —se apresuró a decir Flower—, ¿Duncan Graham está por aquí?

—¿Está de guasa? —le espetó la mujer, dirigiéndole una mirada envenenada—. ¿De dónde viene, de otro planeta? Anoche ganó varios millones en la lotería junto con otros cuatro idiotas que trabajaban aquí y no va a volver. ¡Cuánta ingratitud!

Y siguió su camino, enojada.

Con la sensación de haber recibido un puñetazo en el estómago, Flower agachó la cabeza, sintiendo que las lágrimas anegaban sus ojos. «¿Por qué no me ha llamado? —se preguntó desesperada—. De haber ganado yo la lotería, lo primero que habría hecho habría sido llamarlo. Si jugara, claro. Tanto da la hora que hubiera sido, yo lo

habría llamado. Pero si nos llamamos a todas horas por las cosas más tontas... Y aunque a Duncan se le hubiera pasado por la cabeza que mi móvil se había quedado sin batería, sabe que los mensajes quedan grabados».

Entonces lo comprendió todo. «No me ha llamado porque pensó que, habiendo ganado la lotería, podría encontrar a alguien mejor. Mi madre tenía razón. Es muy confiada para todo, pero mira que me aconsejó que me tomara con calma lo de liarme con un hombre con quien he contactado por Internet y que vive a casi cinco mil kilómetros de casa...».

—Flower, todavía no conoces ni a sus amigos, ni a su familia, ni has visto la casa en la que vive —le había advertido su madre—. Ten cuidado.

Las palabras de su difunta abuela también resonaron en sus oídos: «Uno debería llevar más de un año con su pareja antes de formalizar la relación».

Solo hacía siete meses que Duncan y ella se conocían.

«Qué tonta he sido —pensó Flower, abriéndose paso entre los carritos de la compra que rodeaban las cajas registradoras—. Creía que lo conocía. La otra noche me dijo que no volvería a jugar a la lotería, que sus asesores financieros le habían dicho que era tirar el dinero. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?».

Sintió un gran alivio al salir de la tienda. Flower era consciente de que si alguien se fijaba en ella, se daría cuenta de que estaba llorando. «Estoy muy cansada —admitió, cambiándose la mochila de hombro y echando a andar hacia la estación de autobuses—. Tal vez tendré que esperar horas hasta que pase un autobús que me lleve al aeropuerto». Al cruzarse con una mujer algo mayor que ella, se percató de que esta le echaba una breve mirada cargada de compasión. «Seguro que da media vuelta y me pregunta si me pasa algo —pensó Flower—. Tengo que alejarme de Main Street». Torció en un callejón, atravesó un aparcamiento y se encontró en una tranquila callejuela rural.

Al fondo de la calle vio una casa blanca y laberíntica con un rótulo donde se leía:

«THE HIDEAWAY. BED AND BREAKFAST».

«“El Escondite”, es perfecto —pensó—. Justo lo que necesito. No es el momento de subirme de nuevo a un autobús, primero tengo que tocar fondo y para eso necesito estar sola».

Se mordió el labio, se secó los ojos y cruzó la calle a toda prisa. En el folleto informativo que colgaba en la puerta principal pedían que se entrara después de llamar. «Espero que no estén completos», pensó mientras apretaba el timbre, abrió la puerta y entraba en el pequeño vestíbulo. Un sonriente Santa Claus mecánico agitaba las manos y hacía reverencias sobre el mostrador de recepción. A la izquierda vio un salón con una enorme chimenea, sofás de aspecto cómodo, una alfombra de ganchillo y un gigantesco árbol de Navidad decorado con luces, adornos y espumillón. Solo se oía el tictac del reloj de pie. Segundos después, oyó unas pisadas apresuradas en el

pasillo y una voz que decía:

—Ya me ocupo yo, Jed.

Una mujer de aspecto matronil y pelo canoso recogido en un moño flojo empezó a secarse las manos en un delantal mientras saludaba afectuosamente a Flower.

—Hola, corazón. ¿Has venido al festival?

—Eeeh, sí. Pero solo puedo quedarme esta noche.

—Pues por casualidad nos queda una habitación libre. Es bonita y tranquila, y da a la parte de atrás. Sin embargo, debo advertirte que no tenemos ni televisión, ni radio, ni conexión a Internet. —Se echó a reír—. ¿Sigue interesándote?

—Más que nunca —contestó Flower, esforzándose por sonreír.

Tras entregarle la tarjeta de crédito y el carnet de conducir, Flower se percató de la reacción habitual que tenía la gente al leer su nombre.

—Veo que eres de California —dijo la mujer, sin atisbo de sorpresa en la voz, mientras obtenía la impresión de la tarjeta de crédito en una máquina antigua, de las que hacía mucho tiempo que Flower no veía—. Me llamo Betty Elkins. Jed, que es mi marido, y yo somos los dueños. No dudes en llamarnos si crees que hay algo que podamos hacer para que te encuentres más a gusto. Por aquí siempre habrá uno de los dos. A las tres en punto servimos té en el salón, con bollos caseros y nata cuajada. —Hizo una pausa—. ¿Hasta en California se ha oído hablar del festival?

—Yo, sí —contestó Flower, pensando tristemente en las conversaciones que había mantenido con Duncan.

Estaba segura de que a Betty Elkins le habría gustado saber más, pero por fortuna apareció un hombre, sin duda el marido de la casera. La camisa de franela verde arremangada dejaba a la vista unos brazos musculosos. Llevaba tirantes y un pañuelo anudado al cuello.

Betty le lanzó una rápida mirada.

—Estamos completos, cariño —dijo la mujer, alegremente. Luego se volvió hacia Flower—. ¿Puedo llamarte Flower? —preguntó.

—Por supuesto.

—Flower, te presento a mi marido, Jed.

El canoso Jed, de pobladas cejas, le estrechó la mano.

—Venía a por el equipaje, pero aparte de esta mochila no parece que lleves mucho más.

—Así es —dijo Flower, encogiéndose de hombros mientras él recogía la bolsa con total naturalidad.

—Enséñale su habitación, Jed. Tengo que echar un vistazo a mis galletas de Navidad. Deben de estar a punto.

Jed acompañó a Flower escalera arriba y juntos avanzaron por el pasillo hasta una acogedora habitación con las paredes empapeladas de flores amarillas, una cama con dosel y edredón con dibujo de junquillo, también de color amarillo, una mecedora, una mesilla de noche y un tocador.

—Esta habitación es perfecta para una jovencita con un nombre como el tuyo — comentó el hombre mientras dejaba la mochila en la silla—. Espero que te encuentres cómoda.

—Seguro que sí. Gracias.

En cuanto se hubo ido Jed, Flower cerró la puerta, echó la llave, se quitó el abrigo, se sentó en la cama y se sacó las zapatillas deportivas de una patada.

«Nunca me he sentido tan sola —pensó—. Estaba convencida de que Duncan me quería, pero si hubiera querido seguir conmigo después de ganar todo ese dinero, ya me habría llamado». Apagó el móvil, se recostó sobre los mullidos almohadones y cayó de inmediato en un profundo y desdichado sueño.

Eran las doce menos cuarto cuando los cuatro Reilly torcían con el coche hacia el camino de entrada del pintoresco y centenario Branscombe Inn. A aquellas horas, ya había media docena de unidades móviles de televisión aparcadas en las inmediaciones.

—Parece ser que la conferencia ha atraído el interés de los medios de comunicación —comentó Nora.

—Ya lo creo —convino Regan. Algo llamó su atención: un hombre de unos cuarenta años, de rostro sonrojado y medio calvo, vestido con vaqueros, botas y un pesado anorak, que fruncía el ceño y gesticulaba a la cámara mientras hablaba con un periodista—. Mirad a ese tipo. Me pregunto qué será lo que le preocupa tanto. Seguro que no es uno de los ganadores de la lotería.

—Tal vez sí que lo es y acaba de averiguar qué va a llevarse el Tío Sam de lo que ha ganado —aventuró Luke.

Jack detuvo el coche junto a la puerta de entrada.

—Iré a buscar un carrito para el equipaje. Descarguemos y entremos. Seguro que Steve y Muffy andan buscándonos.

Los Reilly no habían acabado de poner un pie en el bullicioso vestíbulo cuando entrevieron a su anfitrión al fondo de la estancia.

—Qué pareja tan atractiva... —murmuró Nora—. Seguro que eso los ayudará en la campaña electoral.

—¡Lo habéis conseguido! —exclamó Muffy, abriéndose paso hacia ellos.

Una diadema a rayas rojas y verdes le retiraba el pelo hacia atrás. Lo tenía rubio, de mechas perfectas y largo hasta el hombro. Llevaba un caprichoso pin en forma de trineo prendido en la solapa de un traje verde esmeralda.

Steve, moreno y de ojos castaños, estaba justo detrás de ella, vestido con un traje oscuro de raya diplomática, una camisa blanca recién planchada y una corbata con el mismo estampado que la diadema de Muffy.

—Eh, amigo, me alegro de verte —le dijo a Jack, dándole un afectuoso abrazo. Una expresión preocupada sustituyó la sonrisa, pero saludó al resto de los Reilly con sincero agrado—. Espero que hayáis tenido un buen viaje.

—Yo también —se apresuró a añadir Muffy, dejando a un lado las ceremonias—. Nora, tienes que ayudarnos a volver a encarrilar este festival —se lamentó en tono quejumbroso—. A la gente solo le interesa lo de esa tontería de la lotería, y ese productor tan desagradable, Gary Walker, no solo ha cancelado nuestra entrevista, sino que ahora encima está intentando ridiculizar el festival y al pueblo.

—Fuera hemos visto que estaban entrevistando a un hombre que parecía muy preocupado —dijo Nora—. Llevaba un anorak y unos vaqueros...

—¡Harvey! Su ex mujer, Glenda, es una de los ganadores. Hará unos tres meses que se divorciaron —explicó Muffy.

—¿Su ex mujer es ahora multimillonaria? —preguntó Jack—. No me extraña que no dé saltos de alegría. Seguro que desearía haber hecho las paces.

—Glenda, no —aseguró Steve—. Ese tipo es un imbécil.

—¿Qué ha pasado con el pobre hombre que ha desaparecido? —preguntó Nora.

—Seguimos sin tener noticias de Duncan Graham —contestó Steve—. La gente lleva buscándolo toda la mañana, pero ese productor insiste en que Duncan es quien compró el otro billete premiado y que ha salido pitando de aquí. En el pueblo hay opiniones para todos los gustos y se hacen apuestas. La última novedad es que el joyero de Branscombe ha expuesto en el escaparate un anillo por el que Duncan dejó pagado un depósito hace seis meses y que se suponía que debía retirar antes de Navidad. Hay quien dice que su novia pasó a recogerlo y que luego se largaron.

—¿No es increíble que esto haya tenido que pasar justo cuando está a punto de inaugurarse la Fiesta de la Alegría? —comentó Muffy, abriendo sus ojos azules de par en par—. Yo es que no me lo creo —se contestó ella misma.

«Es evidente que se decanta por la teoría de la novia», pensó Regan.

—Escuchad —dijo Steve, mirando alrededor y bajando la voz—, esta mañana había tantos periodistas revoloteando por el pueblo cuando se escampó la noticia de la lotería que pensé que sería buena idea organizar una conferencia de prensa para que sacaran fotos y escribieran sus reportajes todos a la vez.

«Seguro que fue idea de Muffy —pensó Regan—. El caso es ponerse delante de una cámara como sea. Van listos si creen que va a desaprovechar los trajes a juego».

—Empezaré haciendo algunas observaciones —continuó Steve—, presentaré a los ganadores de la lotería y luego, tras la ronda de preguntas, encauzaré la rueda de prensa hacia el festival y la gran variedad de fantásticas actividades que hay preparadas para el fin de semana, como que venga Nora Regan Reilly a firmar libros.

«A la prensa solo le interesan los ganadores de la lotería —se dijo Regan—. Ya verás cuando Steve y Muffy descubran que han acabado en el suelo de la sala de montaje».

—De modo que, si estás de acuerdo, Nora, te presentaré después de que los periodistas entrevisten a los ganadores de la lotería y entonces, si te parece bien, podrías decir algo sobre el festival —propuso Steve.

—Por supuesto —contestó Nora amablemente.

Steve hizo un gesto a un recepcionista que había tras el mostrador.

—Los Reilly son nuestros invitados —dijo sin más—. Lleve el equipaje a sus habitaciones, por favor. —Cogió a Muffy de la mano y los Reilly lo siguieron hasta el amplio salón que había frente al vestíbulo principal—. Tened cuidado con los cables —les advirtió al entrar en la estancia—, están por todas partes.

Habían apartado el mobiliario contra la pared del fondo. Las hileras de sillas plegables estaban prácticamente todas ocupadas. Las cámaras enfocaban la mesa que había en el extremo de la habitación, tras la que se sentaban dos hombres y dos mujeres. Había una quinta silla en el medio, vacía.



—Ahí tenemos a nuestros ganadores —dijo Steve.

«Parecen más cansados que exultantes», pensó Regan tras observarlos. A juzgar por los finos cables negros que les colgaban de la solapa, comprendió que ya les habían puesto el micro. Los dos hombres, uno de veintitantos y el otro de mediana edad, comentaban algo entre ellos en voz baja. Una mujer algo mayor intentaba contener los volantes de una blusa rosa, que le llegaban a media barbilla. Sin embargo, fue la angustia palpable que revelaba la expresión de la otra mujer lo que llamó la atención de Regan: estaba realmente preocupada.

Steve acompañó a los Reilly hasta la mesa y les presentó a los ganadores. Marion se animó de inmediato cuando saludó a Nora.

—Nora Regan Reilly. Me encantan tus libros. Deberías escribir sobre nuestra historia...

Regan se volvió hacia Glenda.

—Supongo que estás preocupada por tu amigo.

—Lo estoy —contestó Glenda.

—Soy detective privada —se presentó Regan— y mi marido es jefe de la Brigada de Casos Principales del Departamento de Policía de Nueva York. Estaremos encantados de hacer lo que esté en nuestras manos para encontrarlo.

A Glenda se le iluminó la mirada.

—Gracias. Nos hemos pasado toda la mañana buscándolo, pero hemos tenido que ir a arreglarnos para la conferencia de prensa. Le prometimos al alcalde que vendríamos.

—¿Cuándo os disteis cuenta de que había desaparecido? —indagó Regan, preguntándose si Glenda sabía que su ex marido estaba fuera, en medio de una conversación íntima con un periodista.

—Anoche intenté ponerme en contacto con Duncan en cuanto supimos que habíamos ganado, pero no hubo manera. Esta mañana nos hemos pasado por su casa a las siete menos cuarto, aprovechando que íbamos a certificar el billete, pero no había nadie. Pensamos que se habría pasado con las cervezas y que estaría durmiendo la mona. Anoche nos llevamos un gran chasco con la paga extra de Navidad, y estaba bastante enfadado cuando salió de trabajar. Después de validar el billete en el supermercado, hemos vuelto a su casa, pero seguía sin haber nadie. Hemos estado llamando al timbre y aporreando las ventanas un buen rato hasta que, al final, Tommy se ha percatado de que Duncan se había dejado las llaves puestas en el contacto del coche. Hemos decidido utilizarlas para entrar en la casa, no fuera a ser que le hubiera pasado algo. Me he sentido un poco extraña, entrando allí de esa manera...

—Yo habría hecho lo mismo si estuviera preocupada por un amigo —dijo Regan—. El hecho de que las llaves estuvieran en el coche me habría alarmado de veras.

—¡Es lo mismo que pensé yo! —Glenda se aclaró la garganta—. La televisión estaba encendida, igual que las luces, y no parecía que hubiera dormido en la cama. No había señal de que se hubiera dado una ducha y que hubiera salido temprano de

casa... —Fue apagándosele la voz—. Luego intentamos poner el coche en marcha, pero no hubo manera. Creo que anoche se enteró de que habíamos ganado la lotería y seguramente se sintió tan frustrado por no haber jugado que decidió salir, pero el coche no se puso en marcha. Tengo miedo de que echara a andar y tuviera un accidente o un ataque al corazón. ¡Estoy segura de que no compró el otro billete premiado! —insistió, con la mirada encendida—. Pero Tommy y Ralph piensan que no le ha pasado nada y que esta mañana habría ido a trabajar si no le hubiera llovido dinero del cielo. Están enfadados conmigo porque anunciamos que él también era uno de los ganadores de nuestro boleto. Si al final resulta que Duncan cobra el dinero del otro billete premiado, creo que me matarán. Soy la primera que propuso compartirlo con él, aunque fuera tan tacaño y cabezota que no quisiera aportar un miserable dólar.

«Madre mía —pensó Regan—, ojalá que Alvirah llegue cuanto antes. Como mínimo, tiene cuatro nuevos candidatos para el Grupo de Apoyo a los Ganadores de Lotería».

Steve le echó un vistazo a la hora.

—Son las doce. Será mejor que empecemos.

Hizo un gesto a los Reilly para que ocuparan las sillas que había reservado para ellos en primera fila y a continuación se acercó al podio y sacó del bolsillo una hoja de papel doblada. Con Muffy al lado, le dio unos golpecitos al micrófono para pedir silencio.

—Bienvenidos a la primera Fiesta anual de la Alegría de Branscombe. Soy el alcalde Steve Patton y les presento a mi mujer, Muffy.

—Hola a todos —dijo Muffy inclinándose sobre el micro y riendo tontamente—. No encuentro palabras para describir el honor y el placer que supone para mí ser la primera dama de Branscombe. Branscombe es un pueblo muy, muy especial. Deseamos dar una cálida bienvenida a todos aquellos que vengáis de fuera y esperamos que os quedéis durante toda la Fiesta de la Alegría. Os prometemos que viviréis una maravillosa y entrañable experiencia...

—Gracias, Muffy —la interrumpió Steve.

Muffy levantó un dedo.

—Una cosa más, cariño. Todavía quedan cupones para la cena comunitaria de mañana por la noche y el desayuno de tortitas del domingo por la mañana. Con el cupón se entrega un pase para ver *Qué bello es vivir*, que se proyectará de manera continuada en el auditorio de la iglesia. ¿A que es una película magnífica? Lloro cada vez que la veo...

Regan se divirtió viendo cómo Steve se las apañaba para seguir sonriendo mientras intentaba recuperar el control del micrófono.

—A mí también me gusta mucho esa película —dijo Steve—. Y ahora quisiera presentaros a nuestros ganadores de la lotería, quienes han demostrado que Branscombe no solo es un pueblo feliz, sino también afortunado, un pueblo donde la gente se preocupa por los demás y se alegra de que la suerte sonría al vecino. Ese

quinto asiento está reservado para Duncan Graham, el compañero de trabajo que esta gente ha decidido incluir de manera tan generosa en el reparto del bote a pesar de que, siguiendo las indicaciones de sus asesores financieros, el joven decidiera no jugar esta semana. —Steve se echó a reír—. ¡Me gustaría saber qué otros consejos da esa gente!

—¿Cómo se llaman? —preguntó un periodista.

—No estamos seguros —contestó Steve—. Os facilitaremos esa información más adelante. Ahora, permitidme presentaros a los cuatro empleados de Conklin's Market quien, por cierto, es el encargado de servir el bufet del festival.

Los ganadores se levantaron y saludaron a medida que fueron diciendo sus nombres. Cuando todos se sentaron de nuevo, Steve se volvió hacia los asistentes.

—Si os parece bien, abriremos el turno de preguntas.

Todo el mundo levantó la mano. Steve señaló a una joven de la segunda fila.

—¿Es cierto que esta mañana han dejado junto a la tienda las fotos enmarcadas que los Conklin les habían regalado por Navidad, unidas por un lazo y con una nota que decía: «¡Nos despedimos!»? —preguntó la mujer, sujetando con fuerza su libreta.

—¡Sí, lo hemos hecho! —contestó Marion, orgullosa—. ¡Fue idea mía!

—¿Creen que es la mejor manera de inaugurar la Fiesta de la Alegría? —preguntó otro periodista—. Tenemos entendido que trabajan, o mejor dicho, trabajaban en puestos clave. ¿No habría sido una muestra de cooperación y buen compañerismo trabajar en Conklin's este fin de semana, cuando es seguro que van a necesitar su ayuda para servir el bufet del festival?

—La muestra de buen compañerismo habría sido recibir la paga de Navidad a la que teníamos todo el derecho —contestó Ralph, con vehemencia—. Créanme, todos nosotros estaríamos allí ahora mismo arrimando el hombro, millonarios o no, si nos hubieran tratado con justicia.

«Madre mía —pensó Regan—. Pues sí que arranca con buen pie la Fiesta de la Alegría».

Otro periodista se levantó.

—Tenemos entendido que el compañero desaparecido dejó pagada la entrada de un anillo hace seis meses, en la Pettie's Fine Jewelry de Branscombe. ¿Sabe alguno de ustedes si tiene novia? —Todos negaron con la cabeza—. Ya veo —comentó el periodista—. Disculpenme, pero debo preguntárselo: ¿alguno de ustedes cree que su compañero de trabajo, o tal vez la persona a quien iba destinado dicho anillo, compró el otro billete de lotería premiado?

Ralph y Tommy se miraron y levantaron la mano a continuación.

—Ahora, sí —contestaron al unísono.

Marion se quedó perpleja. Se mordió el labio y agitó las manos, indicando que no sabía qué pensar.

Glenda se puso en pie de un salto.

—¡No! —contestó, con vehemencia—. No nos habría traicionado de esa manera.

Mucho me temo que le ha pasado algo.

—¡Ya lo creo! —exclamó Duncan desde el fondo de la sala.

Los asistentes ahogaron un grito y se volvieron para encontrarse con un Duncan desaliñado y sin afeitarse que se acercaba cojeando al micrófono, aferrándose con una mano a un palo de madera de aspecto astilloso.

—¡Me indigna que alguien, sobre todo Tommy y Ralph, crea que compraría un billete de lotería a espaldas de mis amigos! —gritó—. ¡Yo no he comprado el otro billete! ¡Lo juro por mi vida!

Le temblaba la voz cuando llegó al podio y se volvió para enfrentarse a los asistentes.

—¡Duncan, lo sabía! —dijo Glenda.

—¡Y lo que es peor: me han arruinado ese momento tan especial en la vida de cualquier hombre en que decide hacerle la gran pregunta a su novia! ¡Es una vergüenza que el joyero de este pueblo invada mi vida privada para sacar provecho!

Tras aquella grandilocuente declaración, Duncan, debilitado por el cansancio, el hambre y el dolor, se desplomó en los brazos del alcalde Steve.

Una hora después de haber emprendido la escapada a Boston, Edmund y Woodrow seguían desbordados por la emoción ante su increíble golpe de suerte.

Woodrow iba al volante del sedán que habían alquilado.

«Gris oscuro, nada llamativo», le habían pedido al comercial del Budget Rent A Car. Ambos poseían un Mercedes de gama alta, pero esa no era la imagen de ahorro y austeridad que deseaban transmitir a sus clientes.

Iban turnándose al volante mientras inventaban nuevas formas de describir sus ganancias.

—¡Ciento ochenta millones de pavos! —dijo Woodrow.

—¡Ciento ochenta millones de los grandes! —contestó Edmund.

—¡Ciento ochenta millones de machacantes! —exclamó Woodrow riendo con satisfacción.

De vez en cuando, el siempre cauteloso Edmund recordaba a Woodrow que aminorara la velocidad.

—Podríamos dar con una placa de hielo y tener un accidente. Ahora tenemos una buena razón para vivir.

—Poseo un historial de tráfico impecable —recalcó Woodrow.

—Lástima de los otros historiales —replicó Edmund, con ironía.

Woodrow se echó a reír.

—Le dijo la sartén al cazo. El tuyo es tan largo como el mío. Gracias a Dios, a partir de ahora estaremos limpios como una patena. Aunque voy a echar de menos timar a la gente.

—Yo también. Pero no vale la pena. Ese juez amenazó con encerrarnos y arrojar la llave si volvía a pillarnos en otra estafa.

—Ojalá no tuviéramos que volver a Branscombe para la última clase.

—¿Y crees que yo no preferiría hacer cualquier otra cosa? Pero si no nos presentáramos a esa clase, nuestros alumnos podrían empezar a atar cabos. De este otro modo podremos despedirnos de ellos individualmente y prometerles un informe semanal del pozo petrolífero hasta que cobremos el billete de lotería y desaparezcamos.

—Edmund, tengo una idea —dijo Woodrow al cabo de unos instantes de silencio.

—Te escucho.

—Hemos cumplido las condenas por las demás estafas, ¿por qué no hacemos borrón y cuenta nueva? ¿Por qué no le devolvemos el dinero a esa gente de Branscombe la semana que viene? Ahora no lo necesitamos. Les diremos que el pozo de petróleo no es tan seguro como habían querido hacernos creer y les prometemos que seguiremos en contacto por si aparecen posibles inversiones futuras que creamos dignas de consideración. Así no tendríamos que volver a preocuparnos nunca más de tener a los federales detrás de nosotros.

Edmund frunció el ceño.

—¿Devolver a la gente el dinero? Eso va contra natura. —Fingió que se estremecía—. Va en contra de todos mis principios. Además, nos ha costado Dios y ayuda convencerlos para que soltaran la pasta.

—Eddie, es un cambio de nada. Dieciséis de los diecisiete alumnos invirtieron en las arenas movedizas que esta vez hemos llamado pozo de petróleo. ¿Cuánto hemos recaudado? ¿Setenta y un mil dólares? Sé de alguien que estará encantado de que le devuelvan su dinero: el señor Duncan Donuts. Igual vuelve a comprar billetes de lotería.

—Ahora mismo debe de estar furioso con nosotros —se burló Edmund.

—Espero que no aparezca por clase la semana que viene —dijo Woodrow—. Seguro que quiere matarnos.

—Creía que querías devolverle el dinero.

—Podemos enviarle un cheque.

A Edmund le brillaron los ojos.

—Woodrow, ¿qué vamos a hacer cuando cobremos todo ese dinero?

—Divertirnos, eso es lo que vamos a hacer.

—Juntos.

—Pues claro que juntos. Somos un equipo ganador. No nos separaremos nunca.

Edmund se removió nervioso en el asiento.

—Entonces ¿crees que tía Millie es la persona ideal para ir a cobrar el billete?

—Es perfecta —contestó Woodrow—. Es la única de la familia que nos ha querido de manera incondicional, por muchos problemas en que nos metiéramos. Gracias a Dios somos sus únicos herederos, así no habrá nadie que le insista en quedarse con nuestro dinero. Le daremos un millón de pavos por acercarse a las oficinas de la lotería. —Se echó a reír—. Ya la conoces, le van las emociones fuertes.

—Solo espero que no posea un historial delictivo del que no nos haya hablado —bromeó Edmund.

Woodrow se rio.

—¿Te lo imaginas? ¿Te imaginas que tía Millie tuviera prohibido jugar?

—Si fuera así, habría violado la condicional al menos un millón de veces. Es otra persona cuando se sienta delante de una de esas tragaperras de Atlantic City. ¿Te acuerdas de cómo se puso cuando empezaron a informatizarlas? Decía que parte de la diversión estaba en el sonido que hacían las monedas al caer en la cubeta. Tintín, tintín.

—Seguro que hemos salido más a ella que a ninguna de nuestras madres —dijo Woodrow—. Lo único que espero es que sea legal con nosotros. —Se hizo un breve silencio—. Eso no ha estado bien. Sé que podemos confiar en ella. Le haremos una visita sorpresa la semana que viene, cuando dejemos Branscombe bien lejos.

Edmund se inclinó hacia delante y encendió la calefacción.

—Debe de estar refrescando —comentó—, pero al menos no nieva.

Apretó el botón de encendido de la radio.

«—Estás escuchando la WXY de Boston. Nos llegan noticias de última hora desde Branscombe, New Hampshire, donde se encuentra nuestra reportera cubriendo la sorprendente historia de la lotería. ¿Qué tienes para nosotros, Ginger?

»—Bob, la verdad es que lo que ocurre aquí es difícil de creer. El hombre desaparecido, Duncan Graham, con quien sus generosos compañeros de trabajo habían decidido compartir las ganancias del premio de la lotería, a pesar de que había decidido no participar la pasada noche...».

Woodrow lanzó un silbido.

—¡Bien hecho, Duncan! Pero ¿estaba desaparecido?

Se inclinó y subió el volumen.

«—... ha aparecido hace unos instantes en el Branscombe Inn, donde estaba llevándose a cabo una conferencia de prensa con dichos compañeros. Parece como si le hubiera pasado por encima una apisonadora. Estaba enfadado y resentido porque había oído que dos de sus colegas pensaban que él había comprado el otro billete premiado a sus espaldas».

—No fue él —dijeron Woodrow y Edmund al unísono.

«—Debe de haber sufrido un accidente porque se ha acercado al podio cojeando, apoyándose en un palo para mantenerse en pie, un palo que parecía sacado de un contenedor de basura. Ha negado rotundamente haber comprado el otro billete premiado, pero, por increíble que pueda parecer, daba la impresión de estar mucho más enfadado porque ahora todo el pueblo sabe que le ha comprado un anillo de compromiso a su novia. ¡Estaba tan exhausto que literalmente se ha desmayado sobre el podio!

»—¿Se ha desmayado? —comentó Bob, con el tono de preocupación adecuado para la ocasión—. ¿Se encuentra bien?

»—Están llevándose en estos momentos. Os mantendré informados.

»—¿Es consciente de que sus compañeros de trabajo han decidido repartir el billete premiado con él y que ahora mismo tiene doce millones de dólares más que ayer?

»—No sabría decírtelo.

»—Si no lo sabe, se llevará una agradable sorpresa cuando despierte. Gracias, Ginger. Y, ahora, el tiempo...».

Woodrow y Edmund se miraron.

—Eso nos quita un peso de encima —celebró Edmund—. No ha perdido nada por seguir nuestro consejo. Sus compañeros deben de estar majaras para compartir no sé cuántos millones con él. Nosotros nunca haríamos algo así.

—Desde luego que no —convino Woodrow.

—Aunque es una lástima que hayamos dejado el negocio de la estafa. Podríamos haberle encontrado varios pozos de petróleo.

Woodrow se dio una palmada en la pierna y se echó a reír.

—Tienes razón, Edmund. Podríamos habernos quedado como mínimo con once de los doce millones.

Pisó el freno. Las obras que estaban realizándose más adelante obligaban a reducir la velocidad y empezaba a formarse caravana.

Edmund sacudió la cabeza.

—Es hablar de ese billete y entrarme ganas de volver a verlo —dijo, mientras sacaba la cartera del bolsillo superior de la chaqueta.

Sonriendo de antemano, extrajo la bolsa de plástico y metió la mano para retirar el billete.

Woodrow le echó un vistazo.

—Ese pedacito de papel vale ciento ochenta millones de pavos.

—Eso mismo —dijo Edmund mientras lo desdoblaba y miraba los números.

El pánico en estado puro hizo presa en él, una sensación que no había experimentado nunca hasta ese momento, ni siquiera cuando lo habían condenado a ocho años de prisión. Un gemido escapó de sus labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Woodrow, alarmado.

—Estos números... Aquí pasa algo. Creía que... Creía que el número Powerball era el treinta y dos.

—¿Cómo? —dijo Woodrow.

—El número Powerball, ¿no era el treinta y dos?

—¡Claro que lo era!

—Este número Powerball es el dieciocho...

—Pero ¿qué estás diciendo? —Se impacientó Woodrow.

Un alarido espeluznante y angustiado escapó de los labios de Edmund.

—¡Este billete es del veinte de junio! —exclamó—. ¡Es un boleto antiguo! ¡No es nuestro billete premiado! ¡Oh, Dios, no!

Woodrow se lo arrancó de la mano.

—¿Estás intentando jugármela o qué?

—¿Cómo te atreves a decir eso? ¿Cómo te atreves? Comprobamos los números cuando lo metimos en el congelador, pero no volvimos a hacerlo cuando regresamos a buscarlo. ¡Alguien ha debido darnos el cambio! ¡Eres un imbécil! ¡Ya sabía yo que no debíamos irnos sin el billete! ¡Lo sabía!

—¿Quién ha podido entrar en la casa? ¡Comprobamos que estuviera todo cerrado! Además, ¡tampoco estuvimos fuera tanto tiempo!

—¿Recuerdas que anoche creímos oír algo en el sótano, pero no nos molestamos en ir a mirar? Estábamos demasiado ocupados celebrándolo y pensamos que era la vieja caldera...

Woodrow tenía los ojos desorbitados.

—Oímos un ruido como de porrazo. Yo quise ir a mirar, pero tú dijiste que no me molestara. —Señaló la radio—. Han dicho que Duncan ha estado desaparecido toda la noche, que acaba de asomar la cabeza y que iba cojeando. La puñetera puerta que



utilizan los alumnos siempre está abierta. —Miró a Edmund—. ¿Qué te apuestas a que vino a echarnos la bronca cuando se dio cuenta de que habían salido premiados los números a los que no había jugado? ¡Debió de oírnos celebrarlo! ¡Estuvo espiándonos! ¡Seguro que nos oyó hablar del timo del pozo de petróleo!

—¡Tiene que ser él! —dijo Edmund—. ¿Quién si no?

Woodrow, con la sien palpitante y colorado como un tomate, subió el coche a la herbosa mediana a toda velocidad y realizó un cambio de sentido completamente prohibido.

—¡Vamos a recuperar ese billete!

—¿Y si ya ha llamado a la poli?

—¡Me importa un pimiento! —explotó Woodrow.

Edmund se hundió en el asiento.

—Me sorprende que tengas un historial de tráfico impecable.

Atravesaban las nubes de New Hampshire, cuando Willy echó un vistazo por la ventanilla del birreactor que Alvirah y él habían fletado en el aeropuerto de Westchester. «Esto es lo último que me habría imaginado haciendo hoy», pensó. Miró a Alvirah, al otro lado del pasillo, quien sonreía encantada. Su mujer le tendió la mano.

—¿No crees que ha sido una idea genial que se me ocurriera llamar a la compañía de alquiler de reactores Rent A Jet cuando nos enteramos de aquel vertido en la autopista de Connecticut?

—Una idea genial y cara —comentó Willy—. Nos ahorramos varias horas de coche y nos costó tres mil dólares.

—Conducir tantas horas no habría sido bueno para ti.

—Alvirah, me encanta conducir.

Alvirah se tocó el vendaje de la frente de forma teatral.

—Cuando era pequeña y me hacía daño, mi madre siempre me regalaba algo. Cuando me rompí un brazo al bajar por un tobogán, me compró una muñeca de porcelana nuevecita, con dos vestiditos a juego. Me hizo sentir mucho mejor. Ni siquiera se enfadó conmigo por ser tan tonta. Este viaje en avión es mi regalo de recuperación. Además, es sano darse un gusto de vez en cuando.

—Tienes razón, Alvirah.

—Y otra cosa: estoy preocupada por esos ganadores de la lotería. Daban la impresión de necesitar mi ayuda. Si hubiéramos ido en coche, no habríamos llegado hasta la noche.

Eran las doce y cuarto de la mañana y estaban iniciando el descenso hacia el pequeño aeropuerto comarcal, a quince kilómetros de Branscombe.

Alvirah terminó la última galletita salada de las que había estado picando durante el vuelo.

—Estaban pasadas —le susurró a Willy mientras arrugaba la bolsa—, pero tenía hambre.

El piloto había llamado con antelación y lo había dispuesto todo para que un coche los recogiera y los llevara al Branscombe Inn. Cuando aterrizaron, una limusina blanca extralarga los esperaba en la pista.

—Me llamo Charley —se presentó el conductor, mientras cargaba el equipaje en el maletero—. Bienvenidos a la Fiesta de la Alegría.

—¿Ya han encontrado al chico desaparecido? —preguntó Alvirah, preocupada.

—Vaya, ¿se ha enterado?

—Ella siempre se entera de todo —explicó Willy.

Charley cerró el maletero.

—Ha aparecido cojeando en medio de una conferencia de prensa hace unos minutos, ha dicho que él no ha comprado el otro billete premiado y luego se ha

desplomado. Creo que se pondrá bien, pero ha pasado una noche movidita, eso seguro.

Alvirah abrió los ojos de par en par.

—¿Cree que compró el otro billete?

—Vaya usted a saber. Mire, justo acabo de pasar por delante del lugar en que se vendió.

—¿Dónde?

—En un pequeño supermercado al final de la calle.

—Las galletitas saladas del avión me han dado sed. Pararemos allí a comprar agua.

—No se preocupe, llevo un cargamento de botellas de agua para mis invitados —dijo Charley, abriéndoles la puerta.

Alvirah se estremeció al subir a la parte trasera de la limusina.

—¿Sabes qué? Tengo frío. Lo que me vendría bien es un café.

—De camino hay una cafetería donde sirven... —empezó a decir Charley.

—No se moleste —lo interrumpió Willy—. No hay nada que pueda impedir a mi mujer que investigue ese supermercado.

—Captado —contestó Charley, cerrando la puerta detrás de él.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —gritó el alcalde Steve, mientras dejaba a Duncan en el suelo y le abría el anorak.

—¡Yo sé qué hay que hacer! —dijo Muffy—. ¡Fui socorrista! —Se puso de rodillas, cogió la muñeca de Duncan y le tomó el pulso—. ¡Todavía le late el corazón! —anunció de manera teatral.

Regan y Jack habían sido los primeros en levantarse de un salto.

—Muffy, mira a ver si lleva alguna tarjeta de alerta médica en la cartera —sugirió Regan.

Duncan abrió los ojos de par en par.

—¡Estoy bien! —aseguró—. No estoy enfermo. No me pasa nada de nada. —Las cámaras no dejaban de disparar sus flashes mientras intentaba incorporarse—. ¡Por favor! Estoy bien. Me duele la pierna, nada más.

Glenda se acercó corriendo, abriéndose paso entre los fotógrafos y periodistas que se empujaban entre sí para hacerse con una buena posición que les permitiera captar el momento.

—Apártense, por favor —pidió insistente. Miró a Steve—. Llévemonos a Duncan de aquí.

Jack y Steve incorporaron a Duncan, lo sentaron en una silla, la levantaron en vilo y lo sacaron de la sala a toda prisa.

El director del hotel los condujo hasta un cuarto de huéspedes, al final del pasillo.

—Cuando lleguen los de la ambulancia, los traeré aquí —dijo.

—Estoy bien —insistió Duncan—. Puede que tengan que hacerme una placa de la pierna. Solo tengo sed y hambre, y me gustaría llamar a mi novia. Glenda, ¿puedo utilizar tu móvil? Me he dejado el mío en casa —dijo, mientras Jack y Steve dejaban la silla en el suelo y lo ayudaban a tumbarse en la cama.

—Aquí está, Duncan. Dime el número.

Duncan se lo recitó de un tirón, le arrancó el teléfono de las manos y se lo llevó a la oreja.

—Sale el buzón de voz —dijo, frustrado y desencantado. Bajó la voz—: Flower, te quiero. Tengo que hablar contigo. No llevo el móvil...

—Dile que llame al mío —intervino Glenda, sin perder tiempo, y le dijo el número.

Duncan lo repitió en el micrófono del teléfono.

—Probaré en el trabajo, Flower. Me muero de ganas de hablar contigo. —Colgó—. Glenda, ¿te importa si llamo a información? Te cobrarán por la llamada.

Glenda sonrió.

—¿No ves que ahora soy multimillonaria? Y tú también, Duncan.

—Debe de ser una sensación muy agradable —comentó el alcalde Steve mientras tendía a Duncan el vaso de agua que se había apresurado a llenar.

—Eso me han dicho. No hay una amiga mejor que tú, Glenda —dijo Duncan con tono agradecido. Apuró el vaso hasta el fondo—. Eres la mejor.

—Eso seguro —dijo Jack, echándose a reír—. Dudo que nunca conozca a un amigo que esté dispuesto a compartir sus millones conmigo.

Duncan se puso en contacto con la guardería, pero frunció el ceño cuando la jefa de Flower le dijo que su novia se había tomado el día libre.

—¿Ah, sí? Qué raro que no me lo dijera. Bueno, pues entonces esperaré a que me llame.

Colgó y llamó para oír los mensajes de voz que tenía en casa y en el móvil. Se le iluminó la cara.

—Oooh, anoche no podía dormir —dijo, en voz baja—. Espero que me llame pronto. —A continuación marcó el número de sus padres y les dejó un mensaje. Se volvió hacia Jack y Steve mientras tendía el móvil a Glenda—. Gracias, chicos. Por favor, no os quedéis aquí por mí. No va a pasarme nada antes de que llegue la ambulancia.

—¿Cómo te has hecho lo de la pierna? —preguntó Jack.

—Me he caído —se apresuró a contestar Duncan—. Estoy bien. Gracias otra vez por ayudarme. Si no os importa, me gustaría hablar un momento con Glenda.

—Te acompañaré al hospital —dijo Glenda, sin dar ocasión a réplica—. No deberías ir solo.

—Glenda, no puedo creer que Tommy y Ralph piensen...

El rostro de Duncan adoptó una expresión dolida.

—Nos vamos, así podréis hablar tranquilamente —dijo Jack.

Steve y él salieron al pasillo, donde esperaban los Reilly.

—¡Glenda, tengo que contarte algo! —susurró Duncan cuando estuvieron solos.

Glenda adoptó una expresión preocupada.

—Duncan, por favor, no me digas que compraste el otro billete.

—¡No! No fui yo. Pero mi vida podría estar en peligro...

—¿De qué estás hablando?

Duncan se apresuró a relatarle los acontecimientos de la noche anterior.

—... y échale un vistazo a esto —concluyó, con voz ronca. Buscó dentro del bolsillo lateral del anorak y sacó la cartera.

Muda de asombro, Glenda miró el billete de lotería que Duncan le tendía y leyó los números.

—¿Lo robaste del congelador?

—¡Sí! No podré cobrarlo nunca, pero ellos tampoco lo tendrán. Lo único que quiero es que arresten a esos dos por estafar a gente inocente un dinero que tanto cuesta ganar. Si alguna vez me decidiera a cobrarlo, sabrían que fui yo quien lo robó y no podría volver a dormir tranquilo en la vida pensando en que podrían colarse por la ventana de mi dormitorio y matarme. Además, la gente de por aquí siempre pensaría que mi primera intención había sido la de traicionarlos, aunque compartiera

el premio.

—¿Sabes que si no les hubieras dicho nuestros números a esos tipos, habríamos ganado todo el bote? —dijo Glenda burlescamente.

—¡Lo siento! Pero no olvides que acertamos gracias a mi número Powerball.

—Estaba bromeando, Duncan.

—¿Sabes, Glenda? Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que no son simples estafadores. ¡Es gente peligrosa! —Desde el exterior les llegó el aullido de una ambulancia que se acercaba—. ¿Qué hago?

Glenda señaló en dirección al pasillo.

—El tipo que te ha traído aquí con el alcalde es jefe de la Brigada de Casos Principales del Departamento de Policía de Nueva York y su mujer es detective privada. Antes de que aparecieras, ella se ofreció a ayudarnos a buscarte. ¿Por qué no hablas con ellos?

—¿Crees que podemos confiar en ellos para que arresten a esos dos, sin mencionar el billete?

—Sí, creo que sí, Duncan.

Muffy, la antigua socorrista, irrumpió en la habitación con una bandeja de desayuno y un equipo de cámara pisándole los talones.

—Duncan, nuestros encantadores trabajadores voluntarios del servicio de ambulancias vienen detrás de mí, pero antes de irte dale un bocadito a un delicioso gofre casero.

Sin pensarlo, Glenda cerró la mano sobre el billete y dirigió a Duncan una mirada inquisitiva.

—Glenda —dijo el joven, señalando la mano con un gesto—, ¿por qué no haces lo que me has dicho y luego vienes a verme al hospital y de paso me traes el móvil?

—¿Qué tienes que hacer? —preguntó Muffy alegremente, mientras dos hombres vestidos de uniforme blanco, con el escudo de Branscombe sobre el corazón, entraban una camilla en la habitación.

Charley pasó con la limusina por delante de la desierta gasolinera que había frente al Ethan's Convenience Store y se detuvo. Un cartel en la ventana proclamaba:

«¡PREMIO DE CIENTO OCHENTA MILLONES DE LA MEGA MILLIONS VENDIDO AQUÍ!».

Alvirah, con Willy a la zaga, ya estaba en la tienda antes de que Charley pudiera siquiera abrirles la puerta. Un cámara y un joven periodista corrieron hacia ellos.

—Jonathan Tuttle, de la cadena BUZ —se presentó el periodista con tono animado—. Seguro que ustedes son los del billete de lotería premiado. Apareciendo en una limusina y demás...

—Siento defraudarle —contestó Alvirah. Al ver que el cámara apagaba el foco y que el periodista bajaba el micrófono, añadió alegremente—: Pero hace unos años ganamos cuarenta millones de dólares en la lotería.

—Vuelve a encender la cámara —ordenó Tuttle, concentrándose de nuevo en Alvirah y Willy con renovado interés—. Un momento. ¿Nuestra cadena ya los ha entrevistado antes?

—Sí, soy Alvirah Meehan y este es mi marido, Willy. Su presentador, Cliff Bailey, me invita cada vez que un nuevo ganador de la lotería sale en las noticias de portada.

—Claro —dijo Tuttle—. ¿Qué les trae por aquí?

—Acabamos de llegar en avión para asistir a la Fiesta de la Alegría de Branscombe.

—Nuestra cadena está realizando un especial sobre el festival.

—Lo he visto esta mañana.

—¿Saben que los dos billetes premiados de la Mega Millions se vendieron en esta zona, uno aquí, en Red Oak, y el otro en Branscombe?

—Sí, lo sabemos. Espero conocer a los ganadores de Branscombe y poder felicitarlos personalmente.

—¿Van a darles algún consejo?

—Que apaguen el móvil —dijo Willy entre dientes.

Alvirah se echó a reír.

—Lo que quiere decir es que van a recibir miles de llamadas de gente de poco fiar que les explicarán en qué deberían gastar su dinero.

—Me lo imagino —dijo Tuttle—. Gracias, señora Meehan.

Alvirah echó un vistazo a la tienda. En la pared del fondo se veía a un Santa Claus y su reno recortados en cartón, aterrizando en un tejado. Sobre la mesa del rincón, varios adornos de un rojo vivo colgaban de un árbol sintético. Unas luces de

Navidad parpadeantes enmarcaban la sección de productos lácteos.

Tras el mostrador, junto a la caja registradora, había un alegre octogenario que lucía una camisa a cuadros y una pajarita roja.

—¿En qué puedo ayudarlos, amigos? —preguntó.

—Pónganos dos cafés solos para llevar, por favor —dijo Alvirah.

—Ahora mismo.

—¿Es usted Ethan? —preguntó Alvirah.

—El mismo.

—Qué emoción, ¿verdad?, haber vendido uno de los billetes premiados de la lotería —comentó Alvirah mientras el hombre preparaba los cafés.

—Puede imaginárselo. ¡Es la primera vez! Yo también he recibido un cheque por haberse vendido aquí el boleto. No está nada mal, para variar. Y antes de que me lo pregunte, le contestaré lo que todo el mundo lleva preguntándome toda la mañana: no sé quién lo compró y no tengo cámaras de seguridad, así que no hay cintas que repasar. En cuanto al tipo ese que dicen que podría haberlo comprado, ni idea. No sé qué pinta tiene y daría lo mismo que me enseñaran una foto suya. Si no es uno de mis clientes habituales, no me acordaré.

Alvirah asintió con la cabeza.

—Eso contesta todas mis preguntas.

Ethan se echó a reír mientras presionaba enérgicamente las tapas de los vasos de cartón.

—Tal vez sea la edad, pero todos los que entran y salen me parecen iguales al cabo de un rato. No sé qué pasaría ayer, pero fue como si la gente no pudiera repostar sin comprar antes un número. Tuve más trabajo que un empapelador manco.

—Cuando hay un bote tan grande, la gente se ilusiona y quiere participar del sueño de todos —dijo Willy—. Ganar la lotería cambió nuestras vidas por completo. Alvirah, ¿quieres algo más, aparte del café?

—No estaría mal algo para picar —contestó Alvirah, mientras echaba un vistazo al mostrador, lleno de paquetes de chicles, caramelos y donuts. Sus ojos se detuvieron en una cesta de dulces navideños, envueltos en papel de plata de rayas verdes y rojas.

—¿Qué tal estos caramelos? —preguntó Alvirah a Ethan.

—A un dólar la unidad, ya pueden ser buenos. Me llegaron el otro día. —Se encogió de hombros—. He probado un par y están buenísimos, pero la gente con un dólar de sobra ha preferido comprar un billete de lotería.

—Nos llevaremos una docena —dijo Willy, y luego miró a Alvirah—. Son mi regalo de recuperación.



Flower se despertó sobresaltada. Había estado soñando que colgaba de un alféizar y que, intentando darse impulso para subir, los dedos le resbalaban. Intentó gritar para pedir ayuda, pero ningún sonido salió de su garganta. Abrió los ojos de par en par y se encontró con el desconocido estampado floreado del papel de las paredes. «¿Dónde estoy?», se preguntó. Aunque seguía angustiada por el sueño, se alegró de estar despierta, pero al recordar dónde y por qué se encontraba allí, la aplastante realidad cayó sobre ella con todo su peso.

Abatida, miró el reloj. Era la una y diez. «Si apenas he dormido nada —se dijo—. Aunque tengo hambre y está entrándome dolor de cabeza. Betty y Jed dijeron que los avisara si necesitaba algo. Igual bajo a prepararme un sándwich y una taza de té y luego llamo para ver si me da tiempo a coger un vuelo de vuelta esta noche. —Miró el móvil que estaba encima del tocador—. No me apetece encenderlo. Aunque haya un mensaje de Duncan, no quiero oír sus patéticas excusas o que me proponga ser solo amigos».

Entró en el diminuto cuarto de baño y se lavó la cara. «Si las cosas hubieran ido de otra manera, no me habría importado darme un largo baño en esa bañera de patas de garra», pensó, imaginándose a su madre en casa, recostada dentro del agua, con algas flotando a su alrededor.

—Es muy relajante, Flower —decía su madre, mientras aspiraba el perfume de las velas de lavanda que inevitablemente formaban parte del ritual—. No sé por qué no estás aquí dentro.

«Desde pequeña, me basta y me sobra con agua caliente y jabón normalito —pensó Flower—. Igual que la abuela, quien siempre decía que las algas debían estar en la playa, no atascando los desagües». Suspiró. Habían pasado seis años y todavía la echaba de menos.

«Los recuerdos, para otro día —decidió Flower, repentinamente inquieta—. Me preparo algo de comer, me doy una ducha rápida y me largo de aquí».

Salió de la habitación. En el pasillo reinaba el silencio, salvo por el crujido de las tablas de madera bajo sus pies. Betty había dicho que estaban completos, pero no daba la sensación de que allí se alojara alguien más. Bajó la escalera que daba a la planta baja.

No había nadie en el mostrador del vestíbulo, y el salón estaba vacío; sin embargo, el aire estaba impregnado de un apetitoso aroma a bizcocho horneado: pastel de chocolate. El apellido de Betty debería de ser Hacendosa, pensó Flower, dirigiéndose a la parte posterior de la casa y llamando a la puerta de la cocina.

—¡Hoooolaaa! —saludó Betty—. ¡Adelante, seas quien seas!

—Soy yo —dijo Flower, empujando la puerta de batiente y entrando en la amplia y antigua cocina.

Al fondo, un fuego ardía en la chimenea, delante de dos sillones de aspecto

cómodo. Del techo colgaban relucientes cazuelas y pucheros de cobre. Unas cortinas a cuadros enmarcaban los ventanales a ambos lados de la puerta trasera, a través de los cuales Flower vio un pequeño edificio rojo que parecía un viejo granero.

Betty estaba inclinada sobre el horno, examinando el mondadientes que tenía en la mano. Por su expresión, parecía muy concentrada.

—Estás en tu casa, Flower —dijo Betty, alegremente—. Me gusta que mis pasteles salgan a la perfección. Un minuto más y este empezaría a estar un poquitín seco. Como suelo decir: el tiempo lo es todo.

Sacó el molde del horno y lo dejó sobre un salvamanteles, junto a los fogones.

—Si sabe igual de bien que huele, estoy segura de que está en su punto justo —dijo Flower, con amabilidad.

Betty se volvió hacia ella sonriendo de oreja a oreja.

—Soy mi mejor clienta —dijo, secándose las gruesas manos en el delantal—. Por eso nunca seré una flacucha esmirriada. Oye, me sorprende verte. Parecías muy cansada cuando te registraste. Estaba convencida de que dormirías varias horas.

—Yo también lo creía, pero me parece que el hambre me ha despertado. ¿Sería demasiada molestia pedirle que me prepare alguna cosa?

—Pues claro que no, corazón. Jed y yo acabamos de terminar la crema de verduras que había hecho. ¿Te apetece un tazón con una galleta calentita?

—Me encantaría.

—Pues no se hable más. ¿Quieres tomártela aquí o prefieres subírtela a la habitación?

La cordialidad de Betty hizo que Flower se sintiera menos sola.

—Aquí mismo, si no le estorbo.

—No me estorbas. Me encanta cuando nuestros huéspedes se dejan caer por la cocina, así nos hacen una visita. Estás un poco pálida. ¿Por qué no te sientas? —le propuso, señalándole la mesa de madera un tanto maltrecha.

Cinco minutos después, una agradecida Flower tomaba la crema a cucharadas. Betty, con una taza de té en la mano, se había acomodado en el sillón, delante de ella.

—Esta crema está deliciosa —dijo Flower, en voz baja.

—Es reconfortante ver que a la gente le gusta lo que cocino —contestó Betty amablemente, antes de sorber el té—. Bueno, por fin tenemos aquí la Fiesta de la Alegría. Hace meses que no se habla de otra cosa. Algunos huéspedes son gente de la tele que ha venido a cubrir el festival. ¿Vas a ir a la ceremonia de las velas de esta noche, cariño? —Flower rompió a llorar—. Creo que no —afirmó Betty, comprensiva, mientras su rostro maternal adoptaba una expresión benevolente—. ¿Se trata de un hombre?

—Sí —contestó Flower, secándose los ojos. Notó que la nariz le empezaba a moquear.

Betty rebuscó en un bolsillo y sacó un paquete de pañuelos de papel.

—Ay, hija mía... —dijo, chascando la lengua y tendiéndole el paquete a Flower.

—Lo siento —se disculpó Flower mientras se secaba los ojos dándose unos golpecitos con un pañuelo y se sonaba la nariz.

—No tienes por qué disculparte. Eres una joven guapa y encantadora. Quienquiera que esté haciéndote llorar no vale ni una sola de esas lágrimas. —Se inclinó sobre la mesa y cubrió la pequeña mano de Flower con la suya—. ¿Crees que hablar de ello te iría bien?

Flower asintió con la cabeza y dejó la cuchara.

—Mi novio, o debería decir ex novio, vive en Branscombe. He venido en avión para pasar el fin de semana con él. Quería darle una sorpresa. Esta mañana he ido a Conklin's Market, donde trabaja, y me he enterado de que anoche un grupo de compañeros de trabajo y él ganaron... ganaron... ¡ganaron la lotería! —Se echó a llorar con mayor congoja que antes. Cogió aire para proseguir—. Ni siquiera me llamó para contármelo. Desde junio hablamos al menos dos veces al día, y una de ellas siempre por la noche. Pero anoche no me llamó. Le dejé varios mensajes, pero nada, ni siquiera me ha llamado esta mañana. ¡Estoy segura de que eso significa que, ahora que tiene dinero, quiere darse la gran vida sin mí!

—Por todos los cielos —exclamó Betty—, menuda prenda. —Se inclinó hacia delante—. ¿Varios empleados de Conklin's han ganado la lotería?

—Sí —contestó Flower con un hipo.

—¿Quién es tu novio?

—Duncan Graham. Se encarga de la sección de frutas y verduras.

—¿Duncan? Vaya sorpresa, lo tenía por una buena persona.

Un nuevo torrente de lágrimas brotó de los ojos de Flower, quien empezó a sollozar.

—Lo siento mucho —dijo Betty levantándose. Dio la vuelta a la mesa y apretó la cabeza de Flower contra su generoso pecho—. Hay que ver qué tonterías digo. Si te ha tratado así, entonces estás mejor sin él. ¿Con quién hablaste en la tienda?

—Creo... Creo... que con la mujer del señor Conklin. No fue muy amable.

—¡Es una mujer odiosa! Mala donde las haya.

Betty le dio unas suaves palmaditas en la cabeza para tranquilizarla.

—Solo quiero volver a casa —dijo Flower, lloriqueando—. Voy a coger un autobús para Boston.

—¿Estás segura de que no prefieres pasar aquí la noche? Puedes cenar con nosotros. Así, mañana por la mañana es como si hicieras borrón y cuenta nueva.

—No sé —contestó Flower, indecisa—. Creo que cuanto antes me vaya, mejor estaré. —Miró a Betty directamente a los ojos—. El caso es que Duncan ha estado asistiendo a un cursillo de economía con dos tipos que llegaron a Branscombe el mes pasado. Me contó que le habían aconsejado que dejara de jugar a la lotería y que él les había hecho caso. Es obvio que no es así. ¡Ojalá los hubiera escuchado!

—¡No, calla, calla! —exclamó Betty—. Así se ha mostrado como es en realidad. Para mí que has esquivado una bala, corazón. Aunque tuviera todo el dinero del

mundo, no te merece.

—Ahora sí que le van a venir bien esos consejeros financieros, así podrán decirle qué hacer con el premio —dijo Flower en tono abatido—. ¿Ha oído hablar de ellos? Se llaman Woodrow y Edmund Winthrop. Son primos.

—No, nunca —se apresuró a contestar Betty—. Y aunque lo hubiera hecho, no habría prestado atención. El dinero es la perdición de mucha gente. Como suele decirse, el dinero no compra la felicidad. Volverás a California y encontrarás a alguien maravilloso, lo sé. Jed y yo iremos a tu boda.

—Es usted la persona más amable que he conocido en mi vida —dijo Flower, intentando sonreír.

Las sobresaltaron unos golpecitos secos en la puerta trasera.

—No sé quién puede ser —murmuró Betty, dejando a Flower y apresurándose a contestar. Dio un respingo al ver quién esperaba en el porche—. No es un buen momento, no podéis quedaros aquí —dijo Betty con firmeza.

No había apartado la mano de la puerta, y empezó a cerrarla.

Desde donde estaba sentada, Flower no veía a la visita inoportuna.

—¿Se puede saber de qué hablas, Betty? —preguntó una enojada voz masculina—. Estamos metidos en un buen lío y necesitamos quedarnos aquí. Puede que la poli haya ido a buscarnos a casa.

—Siempre de broma —contestó Betty, nerviosa, intentando cerrar la puerta de un empujón.

Flower se levantó de un salto.

—Escucha, Betty, Woodrow y yo os echamos una mano cuando Jed y tú tuvisteis que poner tierra de por medio —le espetó otra voz masculina, sin estridencias, pero muy irritada—. ¿Dónde está Jed? ¿Ahí detrás, duplicando las llaves de los pobres incautos a los que hospedáis para luego entrar en sus casas?

En ese momento, Betty se tambaleó hacia atrás al tiempo que la puerta se abría de un empujón y dos hombres irrumpían en la cocina. «Tengo que salir de aquí», pensó Flower cuando los intrusos, con cara de sorpresa, se percataron de su presencia. Betty volvió la cabeza hacia ella con una expresión aterradora en un rostro que hasta hacía unos instantes había sido amable. Flower dio media vuelta y echó a correr para salir de la cocina, pero antes de alcanzar la puerta, un brazo fornido la envolvió por la cintura, una mano firme le tapó la boca y le dieron un giro brusco en el aire.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Betty a Woodrow y a Edmund con aspereza, sin relajar la mordaza asfixiante que ejercía con la mano sobre la boca de Flower.

Los Reilly se quedaron mirando mientras sacaban a Duncan en camilla de la habitación. Los ganadores de la lotería se habían reunido con ellos en el pasillo.

—Buena suerte, Duncan —le deseó Marion, tocándole la mano un breve instante—. El lunes tienes que estar recuperado del todo para acompañarnos a la sede central de la lotería a validar oficialmente el boleto. Nos llevará Charley; es un gran día.

—Gracias, Marion —contestó Duncan, sin demasiados ánimos.

Tommy y Ralph le dieron unas palmaditas en el hombro, pero no dijeron nada.

«Todavía no acaban de fiarse —pensó Glenda—. Me imagino qué pensarían si supieran que tengo el otro billete premiado en el bolsillo. No puedo creer que ahora mismo tenga los dos billetes».

El director del hotel se acercó al grupo.

—Estamos preparando una mesa en uno de nuestros comedores privados. Nos gustaría invitarlos a almorzar; relájense y disfruten de su mutua compañía.

—Eso no suena nada mal —dijo Marion—. Si siguiéramos en Conklin's, ¡ahora mismo estaríamos haciendo una pausa para almorzar! —Se volvió hacia Nora—. Vosotros también venís, ¿verdad?

—Nos encantaría —contestó Nora, y Marion y ella echaron a andar al mismo tiempo.

Glenda dio unos golpecitos en el brazo a Regan cuando el grupo se puso en marcha.

—Tengo que hablar contigo un momento. Es de vital importancia.

Regan asintió con la cabeza y se detuvo. Jack caminaba delante con el alcalde Steve y Luke. Muffy había ido con la camilla hasta la ambulancia y el equipo de televisión iba a la zaga.

—Por supuesto, ¿qué ocurre?

Glenda miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírlas.

—Duncan está metido en un lío...

Regan escuchó con atención mientras Glenda le explicaba lo sucedido.

—... de modo que Duncan corrió un gran riesgo al robarles el billete, aunque lo que quiere en realidad es que los castiguen por lo que han hecho a tanta gente. Hay que poner a esos dos timadores tras las rejas cuanto antes.

—Necesitamos pruebas de que han cometido una estafa para poder arrestarlos —repuso Regan—. ¿Sabes si le dieron a Duncan algún documento cuando hizo la inversión?

—No lo sé, pero le he dicho que iría a su casa para recoger el móvil. Esta mañana me he fijado en que sus apuntes del cursillo de economía estaban encima de la mesa del comedor.

—Por algo se empieza —dijo Regan—. Aviso a Jack y ahora mismo nos vamos los tres a casa de Duncan.

—Qué suerte que estés aquí, Regan. Gracias. Aunque ¿qué excusa les daremos a los demás para poder marcharnos? Se supone íbamos a quedarnos a almorzar.

—Tienes que llevar el móvil a Duncan porque el chico todavía no ha podido hablar con su prometida y está preocupado. Podrían tenerlo horas en el hospital, así que te ha pedido que vayas a recoger la alianza antes de que cierren la joyería. —Regan se detuvo unos instantes—. Odio tener que preguntarte esto, Glenda, pero ¿sabes que tu ex está ahí fuera hablando con la prensa?

—No me sorprende —contestó Glenda, imperturbable.

Regan sonrió.

—De hecho, nos viene muy bien porque parecía bastante disgustado y eso nos ofrece a Jack y a mí la excusa perfecta para acompañarte. No deberías ir sola.

Glenda sonrió.

—¡Genial! Si Harvey supiera que está haciéndome un favor fanfarroneando ante la prensa, se caería muerto.

Entraron en el comedor, donde el grupo estaba a punto de ocupar sus asientos alrededor de la mesa. Regan habló con Jack en voz baja mientras Glenda se dirigía a los demás. Los padres de Tommy se habían unido al grupo, así como Judy, la esposa de Ralph.

—¡Qué lástima que tengas que irte! —dijo Marion—, pero entiendo al pobre Duncan. Glenda, ¿no íbamos a ir todos a depositar el billete en una caja de seguridad para que lo guardara el banco el fin de semana?

—Adelante, id vosotros, hacedlo esta tarde. Me fío de todos —contestó, mirando a Ralph y a Tommy.

—¿De verdad? —bromeó Ralph—. Glenda, dinos: ¿qué le pasó a Duncan anoche? ¿Cómo se hizo lo de la pierna?

—Se cayó —contestó Glenda—. Como es comprensible, se llevó un gran disgusto al oír los números premiados, sabiendo que no había jugado. Como el coche no se ponía en marcha, decidió ir a dar una vuelta a pie y resbaló. Jamás habría imaginado que seríamos tan generosos para compartir el dinero con él. Estoy segura de que habéis oído hablar de ese pobre tipo que siempre jugaba a la lotería con sus amigos del trabajo y que un día no pudo aportar su parte porque estaba enfermo y no fue a trabajar. Sus amigos ganaron y no lo compartieron con él.

—¡Qué miserables! —exclamó Marion, quien añadió a continuación—: ¿Adónde iba Duncan de paseo? ¿Su novia vive en el pueblo?

—No, en California.

—Qué ganas tengo de conocerla —dijo Marion—. Igual vive cerca de mi nieto. ¿Cómo se llama?

—Flower.

—¿Qué? —preguntó Marion, parpadeando.

—Flower.

—¿Cómo lo escribirá? —preguntó Luke a Nora en un murmullo.

—Ah, ya. Espero que le guste el anillo —dijo Marion.

—Estoy segura de que le gustará. Regan y Jack Reilly han sido muy amables y se han ofrecido a acompañarme. Han visto a Harvey ahí fuera y parece ser que estaba bastante enfadado. —A continuación, bromeó—: Marion, ¿verdad que dijiste que igual necesitaríamos guardaespaldas? Pues yo ya tengo dos.

Dos camareros entraron en el comedor con las libretas en la mano, preparados para tomar nota.

—Pues idos, entonces —dijo Marion, alegremente—, pero no olvidéis dejarnos el boleto.

«¿Cuál de los dos?», pensó Glenda con ironía mientras toda la habitación seguía con atención sus movimientos mientras sacaba el billete premiado del monedero y se lo tendía a Ralph. Casi notaba el boleto de Duncan en el bolsillo. «Va a darme un ataque al corazón».

Regan sabía que su madre había puesto la antena. «Intuye que aquí pasa algo más y la curiosidad va a matarla, pero tendrá que esperar para enterarse».

—Iré a buscar el coche. Vosotras esperadme aquí dentro —se ofreció Jack cuando Regan, Glenda y él salieron del comedor y llegaron a la recepción—. Glenda, espero que consigamos esquivar a tu ex, si es que sigue danzando por ahí.

—¡Regan! ¡Jack! ¡Estáis aquí! —La voz de Alviraah atravesó el vestíbulo.

Willy y ella estaban registrándose en el mostrador de recepción.

—¡Hola, Alviraah! —contestó Regan, saludándola con la mano—. ¡Sí que os habéis dado prisa!

—¿Es Alviraah Meehan? —preguntó Glenda a Regan en un susurro.

—Sí —contestó Regan—. Mi pobre madre está preguntándose por qué nos vamos antes de almorzar, se muere por saberlo, pero intentar salir de aquí sin que Alviraah se dé cuenta de que ocurre algo será una verdadera hazaña. Seguro que querrá venir con nosotros.

Glenda se detuvo.

—He leído sobre los casos que ha resuelto. Además, siempre se ha mostrado muy comprensiva con los ganadores de lotería que, igual que ella, se han visto en un aprieto. Me fío de ella y estoy segura de que Duncan también lo haría. Si quiere acompañarnos, pues que venga.

—Créeme, conozco a Alviraah —dijo Regan—, querrá venir.

Sam Conklin entró como un vendaval en su pequeño despacho en la parte trasera de la tienda y cerró la puerta de golpe. En ese preciso momento sonó el teléfono. Era Richard, su único hijo, en quien había depositado la esperanza de que continuara el negocio familiar. Sin embargo, los efluvios del maquillaje y el clamor del público habían ejercido una atracción irresistible en él y, a sus cuarenta y dos años, Richard era un actor consolidado. Acababa de finalizar una serie de representaciones en Boston que lo habían tenido ocupado nueve meses y dentro de poco estaría de vuelta en su piso de Nueva York.

—Papá, ¿qué está ocurriendo por ahí? En las noticias no hacen más que hablar de los ganadores de la lotería de Conklin's. Deben de haberse equivocado, porque dicen que no les diste la paga extra. No puede ser cierto. Tú siempre les has dado la paga de Navidad, y solía ser más que generosa.

Sam se hundió en el sillón y apoyó la cabeza en una mano.

—Es cierto —admitió, desconsolado—. Rhoda me convenció de lo contrario.

—¿Y por qué será que no me sorprende? —preguntó Richard, sin alterarse—. No soporto a esa mujer.

—Yo tampoco —confesó Sam.

—Es como si estuviera oyendo música celestial —dijo Richard, repentinamente animado—. No ha hecho más que meterte en líos desde que llegó. Solo de pensar en lo adorable que era mamá...

—Lo sé, lo sé —lo interrumpió Sam—. Lo de esta mañana ha dañado mucho nuestra imagen. Me he dejado la piel en este negocio durante más de cuarenta años y, como tú has dicho, siempre he sido generoso con mis empleados. No sabes cuánto me avergüenzo de haber dejado que me convenciera para regalarles las fotos de la maldita boda en vez de darles las pagas extra que mis trabajadores se habían ganado. Tendrías que haber visto sus caras. No lo olvidaré mientras viva. Nunca volveré a sentirme bien conmigo mismo...

—Papá, tranquilo.

—Richard, la gente no para de llamarme para entrevistarme. Todo el mundo dice que soy un agarrado. Me da vergüenza pasearme por la tienda. No hay que ser muy listo para ver que los clientes de toda la vida están enfadados conmigo. Por no hablar de que, sin mis empleados, esto está viniéndose abajo. Y encima servimos el bufet del festival...

—No tengo que estar en Nueva York hasta el lunes. Cojo el coche y me acerco por allí. He trabajado lo suficiente en la tienda para apañármelas con el trabajo.

—Richard, me sabe muy mal hacerte esto. La temporada acaba de terminar y tienes unos días libres.

—Olvídalo, papá. Nos vemos en un par de horas.

Sam se atragantó. Le vendría muy bien ver una cara amiga.



—Gracias, hijo —dijo—. No sabes cuánto significa esto para mí.

Sam colgó el teléfono sintiéndose algo mejor. «Me tomaré una taza de café y luego saldré ahí fuera a enfrentarme al pelotón», pensó. Se acercó a la cafetera que siempre tenía en el despacho. Había alargado la mano para coger la taza, cuando la puerta se abrió de par en par. No necesitó volverse para saber de quién se trataba. Cualquiera otra persona habría llamado antes de entrar, cualquiera menos su reciente esposa. Sam se puso en guardia.

—¡Acabo de despedir a ese crío de la sección de frutas y verduras! —anunció Rhoda con brusquedad—. ¡Es un inútil!

Sam se dio la vuelta.

—¡Que lo has despedido! ¡Necesitamos toda la ayuda posible y tú vas y lo despides! Apuesto a que ahora mismo está ahí fuera concediendo una entrevista.

—Ha sido grosero conmigo cuando he intentado enseñarle a apilar los tomates. ¡De hecho, lo que ha dicho ha sido que no le extrañaba que todo el mundo me llamara la Mofeta!

Sam parpadeó.

—¿La Mofeta?

—¡La Mofeta! Así me llaman a mis espaldas.

«Qué bueno —pensó Sam mientras miraba el mechón blanco que dividía la melena azabache de Rhoda. Le hacía gracia y le avergonzaba al mismo tiempo—. La gente de por aquí sabe de qué pie cojea y deben de pensar que soy imbécil por haberme casado con ella».

—No tienes ningún derecho a despedir a ese chico —dijo, enojado—. Zach pone todo su empeño y es un buen chaval. Voy a salir a ver si lo encuentro.

—¿En contra de mi voluntad? —preguntó Rhoda, escandalizada—. ¿Después de todo lo que estoy haciendo para que este sitio no se hunda precisamente hoy?

Sam la señaló con el dedo.

—Voy a decirte una cosita: de no haberme torturado hasta convencerme para que regalara esas malditas fotos a mis empleados, ni siquiera habría necesitado tu ayuda. Éramos como una familia antes de que tú llegaras. Millonarios o no, se habrían presentado aquí a primera hora de la mañana para ayudarnos a cumplir con el festival, ¡y nos lo habríamos pasado de miedo!

—¿Cómo te atreves? —exclamó Rhoda, echando fuego por los ojos.

—¿Cómo te atreves tú?

—Ahora mismo hago las maletas y me voy a pasar el fin de semana a Boston. Gracias a Dios que todavía no he vendido mi piso. —Pasó junto a él como una exhalación, de camino a la puerta—. ¡Que disfrutes del festival! —gritó, volviendo la cabeza.

—¡Ahora podré hacerlo! —contestó él yendo tras ella, mientras los clientes detenían los carritos de la compra para no perderse el espectáculo—. Y hazme un favor —añadió, incapaz de contenerse—: ¡ya puedes quitar de tu refinado pisito el

cartel de «Se vende»!

Todos a una, los clientes rompieron en aplausos.

—¡Estuvo ahí abajo toda la noche! ¡Tirado en el suelo del sótano, oyendo cómo esos estafadores se burlaban de él y de la gente a la que habían timado! —exclamó Alvirah en el coche, de camino a casa de Duncan, acompañada por Regan, Jack y Glenda.

—¡Sí! —contestó Glenda.

—Pues vaya si me alegro de que le echara el guante a ese billete. ¿Y dices que te lo dio para que se lo guardaras?

—El pobre no sabía qué otra cosa hacer. Creo que está en estado de *shock*.

—Eso seguro —murmuró Alvirah—. ¿Me dejas verlo?

—Claro. Estoy muerta de miedo por llevar encima este billete. No dejo de tocarme el bolsillo para asegurarme de que sigue ahí. —Glenda lo sacó—. Aquí está.

Alvirah cogió el billete como si le infundiera respeto, lo examinó, sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante.

—Échale un vistazo, Regan. Dudo que nunca más vuelvas a tener en las manos algo tan valioso.

Jack había estado escuchando con atención.

—¿Sabes, Glenda? —intervino—, tal vez Duncan no quiera que esos estafadores se hagan con el dinero, pero vamos a tener que entregar el billete a la policía. Te aseguro que si esos tipos han estado timando a la gente, no recibirán ni un centavo hasta que todas sus víctimas hayan sido indemnizadas.

—A Duncan le sabría muy mal que recibieran el premio del billete; lo que realmente quiere es que los encierren. —Glenda guardó silencio unos instantes—. ¿Podría tener problemas por haberse llevado el billete? —preguntó, angustiada—. ¿Podría considerarse un objeto robado?

—Eso sería lo último que me preocuparía en estos momentos. Dudo mucho que esos dos estén en posición de presentar cargos contra él.

Cuanto más se alejaban del pueblo, más rural se volvía el entorno. Las casas distaban cada vez más unas de otras y parecía como si de todas ellas pendieran adornos navideños. En uno de los tejados había un trineo con un Santa Claus de tamaño natural.

—Ya estamos cerca —comentó Glenda—. Es la siguiente calle a la derecha. La carretera tuerce un poco y la casa de Duncan es la última al final del camino. —Al cabo de un momento, murmuró—: Oh, mirad eso, hay alguien aparcado enfrente.

Al tiempo que se acercaban, una furgoneta con el logo de la cadena BUZ arrancó el motor y pasó junto a ellos.

—Están grabando las tomas del «antes» para el programa sobre el estilo de vida de los ricos y famosos —comentó Alvirah.

—Pues espera a que vean la mía —dijo Glenda mientras Jack enfilaba el camino de entrada de la casa de Duncan—. Voy a por las llaves del coche. Las dejé puestas en el contacto esta mañana. No sabía qué hacer con ellas.

El teléfono sonaba cuando entraron en la casa.

—Será mejor que conteste —dijo Glenda, y se apresuró a levantar el auricular—. ¿Diga?

—Hola —contestó una voz alegre—. ¿Está el señor Duncan Graham?

—No, no está. ¿Quiere que le deje algún mensaje?

—Sí, gracias. Estamos recaudando dinero para el Pueblo contra el Gobierno de cualquier Modo, Forma o Manera. Nos gustaría concertar una entrevista con él para que realizara una aportación por...

Glenda volvió a dejar el auricular en su sitio.

—Una loca que quiere desplumar a Duncan incluso antes de que cobre —dijo.

—Prepárate —le advirtió Alvira—. Todos vais a recibir miles de llamadas por el estilo. Nadie sabe de dónde salen, pero yo creo que vienen de Marte.

Glenda señaló las hojas apiladas que había sobre la diminuta mesa de comedor.

—Regan, esos son los apuntes del cursillo de economía del que te hablé.

—Echémosles un vistazo, a ver si encontramos algún documento que haga referencia a la inversión en el pozo de petróleo.

Se dividieron las páginas y fueron hojeándolas.

—Menudos lumbreras —dijo Alvira, sosteniendo en alto uno de los folios—. «Apague las luces cuando salga de una habitación». «Decida lo que quiere antes de abrir la puerta de la nevera. Tenerla abierta cuesta dinero». —Bajó la hoja de papel—. ¿Quieres decir que Duncan pagó a cambio de este tipo de consejos?

—Yo nunca sé qué quiero comer hasta que miro dentro de la nevera para ver qué me apetece —dijo Jack.

—Creo que aquí no hay nada sobre el pozo de petróleo —rezongó Alvira—. A no ser que lo escribieran con tinta invisible.

—Aquí no hay nada —confirmó Regan—, pero tienen que haberle dado algún tipo de recibo a cambio de los cinco mil dólares.

—Si no encontramos alguna prueba de la estafa, tenemos las manos atadas —advirtió Jack.

—Creo que a Duncan no le importaría que echara un vistazo rápido por aquí —dijo Glenda—. Me pidió que lo ayudara.

—Ya sé que creerás que bromeo, pero mira debajo del colchón —dijo Alvira.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? —repuso Glenda.

—Lo digo en serio. Iba a limpiar a cinco casas distintas todas las semanas. En dos de ellas, la gente guardaba dinero y documentos importantes debajo del colchón. En otra lo consideraban un buen escondite para su diario. Me enorgullece decir que nunca leí ni una sola palabra. —Alvira hizo una pausa—. Y no es que no tuviera tentaciones, porque aquella señora era todo un personaje.

Glenda se dirigió al dormitorio.

—¡Alvira! —La llamó al cabo de un momento, con voz triunfante—. ¡No puedo creerlo! ¡Tenías razón!

Regresó al comedor rápidamente, abriendo un sobre de tamaño americano con el logotipo de un pozo expulsando petróleo a chorros, que tendió a Jack.

—Hay que ver —murmuró este—, estos tipos son unos sinvergüenzas. Veamos qué hay dentro. —Sacó un documento del sobre y lo cogió con cuidado por los bordes—. Por si acaso hubiera huellas dactilares —explicó, mientras lo leían todos a la vez.

—Está claro que intentaron que pareciera oficial, pero ya te digo ahora que ese sello es falso. —Alvirah suspiró—. En mis grupos de ayuda hay gente a la que timaron con documentos que tenían el mismo aspecto.

—Llamaré al despacho a ver qué averiguan sobre esta compañía —dijo Jack—. En cuanto confirmen que no es de fiar, nos pondremos en contacto con la oficina del fiscal del distrito. Ellos expedirán la orden de detención de esos estafadores.

—Pobre Duncan —dijo Glenda—. Trabajó mucho para ganar hasta el último centavo que les entregó a esos imbéciles, y al final lo único que le dan es este certificado de pacotilla. Qué triste.

—Doce millones de dólares deberían animarlo, Glen da —dijo Jack con una media sonrisa, mientras buscaba el móvil.

Regan se volvió hacia Glenda.

—Duncan no debería pasar aquí la noche. De hecho, tú tampoco deberías quedarte sola en casa.

—Con Harvey pululando por aquí, a mí tampoco me apetece quedarme sola —contestó Glenda sin vacilar—. Le haré la maleta a Duncan. Será mejor que ambos nos alojemos en el Branscombe Inn, con vosotros.

—Buena idea. A ver, ¿dónde te dijo que le buscaras el móvil?

—Seguramente estará por la butaca.

—Voy a mirar. —Alvirah se acercó al sillón—. No está en el asiento, tampoco en el reposabrazos... Aquí está, había empezado a escurrirse por un lado... —Todavía no tenía el teléfono en la mano cuando este empezó a sonar. Alvirah miró quién llamaba—. Pone: «Mamá y papá». Qué tierno, ¿no?

—Responderé —dijo Glenda—. Duncan dejó un mensaje a sus padres cuando estaba esperando la ambulancia. —Se llevó el teléfono a la oreja—. Hola, soy Glenda, una amiga de Duncan. —Escuchó unos segundos—. Está bien, señora Graham, no se preocupe. Sí, ha ganado doce millones de dólares... Que han dormido hasta tarde... Ya... No creo que sea necesario que cojan un vuelo para hacerle compañía... En el hospital están mirándole la pierna... Le llevaré el móvil y me aseguraré de que los llame. Adiós. —Metió el móvil en el bolso—. No puede decirse que los padres de Duncan sean aves nocturnas precisamente. Acaban de levantarse. La primera noticia que han tenido de todo esto es el mensaje que Duncan les ha dejado.

—Deben de tener la conciencia tranquila —dijo Alvirah.

—Eso seguro —convino Regan—, pero se han ahorrado muchas preocupaciones.

Mientras Glenda hacía la maleta de Duncan, Alvirah y Regan examinaron las fotos enmarcadas que había sobre la repisa de la chimenea. Una de ellas pertenecía a una joven de cabello castaño claro, largo hasta el hombro.

—Esta debe de ser Flower —dijo Regan—. Si Duncan se queda en el Branscombe Inn, seguro que le gustaría tenerla consigo.

Quince minutos después enfilaban una Main Street abarrotada, en dirección al hospital.

—Solo quedan unas horas para que empiece el festival —dijo Glenda—. ¿Qué pasa ahí delante? ¡Por Dios, no puedo creerlo!

Un periodista, con un cámara a la zaga, entrevistaba a un grupo de personas que se había reunido delante del escaparate de la joyería de Pettie.

—Deben de estar mirando embobados la alianza de Duncan. Paremos un momentito —dijo Glenda, indignada—. Regan, tuviste una buena idea al proponerme que dijera a los demás que tenía que recoger el anillo como excusa para poder irme del almuerzo, porque eso es exactamente lo que pienso hacer. Jack, allí hay un aparcamiento. ¿Te va bien?

—Claro.

—¿Crees que el joyero va a entregarte el anillo? —preguntó Regan—. Esa alianza está reportándole mucha publicidad, que es exactamente lo que quiere.

—Por su bien, será mejor que me lo dé.

—Iré contigo —se ofreció Jack—. Nos aseguraremos de que te lo entregue.

Aparcó el coche y todos se apearon.

Al pasar junto al periodista, oyeron que este decía: «Que levanten la mano quienes creen que Duncan Graham debería elegir un anillo mejor para su novia».

Glenda le lanzó una mirada asesina al tiempo que se apresuraba a entrar en la joyería seguida de Jack y de Regan. Antes de seguirlos, Alvirah echó un vistazo al escaparate y se detuvo en seco. Se abrió paso entre la gente para poder verlo mejor, murmurando una disculpa, y se quedó mirando fijamente, incrédula, aquel anillo con un diamante central rodeado de piedras semipreciosas en forma de pétalos. Sin perder tiempo, se desabrochó los primeros botones del abrigo, alargó la mano y encendió el micrófono oculto en el broche en forma de sol que esa mañana se había prendido en la solapa. Siempre que investigaba un caso y entrevistaba a una persona de interés, apuntalaba su memoria con las conversaciones grabadas.

Alvirah entró en la tienda en el momento en que el joyero se dirigía al escaparate en busca del anillo, con expresión huraña. Un malhumor que aumentó cuando la gente congregada en el exterior protestó a gritos.

—No está muy contento, pero ha accedido a que nos lo llevemos —la puso al corriente Regan.

—Lo que realmente importa es de dónde lo ha sacado —le susurró Alvirah—. A menos que me haya vuelto loca, que no es el caso, ese anillo desapareció después de que encontraran muerta y tendida en el suelo a Kitty Whelan, la mejor amiga de la

señora O'Keefe, la mujer cuya casa iba a limpiar los viernes.

—Betty, ¿qué haces? —preguntó Edmund, angustiado—. ¿Estás loca?

—No tanto para no saber que esta chica tiene oídos —contestó con tono muy poco amistoso, mientras retenía sin esfuerzo a una Flower que intentaba zafarse de los fornidos brazos de la mujer. Betty la miró—. Flower, te presento a los consejeros financieros de tu novio. Unos verdaderos genios.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Woodrow.

—Su novio ganó anoche la lotería.

—¿Cuál de ellos es su novio?

—Duncan.

—¡Duncan! —gritaron ambos al unísono.

—Sí. Por suerte para él, desoyó vuestros consejos.

—No desoyó nuestros consejos —replicó Edmund—. No jugó a la lotería, pero sus amigos van a compartir el premio con él.

—Fuimos nosotros quienes desoímos nuestros propios consejos —dijo Woodrow—. Nosotros compramos el otro billete premiado, pero creemos que Duncan nos lo ha robado.

—Vaya, ¿y cómo ha sido eso? —preguntó Betty con sorna.

Edmund empezó a explicárselo.

—Anoche había alguien en casa —farfulló indignado—. Oímos un ruido de algo que caía por la escalera del sótano y, como tontos, no fuimos a ver qué pasaba. Sin embargo, quienquiera que estuviera allí abajo tuvo que oírnos y se enteró de que habíamos escondido el billete premiado en el congelador. Estamos bastante seguros de que era Duncan.

—¿Por qué?

—Oímos por la radio que había estado ilocalizable toda la noche y que hacía una hora había aparecido renqueando, como si se hubiera caído. —Edmund hizo una pausa y añadió—: Y utilizamos los números que el chico tenía pensado jugar.

A pesar de lo aterrizada que estaba, Flower sintió que la invadía una inmensa alegría. Después de todo, ahora estaba segura de que Duncan no la había abandonado. «¿Cómo he podido dudar de mi Duncan Donuts?», se preguntó.

—Esto simplifica mucho las cosas —dijo Woodrow—: Duncan nos devuelve el billete y nosotros le devolvemos a su novia.

—El chico le ha dado la patada —dijo Betty entre dientes—. No la ha llamado desde que ganó la lotería. Puede que no esté tan dispuesto a...

Flower, con la fe recuperada en Duncan, intentó morderle la mano.

—Tranquila, cariño —dijo Betty— o entonces sí que tendrás algo por lo que llorar. —Miró a los primos—. Si recuperáis ese billete, vais a dividir el dinero en cuatro partes, con Jed y conmigo.

—Eso es abusar un poco, Betty —protestó Edmund.



—¿Abusar? Jed y yo ya no podemos quedarnos en este pueblo, ni tampoco podemos atender a la clientela con ella por aquí —contestó. Se le estaba acabando la paciencia—. Estamos completos y dentro de poco llegará la gente para tomar el té.

—No me extraña —dijo Woodrow, con sarcasmo—, tus bollos son deliciosos.

Betty le lanzó una mirada asesina.

—Coge uno de esos paños de cocina. Allí encontrarás cordel, en el cajón que hay junto a los fogones...

«¿Qué van a hacer conmigo? —se preguntó Flower—. Sobre todo Betty. Es mala». Flower sintió que la mujer aflojaba la presión de la mano, pero antes de que pudiera gritar, Woodrow le metió un paño de cocina en la boca y lo ató con fuerza. Edmund le rodeó los pies con el cordel y a continuación Betty le hizo poner las manos a la espalda y le sujetó los brazos para que Edmund pudiera atárselos.

—La trasladaremos ahí atrás, al cobertizo —ordenó Betty—. Woodrow, coge el mantel de ese arcón que hay junto a la chimenea. La taparemos con eso.

Woodrow hizo lo que le mandaban.

—Ya la llevo yo —se ofreció, con el mantel en la mano.

—No, tú ya has hecho suficiente por hoy presentándote aquí. Seguramente se te caería de cabeza. —Betty se echó a Flower sobre el hombro con un movimiento rápido y preciso y esperó pacientemente mientras Woodrow se las apañaba como podía para desdoblar el mantel y envolver en él a la muchacha—. A Jed le va a dar un ataque cuando vea esto —masculló Betty—. Vamos.

Flower habría empezado a patear, pero sabía que sería inútil. Al salir de la casa, sintió una ráfaga de aire frío.

Edmund se adelantó corriendo y abrió la puerta del cobertizo. Una vez dentro, Betty dejó caer a Flower sobre una silla plegable vieja y apartó el mantel de malos modos. Flower empezó a vislumbrar el ambiente deprimente del lugar a medida que su visión se adaptaba a la luz. Había una mesa de trabajo abarrotada de latas de pintura oxidadas; palas y rastrillos colgaban peligrosamente de las paredes y un quitanieves doméstico con un neumático pinchado descansaba a escasos centímetros de sus piernas. Flower ahogó un grito cuando una parte de la pared del fondo se deslizó a un lado y apareció Jed, el amable propietario que había subido su equipaje a la habitación. Detrás de él vio una pantalla grande de ordenador y un escritorio ordenado, lleno de dispositivos de última tecnología.

—¡Ya sabía yo que íbamos a tener problemas cuando vosotros dos aparecisteis por aquí! —vociferó Jed, con todo el aspecto de estar furioso.

—Todo esto es culpa de la falta de educación de tu mujer —gritó Edmund, con voz agitada y temblorosa—. Si hubiera sido amable y nos hubiera dejado entrar...

—Jed, aparta —ordenó Betty—. Tenemos que esconderla en tu despacho.

—¿Qué? —protestó Jed—. Betty, sería mejor que no viera lo que hay ahí...

—Ahora ya no importa —dijo Betty—. Seremos fugitivos mientras esta florecilla siga creciendo.

—Tiene rota la tibia cerca del tobillo. —El doctor Rusch, un hombre mayor de cabello entrecano y gafas con montura al aire, levantó la placa de rayos X mientras hablaba—. ¿Cómo se lo ha hecho?

—Me caí por una escalera —contestó Duncan.

—Tal como tiene la pierna, es un milagro que no lo haya empeorado al intentar caminar. —Le dio unas palmaditas en el brazo—. Va a llevar escayola unas seis semanas. —Sonrió—. Aunque tengo entendido que no tiene por qué preocuparse si falta al trabajo.

—Creo que no —contestó Duncan con timidez.

—¿Le duele mucho?

—Un poco —admitió Duncan.

—Voy a darle algo para mitigar el dolor. Puede que lo deje un poco grogui.

—Doctor, no tengo el móvil y me sabe mal pedirselo, pero ¿le importaría prestarme el suyo? Tengo que hablar con mi novia un segundo.

«Para todo hay una primera vez —pensó Rusch, divertido—. Hasta el momento ningún paciente me había pedido el teléfono. Supongo que tener dinero a patadas no lo cambia a uno tanto».

—Duncan, me temo que no está permitido utilizar el móvil aquí dentro. Si le parece bien, deme el número y diré a la recepcionista que la llame y que le deje su mensaje.

—Se lo agradecería mucho si simplemente le dijera que la llamaré más tarde —contestó Duncan, intentando no parecer demasiado decepcionado—. Gracias.

Diez minutos después, el médico volvió al cubículo de la sala de urgencias.

—Debe de ser una chica muy popular. Tiene lleno el buzón de voz.

«Aquí pasa algo —pensó Duncan—. Sé que pasa algo».

Una enfermera se acercó a la cama y le tendió una pastilla y un vaso de agua.

—Esto hará que se sienta mejor. Todavía tardaremos un poquito antes de poder entrar para escayolarlo. Hay un par de esquiadores delante de usted. ¿Por qué no intenta echar una cabezada?

Duncan se tragó la pastilla, se recostó y cerró los ojos. Un mal presentimiento impidió que se relajase y se durmiese. La voz de Flower no dejaba de resonar en su cabeza una y otra vez. «Tengo miedo, Duncan —le susurraba—. Ayúdame. Tengo miedo».

Horace Pettie arrojó el cartel de:

«TE ECHAMOS DE MENOS».

a la trastienda y colocó el anillo sobre una almohadilla de terciopelo, encima del mostrador.

—Se lo he guardado seis meses a Duncan, después de que me pagase una entrada de cincuenta dólares —dijo con acritud—. No conozco a ningún otro joyero que lo hubiera hecho. Durante el tiempo que el anillo ha estado expuesto en el escaparate he podido vender los colgantes de la Fiesta de la Alegría, y ahora a Duncan le molesta que la gente le eche un vistazo a esta alianza... Pues peor para él.

—Eso digo yo —se apresuró a coincidir Luella, mientras le ponía un lazo rojo a un paquete envuelto en papel de regalo y se lo tendía a la única clienta que había en esos momentos en la tienda—. Llevo veinte años trabajando para el señor Pettie y ha sido como un padre para la gente de Branscombe. Eso te demuestra que de desagradecidos está el mundo lleno. ¿Tengo o no tengo razón, señora Graney?

La vivaz septuagenaria asintió con la cabeza.

—Ajá... Yo diría que, con doce millones de dólares, a Duncan Graham no tendría que importarle lo que dijera la gente. Feliz Navidad a todos —gorjeó al salir de la tienda.

Alvirah esperó a que se cerrara la puerta detrás de ella.

—Ahora podemos hablar. Discúlpeme, caballero, pero necesito saber dónde consiguió este anillo.

Horace Pettie la miró sorprendido.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque probablemente es robado —contestó Alvirah, al tiempo que comprobaba que el micrófono del broche en forma de sol estuviese encendido.

Pettie frunció los labios.

—Si está insinuando que obtuve este anillo de manera fraudulenta, está completamente equivocada. Les agradecería que salieran de mi tienda de inmediato.

—No estoy acusándolo de nada y, desde luego, no es mi intención ofenderlo —se apresuró a contestar Alvirah—, pero puedo asegurarle que este anillo desapareció del hogar de una señora que murió hace ocho años en Nueva York, en extrañas circunstancias.

—¿Qué? —exclamó Glenda, abriendo los ojos de par en par.

—¿Este mismo anillo, Alvirah? —dijo Jack, señalándolo.

Alvirah asintió con la cabeza.

—Este mismo. Estoy segura.

Las pulseras que llevaba Luella tintinearón al estampar la mano sobre el mostrador.

—¿Cómo está tan segura de que se trata del mismo anillo? —preguntó, enojada.

—A su dueña, Kitty Whelan, le encantaba la jardinería. Su marido encargó el anillo para su cincuenta aniversario, con el diamante en el centro y los pétalos del color de sus flores preferidas. —Alvirah lo señaló—. Miren: blanco por los lirios, rojo por las rosas, amarillo por los narcisos y violeta por los pensamientos. Kitty adoraba este anillo. Tras la muerte de su marido, no volvió a quitárselo. Yo trabajaba para una mujer llamada Bridget O’Keefe, muy amiga de Kitty. Yo iba los viernes a limpiarle la casa, pero antes de que sufriera un ataque al corazón, Kitty solía aparecer por allí. Vi este anillo muchas veces. Kitty siempre presumía de que no existía uno igual, que lo habían hecho expresamente para ella. Sin embargo, cuando el sobrino la encontró muerta al pie de la escalera, Kitty no lo llevaba puesto, y tampoco apareció cuando el joven vació la casa.

—Tal vez guardaba el anillo en un escondite secreto cuando no se lo ponía —sugirió Luella—. ¿Sabe cuántas veces hemos oído historias sobre joyas que aparecen en los lugares más inesperados después de años y años?

—En eso tiene razón —admitió Alvirah—, pero la cosa no acaba ahí. El sobrino de Kitty descubrió que alguien había limpiado prácticamente la cuenta corriente de su tía. Es probable que se tratase de la señora de compañía que había trabajado para Kitty los últimos meses antes de su muerte. Aquello, por descontado, llevó a plantearse si la caída mortal por la escalera había sido accidental. Sin embargo, para entonces la señora de compañía había desaparecido sin dejar rastro y no ha vuelto a saberse de ella.

—Ese tipo de historias la indignan a una —suspiró Luella—. A una señora del pueblo de mi hermana la dejó sin blanca una supuesta —hizo una pausa y levantó los dedos para abrir unas comillas invisibles en el aire— «asistentita». Resulta que la «asistentita» hacía la compra para su propia familia y sus amigos y lo cargaba todo a la tarjeta de crédito de la anciana. Se gastó miles de dólares en comida ¡y la mujer pesaba cuarenta kilos! Lo que ya no sé es por qué el contable no la informó de nada. Fue una cajera un poco mosca, que sabía que la pobre anciana no solo estaba ingresada en el hospital, sino que además era alérgica al marisco, la que levantó la liebre. Cuando la «asistentita» intentó pagar quince langostas y tres cajas de cerveza con la tarjeta, la cajera informó a su jefe. Resulta que era el cumpleaños del novio de la «asistentita», y esta estaba preparando una fiesta para él y los matones de sus amigos. —Luella bajó las manos—. Qué poca vergüenza.

«Acabo de malgastar mi valiosa cinta en esa historia», pensó Alvirah.

—Entonces ¿se hace cargo de la situación?

—Por supuesto —contestó Pettie. Obviamente aliviado de no estar siendo acusado de algo ilegal, disfrutaba de la historia rocambolesca que rodeaba el anillo de Duncan—. Me hago completo cargo. De hecho, sé de un caso que le ocurrió al primo

de mi mujer... —Se abrió la puerta y entró un nuevo cliente. Pettie no dudó en interrumpir la historia—, pero no quiero aburrirles con eso ahora —resumió—. Contestando a su pregunta: este anillo se lo encontró en la calle un hombre que no ha salido nunca de Branscombe. Se llama Rufus Blackstone. Me lo dejó en depósito y, si se me permite decirlo, no fue tan amable como lo fui yo con Duncan, en cuanto al tiempo que le dejé para venir a recuperarlo. Es un vejete cascarrabias. Iré adentro a ver si encuentro el número de teléfono. Glenda, ¿dijiste que lo pagarías a cargo de tu tarjeta de crédito?

—Ya lo pago yo —dijo Alvira—. Hay que devolver el anillo al sobrino de Kitty. Además, Kitty siempre decía que, si ella moría antes, deseaba que se lo quedara la señora O’Keefe. En eso era categórica.

—Pobre Duncan —comentó Glenda—. Estoy segura de que ahora no lo querrá, pero me confesó que era el anillo perfecto para su novia, que se llama Flower.

—Si quiere, puedo hacerle una copia con piedras preciosas —se ofreció Pettie, iluminándosele el rostro—. ¡Sería magnífico!

—Se lo haremos saber —contestó Glenda con ironía.

Pettie se alejó con la tarjeta de crédito de Alvira. Luella había adoptado su tono de vendedora profesional con tres jovencitas que reían tontamente, vestidas con las chaquetas del grupo de animadoras del instituto de Branscombe.

—Deberíais llevar uno de estos colgantes. ¡Os encantarán! Además, ¿qué mejor recuerdo de la Fiesta de la Alegría que este?

Jack se volvió hacia Regan.

—No creo que necesitemos un colgante para recordar este festival —comentó entre dientes.

—Yo tampoco —convino Regan—. Alvira, ¿llegaste a conocer a la señora de compañía de Kitty?

—La vi una vez y fue solo un momento. Kitty y ella salían de un taxi cuando yo me iba. Ojalá me hubiera fijado mejor en ella, pero estaba sacando dos bolsas grandes de basura. La señora O’Keefe parecía acumular toneladas de basura por semana.

Pettie reapareció con una pequeña bolsa de regalo, una tarjeta de visita y un recibo para Alvira.

—¿Me permite un autógrafo, señora Meehan? —dijo.

—Por supuesto.

—Y aquí tiene el número de Rufus Blackstone. Acabo de llamarlo, pero o no está en casa o no tiene contestador. Pensé que sería buena idea informarle de que iban a ir a verle y así también le daba la buena noticia de que ya puede venir a recoger su cheque. Si tengo tiempo, volveré a probar, a ver si lo encuentro.

—Gracias —dijo Alvira—. Ya nos pondremos en contacto con él más tarde. Ahora tengo que averiguar dónde ha estado este anillo estos últimos ocho años.

—Espera a que Duncan se entere de esto —dijo Glenda, dirigiéndose a la puerta.

—¡No olvides decirle que puedo hacerle un anillo precioso en un abrir y cerrar de

ojos! —le recordó Pettie cuando salían.

La gente congregada delante del escaparate había desaparecido.

Tras asegurarse de que Flower estaba bien atada, amordazada e inmovilizada, Betty, Jed, Woodrow y Edmund salieron del despacho secreto y entraron en la casa.

Woodrow se acercó a los fogones, donde esperaba el pastel recién hecho encima de los quemadores. Le dio un pellizco y se lo llevó a la boca.

—No está mal —se pronunció.

Betty cogió el molde del bizcocho.

—¡Mantén tus zarpas lejos de mi pastel! —le espetó.

—Solo he comido un par de caramelos en todo el día —protestó Woodrow—. Estábamos de camino a Boston para darnos un atracón cuando descubrimos que habíamos sido víctimas de un robo.

—Jed, dales algo de comer —ordenó Betty—. Luego, os esfumáis. Pronto empezará a aparecer gente por aquí para tomar el té. Voy a sacar los bártulos de Flower de su habitación.

—¿Que nos esfumemos? Y ¿dónde nos metemos? —preguntó Edmund—. En el cobertizo ni hablar, que hace frío.

—Pues solo queda un sitio: el sótano. No podéis estar remoloneando por aquí si alguien cruza esa puerta.

—¿El sótano? —protestó Woodrow—. Estás de guasa.

—No sois precisamente lo que se dice invitados de honor —le espetó Betty—. Enseguida vuelvo.

Fue al mostrador de recepción, buscó el recibo de la tarjeta de crédito de Flower y lo hizo trizas. «Gracias a Dios que Jed no ha validado todavía la tarjeta», pensó. En ese momento la asaltó una idea espantosa: ¿Habría hablado Flower con alguien desde que se había registrado?

Betty subió la escalera a toda prisa y entró en la habitación de la joven. Había un móvil en la cama. Lo encendió, contuvo la respiración y apretó «Números marcados». La última llamada era de aquella mañana, temprano. Betty soltó el aire poco a poco y apretó «Llamadas recibidas». No había recibido ninguna, lo que significaba que Flower no había contestado al teléfono desde que se había registrado. Betty vio que tenía mensajes, pero necesitaba la contraseña para poder escucharlos. «Si es necesario, me la dará», pensó Betty sombríamente. Apagó el móvil y lo introdujo en el bolsillo del delantal.

Era evidente que Flower no se había metido bajo las sábanas. Betty alisó la colcha y mulló las almohadas. Pasó al baño y arrojó los artículos de tocador de Flower en el interior de la mochila de la chica, secó el lavabo con una toalla y regresó a la habitación. Echó un rápido vistazo por si se le había pasado algo por alto y recogió el abrigo de Flower de la silla.

En el pasillo, tiró la toalla al conducto de la lavandería y, de momento, metió las cosas de la joven en el armario de la ropa blanca. Para asegurarse de que nadie

hubiera vuelto mientras ellos estaban en el cobertizo, Betty fue llamando a las puertas de los otros cinco huéspedes y las abrió con la llave maestra. Una vez comprobado que el primer piso estaba vacío, recuperó la mochila y el abrigo, bajó corriendo por la escalera y echó la llave a la puerta de entrada. «Ahora, quienquiera que venga tendrá que llamar al timbre —pensó—. No puedo arriesgarme a que alguien más se entere de lo sucedido».

En la cocina, Edmund y Woodrow sorbían la crema de verdura ruidosamente. El tazón casi lleno de Flower seguía en la mesa. «Debería haberle dicho que no servíamos comida —pensó Betty, enfadada consigo misma—. Eso es lo que pasa por ser buena».

Se sentó en la silla de la que Flower no había tenido la oportunidad de levantarse ella misma, lanzó el abrigo de la joven a otra silla y empezó a revolver la mochila.

—Nada —dijo con desdén. Siguió buscando y sacó el monedero de un compartimiento con cremallera. Al abrirlo, lo primero que vio fue una foto de Duncan y de Flower con las cabezas muy juntas y sonriendo felices. La sostuvo en alto—. No os lo perdáis.

—Romeo y Julieta —masculló Woodrow mientras rebañaba el fondo del tazón de crema con la cuchara.

—Menudo par. Los dos acabaron muertos —comentó Edmund.

—Todos sabemos cómo acabó la historia, Edmund —contestó Woodrow, molesto—. Siempre te haces el listo, como si supieras más que yo.

—No hace falta que me haga el listo —replicó Edmund—. Fuiste tú quien quiso dejar el billete en el congelador. Al menos yo vi que no era buena idea. Si nos hubiéramos llevado el billete, ahora estaríamos en Boston, disfrutando de un filete grande y jugoso.

—¡Basta ya! —gritó Jed, fuera de sí—. ¡Esto solo puede acabar mal para Betty y para mí! ¡No queremos tener nada que ver!

La cocina quedó unos instantes en silencio, mientras los primos Winthrop digerían sus palabras y lo que estas implicaban.

—Me gusta vivir en Branscombe —continuó Jed, acaloradamente— y no quiero irme. —Se volvió hacia Betty—. ¿Y tú?

—La verdad es que yo tampoco —admitió Betty—. En la actualidad, viajar es un engorro para nosotros, y no digamos tener que huir de la justicia. Jed ya no está para esos trotes. Le gusta quedarse en casa por la noche, viendo la televisión. Nos hemos vuelto muy hogareños. Y no está tan mal. Haremos lo que haga falta, pero se acabó lo de andar de aquí para allá.

Jed asintió con la cabeza.

—Si acabamos involucrados en un secuestro y retenemos a esa muchachita para pedir un rescate, no podremos quedarnos aquí. A Betty y a mí nos gusta Branscombe y New Hampshire. Nos gusta la nieve, y Betty se ha convertido en una magnífica pastelera, como habéis podido comprobar.



—¿Tú los oyes? —dijo Woodrow dirigiéndose a Edmund—. Cualquiera diría que son los Ingalls. —Se volvió hacia Jed—. ¿Y qué me decís de estafar a la gente con vuestros trapicheos por Internet y de robar a vuestros huéspedes meses después de su maravillosa estancia en The Hideaway?

—¡Eso es solo para entretenerme! Puede que no esté bien, pero son naderías en comparación con una acusación de secuestro. Además, aunque recuperarais el billete de lotería a cambio de la chica, nadie os garantiza que podáis cobrar el dinero. En el momento en que alguien intente canjear el billete, la sucursal de lotería estará abarrotada de federales. Y en el caso de que consiguierais cobrarlo, bien sabe Dios que no podemos confiar en que nos pagaréis nuestra parte. En fin, ni siquiera nos llamasteis para darnos la buena noticia de que habíais ganado, ¿no es verdad?

—Íbamos a hacerlo... —dijo Woodrow.

—De verdad que íbamos a llamaros —aseguró Edmund—. Es que estábamos tan emocionados...

—Seguro. Escuchadme bien: si dejáramos libre a esa chica, al cabo de diez minutos tendríamos a toda la policía de New Hampshire detrás de nosotros.

—Y ¿qué sugieres?

—Sugiero que si queréis que Duncan os devuelva el billete, no le digáis ni una sola palabra sobre la chica. Si no os queda otro remedio, amenazadlo con hacerle algo a él. Al fin y al cabo va a cobrar el dinero de la lotería del otro billete. Puede que os devuelva el vuestro pero, os lo advierto, no hagáis ningún trato para cambiar a Flower por el billete.

Jed fulminó a los primos con una fría mirada asesina.

—Pero, entonces ¿qué hacemos con ella? —preguntó Edmund—. No podemos dejarla ahí y ya está.

—¡Pues claro que no! ¿Crees que nos interesa tenerla pululando por aquí? —exclamó Jed—. Solo hay una solución. —Bajó la voz—. Cuando oscurezca, la meteremos en el maletero de vuestro coche e iremos al lago que hay en Devil's Pass. Le pondremos un lastre, un bloque de cemento. Ese lago es lo bastante grande, frío y profundo. Nunca más se sabrá de ella.

Edmund y Woodrow se lo quedaron mirando, atónitos.

—¿El secuestro te repugna, pero el asesinato no? —preguntó Edmund, apenas con un hilo de voz.

Jed se encogió de hombros.

—Ya veo —murmuró Edmund, con voz débil.

—¡Lo que me repugna es volver a la cárcel! —exclamó Jed—. Hay muchísimas más probabilidades de que nos cojan si la retenemos para pedir un rescate. De esta manera desaparecerá sin dejar rastro.

—Deja que intente cambiar a Flower por el billete de lotería —suplicó Woodrow—. Te prometo que os pagaremos en cuanto tengamos el dinero. Piensa en esos lugares tan bonitos que podríais visitar en cualquier parte del mundo...

—Hemos tomado una decisión —dijo Betty, tajante—. Se acabó lo de seguir huyendo.

Jed miró por la ventana.

—Oscurecerá a las cinco y todo el pueblo se reunirá para la ceremonia de las velas. Será el momento de ponernos en marcha y acabar con esto de una vez. Después, Betty y yo os agradeceríamos que desaparecierais. No queremos más problemas.

—¿Que desaparezcamos? —dijo Edmund, atragantándose—. No tenemos a donde ir y no podemos irnos de Branscombe sin el billete. La verdad es que el sótano tampoco pinta tan mal. ¿Podemos quedarnos solo esta noche?

El almuerzo de celebración en el Branscombe Inn estaba llegando a su fin.

Los padres de Tommy flanqueaban al chico con una actitud exageradamente protectora, como si en cualquier momento fuera a materializarse una pelandusca para enredar a su recién acaudalado hijo.

—Ya sé que a Tommy le gustaría conocer a la chica adecuada, pero ahora va a ser mucho más difícil que antes —comentó su madre, Ruth—. Tendremos que darle nuestra aprobación y, creedme, no vamos a ponérselo nada fácil, ¿verdad, Burt? —preguntó a su marido.

Como de costumbre cuando su esposa buscaba su conformidad, Burt asintió con un gesto de cabeza.

—Tommy es un buen chico —dijo el hombre—. Siempre se ha merecido lo mejor, incluso cuando no tenía ni un centavo. A uno se le ponen los pelos de punta cuando ve que alguien tan inteligente como Sam Conklin pierde la cabeza de esa manera por una mujer y se precipita al desastre. Y pensar que estuvo casado tantos años con Maybelle, una de las personas más agradables y bondadosas que jamás ha habido sobre la faz de la tierra, para acabar con una mujer que nadie conoce... —Burt miró a los demás comensales—. ¿Cómo era eso que la llamabais? ¿La Mapache?

—La Mofeta, papá —lo corrigió Tommy, cada vez más avergonzado por el cariz que estaba tomando la conversación—. No os preocupes por mí, no va a pasarme nada. Creedme.

—¡Esa mofeta! —exclamó la mujer de Ralph, Judy—. Menudo don de la oportunidad que tiene. He oído que ahora mismo Conklin's es un verdadero caos, ¡y vaya si me alegro!

—¿Ah, sí? —preguntó Muffy, angustiada—. Espero que no haya ningún problema con la comida del festival.

—No te preocupes, Muffy —dijo Ralph, restándole importancia con un gesto de la mano—. Dejamos bastante trabajo adelantado. Seguro que sabrán apañárselas sin nosotros.

—Eso espero. Es la primera Fiesta de la Alegría de Branscombe y nos gustaría causar una buena impresión, tanto a la gente que venga a visitarnos como a la que sintonice el especial de televisión.

Marion retiró la silla hacia atrás, arrastrándola.

—Con o sin festival, tenemos que ir al banco. No me quedará tranquila hasta que dejemos ese billete de lotería en una caja de seguridad y vea que cierran la cámara. —Se volvió hacia Nora—. Me ha encantado charlar con usted. Espero que volvamos a vernos.

—Volveremos a vernos más tarde —anunció Muffy entusiasmada—. Todo el pueblo asistirá a la inauguración del festival. Espero que Duncan también pueda venir. Qué alegría que saliera sano y salvo de donde quisiera que estuviera. Si no nos

habría aguado la fiesta, ¿verdad?

«Es una manera de verlo», pensó Luke. Desde que Willy había entrado en la habitación sin Alvirah, Luke sabía que a Nora la devoraba la impaciencia por enterarse de la verdadera razón por la que su amiga había acompañado a Regan y a Jack. Era evidente que no se había tragado la historia de que Alvirah se moría de ganas de visitar Branscombe. Y Luke tampoco.

—Ah, claro, que Duncan ha aparecido —le comentó la madre de Tommy a Muffy, con un tinte burlón en la voz—. Ya me he fijado en que no ha rechazado el ofrecimiento de que lo incluyeran en el grupo de ganadores.

—Mamá —la atajó Tommy de inmediato—. Recuerda que el número treinta y dos era el número Powerball de Duncan. Ahora mismo no estaríamos aquí sentados si él no lo hubiera escogido.

—Supongo que no —admitió—. Iremos contigo al banco, hijo.

Muffy se volvió hacia Nora.

—Me encantaría acompañarte esta tarde a dar una pequeña vuelta por este pueblecito encantador. Podríamos parar en el mercadillo de la iglesia y echar un vistazo antes que nadie a todas esas maravillas que pondrán a la venta a partir de esta noche. Estarán dando los últimos retoques a todo, y podría enseñarte dónde está previsto que mañana celebres la hora del cuentacuentos. ¿Cómo lo ves? —Como era su costumbre, se respondió ella misma—: ¡Genial!, ¿verdad? Ojalá Regan estuviera aquí. Tal vez pueda alcanzarnos luego. Willy, Luke, ¿qué os parece si damos una vuelta por el pueblo?

—Perfecto —se apresuraron a contestar los dos, aunque solo fuera para que la mujer dejara de hablar.

—Muffy —dijo Nora—, Luke, Willy y yo todavía no hemos subido a nuestras habitaciones. ¿Por qué no nos encontramos en el vestíbulo de aquí a veinte minutos?

—¡Fantástico!

Los Reilly y los Meehan ocupaban las habitaciones al final del pasillo de la primera planta, una enfrente de la otra.

—Willy, ¿podrías venir un momento a nuestra habitación? —dijo Nora cuando salían del ascensor, y no era una simple pregunta.

«Ya estamos», pensó Luke.

—Prepárate para el interrogatorio, Willy —le advirtió.

Willy puso los ojos en blanco.

—Regan me hizo prometer que le guardaría el secreto.

—Pero no se refería a nosotros —aseguró Nora.

—Sí, sí que se refería a nosotros —replicó Luke, sin lugar a dudas.

—Basta, Luke —dijo Nora, riendo—, date prisa y abre la puerta. —Apenas habían entrado en la habitación cuando se dio media vuelta—. Willy, ¿qué ocurre? ¿Por qué ha ido Alvirah con ellos?

Incluso el gesto habitualmente imperturbable de Luke se vio trastocado por la

sorpresa y la incredulidad cuando Willy los puso al corriente de la situación.

—¿Quieres decir que andan por ahí con un billete de lotería premiado con ciento ochenta millones de dólares que pertenece a dos delincuentes? —preguntó.

—Eso lo resumiría bastante bien —contestó Willy, dirigiendo la mano a la manija de la puerta—. Será mejor que vaya a empolvarme la nariz. Nos vemos abajo en quince minutos.

La recepcionista sexagenaria de la sala de urgencias del Branscombe General Hospital alzó la vista cuando el grupo apareció ante el mostrador. Al ver a Glenda, sonrió.

—La he visto en la televisión. ¡Es una de las ganadoras de la lotería!

—Sí, la misma —contestó Glenda—. Le aseguro que yo tampoco me lo creo todavía. Hemos venido a ver a otro de los compañeros que también ha ganado la lotería, Duncan Graham.

—Acabo de intentar ponerme en contacto con su novia, pero tiene el buzón lleno. ¡Qué chica más afortunada! Como diría mi abuela: ha aterrizado sobre una tarrina de mantequilla.

—Mi madre también utilizaba esa expresión —dijo Alvira, pensando en que la versión de su madre era un poquito más colorista.

—Mi abuela tenía dichos para todo —dijo la recepcionista, echándose a reír, y señaló una puerta—. Está por ese lado, el tercer cubículo a la derecha. No debería dejarlos entrar a todos a la vez, pero ahora mismo no hay ningún caso grave, solo un montón de huesos rotos.

—¿Nada más? —murmuró Jack cruzando la puerta.

Llegaron al tercer cubículo, que tenía echada la cortina.

—¿Duncan? —lo llamó Glenda.

—Estoy aquí —contestó Duncan con un hilo de voz.

Glenda retiró la cortina.

Alvira se topó ante la visión de un hombre sin afeitar, pálido y angustiado, que guardaba cama. «Tiene pinta de no poder soportar ni una sola mala noticia más», pensó.

—¡Glenda! —dijo Duncan, intentando incorporarse—. ¿Me has traído el móvil?

—Aquí está. —Se lo tendió sin perder tiempo—. Creo que ya conoces a Jack Reilly —dijo Glenda a continuación, con la intención de presentarles a Regan y a Alvira, pero Duncan la interrumpió.

—Disculpa la grosería, pero mi novia me tiene preocupado. Tal vez haya sufrido un accidente... —Comprobó la bandeja de entrada—. ¡Todavía no me ha llamado!

Se acercó una enfermera.

—Señor Graham, voy a llevármelo para que le enyesen la pierna. Tiene que apagar el móvil, no están permitidos aquí dentro. —Se volvió hacia los demás—. No tardaremos mucho. Pueden esperar fuera.

—Glenda, ¿te importaría mirar a ver si puedes ponerte en contacto con Flower? —alcanzó a decir Duncan antes de que se lo llevaran—. Debes de tener su número en tu teléfono. Si no consigues localizarla, por favor, llámala al trabajo. El número también lo tienes en el teléfono, porque he llamado antes. Pregúntales si saben dónde está.

La preocupación se reflejaba en su mirada.

—Claro, Duncan. Llamaré a todas partes. Estaremos esperándote ahí fuera. —Se volvió hacia la enfermera—. ¿Podrá marcharse cuando le pongan la escayola?

—Por supuesto. Le daremos unas muletas y ¡andando!

Los cuatro se dirigieron a la sala de espera. Glenda llamó a Flower, pero seguía teniendo el buzón lleno. A continuación, lo intentó en el trabajo de la chica.

—Guardería Adorables Tesoritos —contestó una mujer de voz dulce.

«Seguro que no todos lo son», pensó Glenda.

—Hola, ¿podría hablar con la directora?

—Todas las plazas están ocupadas los próximos cuatro años —contestó la mujer, orgullosa.

—No, no llamo por eso —aclaró Glenda—. Necesito hablar urgentemente con alguien acerca de una de sus empleadas: Flower... —Glenda cayó en la cuenta de que desconocía el apellido de Flower. Aunque ¿cuántas Flowers podían trabajar allí?

—Ah, sí, Flower —dijo la mujer.

—Llamo de parte de su novio. El chico acaba de romperse una pierna y necesita hablar con ella.

—¿Duncan se ha roto una pierna?

—Sí. ¿Lo conoce?

—No, pero Flower no para de hablar de él. Ha llamado hace poco.

—Sí, ya lo sé. Está preocupado porque no ha podido ponerse en contacto con ella y no sabía que se había tomado el día libre.

—Un momento. Ahí es media tarde, ¿verdad?

—Sí.

—Ay, señor.

A Glenda le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué ocurre?

—Flower iba a coger un avión para presentarse ahí y darle una sorpresa a Duncan. Anoche cogió el vuelo nocturno a Boston y luego tenía planeado comprar un billete de autocar, temprano por la mañana, hasta donde vive Duncan. Debería haber llegado hace horas. Además, es muy extraño que no conteste al teléfono.

—¿Sabe por casualidad el número de vuelo?

—Lo siento, pero no.

—De acuerdo, si sabe algo de ella, ¿le importaría llamarme a mí o a Duncan? —dijo Glenda, y le recitó los números.

—Si se entera de algo, por favor, avísenos —dijo la mujer—. Queremos mucho a Flower. Habíamos empezado a hacernos a la idea de que pronto la perderíamos, por mucho que nos pesara.

«¡La Mofeta!», pensó Rhoda al girar la llave en la cerradura de la casa de tres habitaciones en la que Sam llevaba viviendo cincuenta años, desde que se había casado con Maybelle. Cerró la puerta con tanta fuerza que varias de las figuritas de Maybelle bailaron en el estante que había sobre la mesita del recibidor. «Qué lástima que no se hayan caído», se dijo Rhoda. Sam había claudicado a regañadientes y le había permitido redecorar la casa, pero había insistido en mantener las fruslerías de Maybelle en su sitio, lo que fastidiaba a Rhoda a más no poder. Había redecorado la sala de estar de la casa colonial con sofás y sillas de piel negra, una alfombra blanca de pelo largo y arte moderno al que Sam no le encontraba ni pies ni cabeza. Los cuadros de montañas, lagos, flores y animales habían quedado relegados al ático.

Los muebles del comedor de madera de arce de Maybelle, con sus rinconeras y sillas acolchadas, habían sido sustituidos por una mesa de cristal con unas sólidas patas de acero y sillas de forma triangular. En el piso de arriba, la habitación de infancia de Richard había pasado a convertirse en el despacho de Rhoda, y el antiguo dormitorio de invitados estaba invadido por los aparatos de gimnasia que se había traído con ella.

«Que me vuelva a mi refinado piso —pensó, mientras se sacaba el abrigo y lo tiraba sobre la barandilla—. ¡Qué ganas tengo de hacer las maletas e irme de aquí! ¡Esta me la paga! Con todo lo que he hecho por él y que no sepa valorarme... —Al mirar por la ventana vio que la nieve, ligera e intermitente hasta ese momento, se había convertido de repente casi en una ventisca—. Oh, no, ¿cómo voy a conducir con la que está cayendo? Para cuando tenga todo listo, la carretera estará resbaladiza y acabaré atrapada en medio de la marabunta que quiera entrar en Boston para pasar el viernes por la noche. Adiós muy buenas a este pueblucho, pero no hasta mañana.

»Ya me he hecho una idea de cómo es la vida en el campo, y no está hecha para mí. —Rhoda recordó a sus anteriores maridos, dos de los cuales ni siquiera le había mencionado a Samuel—. No pasa nada por haberse divorciado dos veces, pero haberlo hecho cuatro da la impresión de que no soy capaz de llevarme bien con nadie y ahuyenta a los posibles pretendientes».

Samuel le había parecido una persona de trato fácil, pero no había tardado en descubrir que era tan terco como una mula. «Convencerlo para que pasara las pagas extra de sus empleados a nuestro fondo de pensiones ha sido toda una lucha, y eso que yo solo miraba por nuestro futuro. Bueno, según el acuerdo prematrimonial, yo me llevo doscientos mil dólares si nos divorciamos. Un buen pensamiento con el que empezar el año. Si hubiera sabido lo que ese viejales tenía en la cuenta, habría insistido en mucho más».

Durante los seis meses que Rhoda había vivido en el pueblo, había hecho amistad con una sola y única persona, Tishie Thornton, una mujer que siempre echaba pestes de todo el mundo y el único ser humano que Rhoda había encontrado en Branscombe



que no soportaba a Maybelle.

—Era vomitivamente empalagosa desde que teníamos seis años —le había confiado Tishie a una encantada Rhoda—. Yo tenía muy buena voz, pero siempre la escogían a ella para los solos, tanto en el colegio, como después, en el coro de la iglesia. No podía soportar verla con aquella cara de no haber roto nunca un plato, sujetando el cancionero y cantando con la mirada alzada al cielo, como si fuera un ángel. Al final dejé el coro y ya no volví más, ni siquiera después de que Maybelle muriera. No me apetecía oír hablar todo el día de lo santa que era.

Rhoda se detuvo un momento en medio de la silenciosa casa. «No me hace gracia quedarme aquí todo el día», pensó. Se dirigió rápidamente a la cocina y cogió el teléfono. Tishie contestó a la primera llamada.

—Rhoda, he oído que has tenido un mal día —dijo Tishie, intentando ocultar su satisfacción.

—Ni te lo imaginas.

—No hubo pagas extra, ¿no?

—Ya les pagan bien durante todo el año.

—Pues claro que sí. ¡Y míralos ahora! ¿Para qué las quieren? ¿Te has enterado de lo del anillo que Duncan le ha comprado a su novia?

—No sé nada de nada. Estaba demasiado ocupada recogiendo manzanas del suelo.

—Duncan dejó un depósito en Pettie's a cuenta de una especie de anillo en forma de flor y se ve que ahora está molesto con el joyero. Por lo visto, Pettie expuso el anillo en el escaparate junto a esos colgantes del festival de los que Luella debe de haberme hablado como cientos de veces.

—¿Un anillo en forma de flor? —repitió Rhoda.

—Sí. Es un diamante pequeño rodeado de piedras de colores en forma de pétalo.

—¿Quién es su novia?

—Nadie lo sabe. Además, ¿a quién le importa?

—Eso digo yo —contestó Rhoda, a quien acababa de pasarle por la cabeza la imagen del rostro de la joven que había preguntado por Duncan aquella mañana—. A mí, desde luego que no.

—Bueno, ¿qué ocurre? Seguro que no me llamas para charlar sobre cómo van las cosas por la tienda.

—Sam y yo hemos roto. Estamos totalmente kaput. Se acabó. Hasta nunca.

—¿Tan pronto? Sabía que ese hombre acabaría matándote de aburrimiento, aunque tendrías que haber esperado a que te diera el regalo de Navidad.

—Ya me lo ha dado. Una pulsera preciosa que compramos en Boston cuando fuimos a ver la obra de su hijo. A Sam casi le dio un ataque al corazón cuando le tocó firmar el recibo de la tarjeta. La pulsera está en la caja fuerte, envuelta para regalo. No te preocupes, que se viene conmigo.

—Estoy orgullosa de ti, Rhoda. Después de todo, le has dado los seis mejores

meses de tu vida.

Rhoda se echó a reír.

—¡Parece que han sido seis años! Tishie, no hace muy buen tiempo, así que tendré que aguantarme y pasar otra noche aquí. Estaba pensando que por qué no vamos esta tarde a tomar el té a The Hideaway. Esa mujer, Betty, es un poco cargante, porque mira que llega a ser empalagosa...

—Igualita que Maybelle —la interrumpió Tishie.

—¡No me lo recuerdes! No sé qué tal se le darán los coros, pero en repostería no hay quien le gane. Podemos sentarnos a chismorrear un rato, lejos de todo este jaleo del festival. Estoy hasta las narices de estas fiestas.

—Yo también. Estaré allí en media hora, ¿de acuerdo?

—Tishie, soy una chica de ciudad y no se me da muy bien conducir con nieve. ¿Te importaría pasar a buscarme?

—Claro que no.

—Gracias, Tishie. Si no te hubiera conocido, seguramente hace meses que me habría ido de aquí.

—Pues lo siento. Hasta ahora.

Rhoda colgó el teléfono. Aunque Samuel no le importaba lo más mínimo, se sentía un tanto frustrada. Un pensamiento repentino la animó: era muy probable que al día siguiente por la noche se celebrara algún baile para solteros mayores en Boston. El año anterior había acudido a seis solo en diciembre. No había conocido a nadie especial, pero ¿quién podía saberlo? Seguro que en los seis meses que llevaba allí enterrada había madurado una nueva cosecha de viudos o divorciados. Tal vez encontrase a su próximo gran amor mientras Samuel estaría sudando la gota gorda, repartiendo pastel de carne y verduras en la cena que se servía en la iglesia. Empezó a canturrear mientras subía la escalera para echar un vistazo a su ordenador.

Cuando entraron a Duncan en la sala de espera, sentado en una silla de ruedas y con la pierna derecha enyesada desde la rodilla hasta el tobillo, la oficina de Jack ya había puesto al corriente al jefe de policía sobre los movimientos de Flower: la joven había viajado en un vuelo nocturno de Pacific Airlines que había aterrizado en Boston, donde había comprado un billete de autobús con destino a Branscombe.

—Sin embargo, la tarjeta de crédito no ha vuelto a registrar actividad desde que la usó para comprar el billete de autobús —informó el agente Joe Azzolino a su jefe—. Y ese título de acciones es más falso que un billete de tres dólares.

Como todos suponían que haría nada más verlos, Duncan les preguntó por Flower.

—¿Habéis conseguido hablar con ella?

—Todavía no —contestó Jack—. Te llevaremos hasta el coche.

Alvirah sintió pena por Duncan cuando el auxiliar lo ayudó a levantarse y le tendió las muletas a la salida de urgencias. «Al menos en Nueva York yo pude salir por mi propio pie del hospital», pensó, tocándose de manera inconsciente el vendaje de la ceja.

Había empezado a nevar copiosamente.

—Glenda, ¿has llamado a la guardería? —quiso saber Duncan, ansioso, apenas hubo subido al coche.

—Duncan, estoy segura de que todo va a salir bien...

—¿A qué te refieres? —preguntó, lanzándole una mirada súbitamente cargada de pánico.

—Flower se ha tomado el día libre. Anoche cogió un vuelo nocturno a Boston porque quería darte una sorpresa. Sabemos que compró un billete de autobús para Branscombe que debería haberla dejado aquí sobre las diez de la mañana.

—Y ¿dónde está? ¿Por qué no responde cuando la llamo al móvil?

—No lo sabemos, Duncan —contestó Regan con voz suave—. Habíamos pensado en pasar por la estación de autobuses y preguntar a la gente si alguien recuerda haberla visto por allí. Glenda te ha metido unas cuantas cosas en una bolsa porque creemos que deberías pasar la noche en el Branscombe Inn. También está la foto de una joven que tenías encima de la repisa de la chimenea. Supusimos que era Flower.

—¡Pues claro que es Flower! ¿Quién iba a ser si no? ¿Me dejas verla? —preguntó Duncan, quebrándosele la voz.

Glenda sacó la foto de la bolsa y se la tendió.

Duncan la sostuvo entre las manos, con los ojos húmedos de pronto.

—Le ha pasado algo —dijo con voz temblorosa, sin apartar la mirada de la imagen—. Estoy seguro. Aunque quisiera esperar hasta esta noche para darme una sorpresa, tendría que haber contestado al teléfono. Esos ladrones de los Winthrop

iban de camino a Boston. Les hablé de Flower cuando les expliqué mi proyecto de vida. ¿Y si se han tropezado con ella?

—¿Llegaron a ver alguna vez una foto de Flower? —preguntó Jack.

—No.

—Entonces no parece demasiado probable, Duncan. Sin embargo, hemos averiguado que el título de acciones es fraudulento. Tendremos que ir a la oficina del fiscal del distrito para presentar una denuncia y ellos emitirán una orden de detención para esos ladrones.

—¡No hay tiempo para eso! Si tienen a Flower, han cometido un delito mucho más grave que vender un pozo de petróleo falso. Ahora mismo me trae sin cuidado la orden de detención. ¡Hay que encontrar a Flower!

—Por supuesto —convino Jack.

—Y digo yo, ¿por qué no vamos primero a Conklin's? —propuso Alvira—. Si Flower ha llegado esta mañana y no sabía lo de la lotería, seguramente iría a verte a tu trabajo. No tiene las llaves de tu casa, ¿verdad?

—Nunca ha estado en mi casa —contestó Duncan con tristeza.

—Pronto lo estará —lo animó Glenda—. Alvira, creo que es buena idea ir directamente a Conklin's, pese a que estoy segura de que al señor Conklin no le hará mucha gracia verme después de que esta mañana tiráramos esas malditas fotos de boda delante de su casa. Aunque no me importa lo que piense. —Se volvió hacia Duncan—. Será mejor que te quedes en el coche. El suelo resbala mucho y solo faltaría que volvieras a caerte. Hablaré con todo el que haya ido a trabajar.

Llegaron a la salida del aparcamiento del hospital.

—Tú dirás, Glenda —dijo Jack.

—Dobla aquí a la derecha y sigue recto.

Cuando se detuvieron delante de Conklin's, Regan se volvió hacia Glenda.

—Te acompaño. Duncan, ¿cuánto mide Flower y qué edad tiene?

—Tiene veinticuatro años, pero parece más joven. No es muy alta, medirá uno sesenta y cinco o así.

—¿Te importa si nos llevamos la foto?

Duncan se la tendió con reticencia.

Ya en el interior del establecimiento, Glenda oyó una voz conocida.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —dijo Paige, una cajera de aspecto juvenil—. No me digas que el billete es falso y que vienes a recuperar el puesto.

Glenda y Regan apretaron el paso hasta la caja de Paige, donde una mujer que acababa de pagar se alejaba empujando un carro cargado de bolsas llenas a rebosar.

—Paige, tengo que hablar un momento contigo.

—Claro, ¿qué ocurre, ricachona? —Paige apagó la luz de su puesto.

Glenda le presentó a Regan, le enseñó la foto de Flower y le explicó la situación.

—... venía a visitar a Duncan y por lo visto ha desaparecido.

—Parece que están hechos el uno para el otro —comentó Paige en tono burlón,

mientras estallaba una pompa de chicle—. ¿No estuvo Duncan desaparecido toda la noche? Todavía me cuesta creer que vayáis a compartir con él el premio de la lotería. Deberíais haberme preguntado, yo habría puesto un dólar.

—Paige, no es momento para bromas, esto es muy serio.

—Vale, disculpa.

—¿Por casualidad has visto a esta chica hoy en la tienda?

Paige estudió la foto con detenimiento.

—No, no la he visto. Si ha estado aquí y ha comprado algo, no ha pasado por mi caja.

—De acuerdo, daremos una vuelta y preguntaremos a los demás.

Paige bajó la voz.

—Glenda, te has perdido la bomba de esta mañana. La Mofeta y el señor Conklin se han puesto a competir a ver quién gritaba más y al final ella ha salido de aquí echando chispas. El señor Conklin le ha dicho que ya podía quitarle el cartelito de «Se vende» al piso que La Mofeta tiene en Boston. ¡La gente no sabe qué hacer! Para nosotros, es como si la Fiesta de la Alegría se hubiera cancelado pero siguiera adelante.

—¡Estás de guasa! —exclamó Glenda.

—Créeme, no bromeo.

—Casi me entran ganas de recuperar el puesto.

—Sí, ya...

—¿Está el señor Conklin en su despacho?

—Está detrás, en la cocina, arremangado. Incluso se ha puesto un delantal. Tienen que preparar las bandejas de comida y llevarlas al festival.

—Ahora me siento culpable —murmuró Glenda.

—Pues yo no me sentiría —repuso Paige, volviendo a encender la lucecita de su puesto al ver que se acercaba un cliente—. Al fin y al cabo, es su negocio. Además, nunca lo había visto de mejor humor.

Glenda y Regan enseñaron la foto de Flower a los demás empleados. Todos llevaban allí desde primera hora de la mañana y nadie recordaba haberla visto.

—Regan, vamos a hablar con el señor Conklin.

Regan la siguió hasta una amplia cocina donde trajinaban media docena de empleados, disponiendo bandejas de fiambres y ensaladas.

—¡Buen trabajo, chicos! —decía Sam—. ¡Vamos a devolver a esta tienda el viejo espíritu de trabajo en grupo! —Se volvió y vio a Glenda. Se miraron por un instante sin saber cómo reaccionar, pero Sam no tardó en esbozar una amplia sonrisa antes de abrir los brazos y acercarse a ella—. ¡Glenda, felicidades, me alegro mucho por ti! —exclamó, envolviéndola en un fuerte abrazo.

—Siento haber dejado las fotografías delante de su casa —dijo Glenda, arrepentida—. Ha sido mezquino.

—No te preocupes. Voy a hacer una hoguera para deshacerme de ellas. No sé si te

habrás enterado de que...

—Sí, ya lo sé —lo atajó Glenda.

—Estoy avergonzado. Al final dejé que me convenciera para que os escatimara la paga de Navidad, y todo por quitármela de encima. Acompáñame al despacho. Ya sé que ahora ya no lo necesitas, pero he firmado los cheques que debería haberos entregado anoche. Glenda, has sido una empleada magnífica estos últimos dieciocho años. Es como si fueras mi hija. —Volvió a estrujarla entre sus brazos—. No podré volver a mirarme al espejo hasta que hayáis cobrado esos cheques.

—Señor Conklin, es usted muy amable, pero ahora no hay tiempo para eso. — Glenda le presentó a Regan y luego le enseñó la foto de Flower—. Duncan está seguro de que le ha pasado algo. No la habrá visto hoy por aquí, ¿verdad?

Sam miró la foto con detenimiento.

—No, no la he visto. ¿Ya has preguntado a los demás? —dijo, haciendo un gesto con la cabeza para señalar la parte delantera de la tienda.

—Sí, ni la han visto ni recuerdan que nadie haya preguntado por Duncan.

Sam enseñó la foto rápidamente a todos los que estaban en la cocina. La respuesta fue negativa.

—¿Sabes más o menos sobre qué hora podría haberse pasado por aquí? — preguntó, mientras devolvía la foto a Glenda.

—Suponemos que en algún momento después de las diez de la mañana, que es cuando ha llegado el autobús a la estación.

—La Mofeta todavía estaba aquí —dijo Sam—. No sé si ella la vería.

—¿La Mofeta? —preguntó Glenda.

—No te hagas la tonta.

—De acuerdo, disculpe.

—Si quieres puedo llamarla para preguntarle si por casualidad ha hablado con la novia de Duncan. Es para lo único que pienso hablar con ella.

—Si no es mucha molestia. Es importante.

A nadie le sorprendió que Rhoda no contestara al teléfono.

—Seguramente ahora estará mirando mi nombre en la pantallita de su móvil y maldiciéndome —dijo Sam—. ¿Por qué no te apuntas su número y lo intentas tú desde tu teléfono? Tal vez tengas más suerte.

Sin embargo, Rhoda Conklin tampoco contestó cuando Regan la llamó. La detective privada dejó un mensaje donde decía quién era y le explicaba la razón de la llamada. «Por favor, póngase en contacto conmigo lo antes posible».

Sam tamborileó los dedos sobre la encimera.

—Uno de los chicos nuevos estaba trabajando esta mañana en la sección de frutas y verduras y Rhoda quiso despedirlo. Ahora está fuera, cargando el camión. —Se abrió la puerta trasera—. Ah, mira, por ahí viene. Eh, Zach —Sam llamó a un joven de mejillas sonrosadas—, ven aquí un momento, por favor.

—Claro, señor Conklin.

Zach se acercó a paso vivo hasta ellos.

—No, no la he visto —dijo, sacudiendo la cabeza cuando miró la foto de Flower—. Aunque ya les digo que, con la que estaba cayéndome esta mañana gracias a La Mofeta, podría haber estado delante de mí y ni me habría fijado en ella. Señor Conklin, me alegro de que se la haya quitado de encima —añadió entusiasmado—. Choque esos cinco.

—Vale, Zach —contestó Sam, levantando la mano con embarazo—. Sigue cargando el camión. La mujer del alcalde está poniéndose nerviosa. Tenemos un pueblo que alimentar.

—Guay.

Zach cogió otra bandeja llena y se dirigió a la puerta trasera. Glenda lanzó un suspiro.

—Gracias, señor Conklin. Será mejor que nos vayamos. Duncan debe de estar muy preocupado.

—¿No es una lástima que el día que se entera de que sus compañeros de trabajo van a entregarle doce millones de dólares acabe angustiado por su novia? Espero que todo salga bien. Duncan es un buen tipo.

—Tal vez Flower está por aquí cerca y acabará sorprendiéndonos a todos —dijo Glenda, sin demasiada convicción—. Espero volver a verle después del fin de semana, señor Conklin.

Una vez en el coche, tuvieron que contar a un Duncan cada vez más desesperado que nadie había visto a Flower.

—Aunque hoy han estado muy ocupados ahí dentro —dijo Regan, intentando levantarle el ánimo—. Vamos a la estación de autobuses.

—¡Esto va de mal en peor! —se desesperó Duncan—. ¡Alvirah acaba de contarme lo del anillo! —Miró el cielo encapotado y la nieve que caía por la ventanilla—. ¿Y si Flower hubiera sufrido una amnesia repentina y estuviera por ahí dando vueltas con este tiempo?

Duncan insistió en acompañarlos al interior de la estación de autobuses. Una mujer de la limpieza estaba pasando la mopa por el suelo, cerca de la entrada. Regan le enseñó la foto de Flower y le explicó por qué estaban buscándola.

—Pues la pregunta viene como anillo al dedo porque sí, la he visto esta mañana —dijo la mujer, después de limitarse a echar un breve vistazo a la foto—. Estaba retocándose en el lavabo de mujeres cuando entré para vaciar las papeleras. Muy mona.

—¿Está segura de que era ella? —preguntó Duncan.

La mujer frunció el ceño.

—Si no era ella, era su aparición.

«Esta mujer sí que sabe escoger las palabras», pensó Regan.

—¿Recuerda qué llevaba puesto?

—Iba muy normalita. Vaqueros azules, creo. Un anorak. Tal vez gris. Llevaba una

mochila roja con una frase que no había visto desde hacía años. Decía: FLOWER POWER.

—Es ella, seguro —gimió Duncan.

—¿A qué hora la ha visto? —preguntó Regan a la mujer.

—Diría que debían de ser las diez y media, justo antes de mi descanso.

El solitario jefe de estación que había detrás del mostrador donde se expedían los billetes también se había fijado en Flower.

—La he visto bajar del autobús y luego he vuelto a verla saliendo de la estación. Estoy seguro de que no ha regresado por aquí —los informó.

Duncan miró a Glenda y a Regan.

—Tiene que estar aquí, en alguna parte. Si tengo que llamar a todas las puertas de este pueblo, lo haré.

Dio media vuelta, se apoyó en las muletas y, avanzando todo lo rápido que le permitía la aparatosa escayola, regresó al coche.



La persiana de la única ventana del despacho de Jed, en lo alto de la pared de la parte trasera del cobertizo, casi estaba bajada del todo. Al levantar la vista, Flower vio que nevaba copiosamente. Betty había apagado todas las luces al salir y Jed había desconectado los tres ordenadores. A pesar de que habían dejado encendido un calentador, hacía frío en la habitación. «Si no, moriría congelada», pensó Flower, tiritando.

Se había familiarizado con los objetos que la rodeaban en la semipenumbra. «Este lugar es asombroso —se dijo, muerta de miedo—. ¿Quién va a pensar que pueda existir algo así?, y menos aún que un tipo tan de pueblo como Jed sea capaz de llevar a cabo una operación de esta envergadura». Había varias llaves colgadas sobre la mesa de trabajo y una hilera de archivos cerrados con candado. Desde donde estaba sentada, Flower llegaba a atisbar una pantalla en la que se mostraba la actividad que registraban ocho cámaras de seguridad distintas, distribuidas por todo el *bed and breakfast*.

«Y decían que no tenían ni tele, ni radio, ni acceso a Internet», recordó Flower con amargura mientras trataba de deshacer los nudos que mantenían sus muñecas unidas detrás de la espalda. Sin embargo, ni siquiera llegaba a tocarlos con los dedos. «Y esta mordaza está asfixiándome», pensó. Intentó mover la mandíbula, pero solo consiguió que le resultara más difícil respirar. «Tranquilízate —se recomendó—. Ya, pero ¿cómo? Aunque Duncan les devuelva el billete, no me dejarán ir. Puedo identificarlos a todos. Mi única salvación, en el caso de que recuperaran el billete, pudieran cobrarlo y salieran del país, es que supieran dónde poder encontrarme. Y de eso ya puedo ir olvidándome.

»Todo esto es por mi culpa. Ni por un solo momento me molesté en pararme a pensar que podría haberle pasado algo a Duncan cuando no conseguí ponerme en contacto con él. ¿Le habrá ocurrido lo mismo conmigo? —Flower se convenció de que no, con los ojos arrasados por las lágrimas—. Es tan bueno... Aunque consiguiera salir de esta, no podría echarle en cara que no quisiera volver a verme nunca más».

Vio en la pantalla que un coche enfilaba la entrada, a la izquierda del edificio, y aparcaba en el primer sitio libre. Se apearon tres mujeres, que se acercaron con paso vivo a la puerta de entrada. «Gente que viene a tomar el té —pensó Flower—. Puede que a algunos no les quede más remedio que aparcar aquí detrás, cerca del cobertizo. Si pudiera mover la silla plegable y golpearla contra la pared cuando un coche aparcara en un sitio libre junto al cobertizo, tal vez conseguiría llamar la atención de alguien».

Poco a poco, sin prisas, fue levantándose del suelo y con ella la silla a la que estaba atada, y avanzó lentamente hasta la pared. «Si este trasto cae de lado, no podré volver a levantarme», se dijo. Se darían cuenta de que había intentado escapar. ¿Y

qué? Dándose impulso, fue avanzando centímetros por el suelo de cemento lenta y fatigosamente mientras no dejaban de llegar coches que enfilaban la entrada del *bed and breakfast*. Alcanzó la pared en el momento justo en que uno de ellos se detenía junto al cobertizo. Por el sonido, estaba muy cerca. Oyó las puertas que se abrían y se cerraban.

—Te lo digo yo, Tishie —dijo una mujer de voz estridente—, mira lo que ha tardado Sam Conklin en echarme de menos. Ya lo sabía yo, pero no voy a contestar al teléfono, no estoy para nadie. Este momento es solo para mí.

—Tienes toda la razón del mundo —convino Tishie.

Sin pensárselo dos veces, Flower intentó gritar, pero de su garganta solo salió un lastimoso quejido. «Debe de ser la mujer de Conklin —pensó desesperada—. Reconocería esa voz en cualquier lado. Tal vez sea mi salvación». Flower, atada a la silla plegable, se impulsó con todas sus fuerzas contra la pared.

—Rhoda, ¿has oído eso?

—No he oído nada. Vamos, Tishie, estoy mojándome.

Tendida en el suelo de cemento, Flower intentaba enderezar la silla para volver a intentarlo cuando oyó que se descorría la puerta del despacho de Jed.

—Estas son las manoplas para horno y los agarradores de la Fiesta de la Alegría que estarán a la venta a partir de esta tarde —explicaba Muffy a Nora, a Luke y a Willy mientras paseaban por el abarrotado mercadillo que habían montado en el sótano de la iglesia—. Ahí tenemos acuarelas de paisajes de Branscombe pintadas por nuestros artistas del Red Barn. El Red Barn es un centro para jubilados amantes de la pintura. Contamos con dos artistas profesionales que invierten su tiempo voluntariamente en darles clases un par de veces a la semana.

Nora examinó las obras con detenimiento.

—Son preciosas —dijo—. Algunas son realmente buenas.

Luke, cuyo gusto estético se decantaba más por el estilo de Georgia O’Keefe, fingió que estudiaba con interés aquellas escenas tradicionales. Willy recordó que, en sexto, la hermana Jane había catalogado su cartel *Keep Them Flying*, en el que aparecía un avión que remontaba el vuelo al pasar junto a una bandera, como un «pez volador envuelto en harapos». «Aquella mujer era un hueso duro de roer —pensó—. Le habría encontrado pegas hasta a la *Mona Lisa*. Le compraré a Alvirah la acuarela del Branscombe Inn. Siempre le gusta guardar un recuerdo de los lugares en los que ha estado».

Alvirah. ¿Dónde narices estaría? ¿Habría comido algo? Tenía tanta hambre que en el avión se había comido unas galletas saladas que estaban pasadas, y luego se había dado un atracón de chocolatinas que Willy le había comprado en el pequeño supermercado. La noche anterior, el hambre había acabado llevándola a la sala de urgencias del hospital. ¿Quién sabía qué podía ocurrir si su apetito atacaba de nuevo? Se sintió tentado de llamarla al móvil, pero sabía que Alvirah se pondría en contacto con él cuando hubiera terminado lo que estuviera haciendo.

En cierta ocasión, Luke había comentado que la pareja debía de inspirarse en la célebre frase de Milton: «También sirven quienes tranquilos esperan». Willy recordaba haber preguntado quién era aquel tal Milton.

—¿Verdad que las señoras han hecho un trabajo digno de alabanza convirtiendo el sótano en el sueño de cualquier amante de la Navidad? —preguntó Muffy.

—Ha quedado precioso —convino Nora—. Yo me crié en un pueblecito de New Jersey y se respiraba el mismo espíritu que aquí. Todo el mundo disfrutaba aportando su granito de arena. De hecho, en mi pueblo, cuando se establecía una nueva parroquia, los hombres se reunían y reconvertían un establo viejo en una hermosa capilla.

—A la una, a las dos y a las tres —retumbó una voz en una de las salas aledañas.

Como si acabara de estallar un trueno, alguien empezó a aporrear un piano y un coro de voces entonó:

—*Deck the halls with boughs of holly...*

—El coro está ensayando para esta noche —les explicó Muffy—. Mira, aquí

viene Steve.

Todos se volvieron y vieron que el alcalde de Branscombe bajaba la escalera. «Ocurre algo», pensó Luke reparando en la sonrisa forzada de Steve y en los saludos apresurados que dedicaba a los voluntarios del festival a medida que se abría paso por la sala.

—Acabo de hablar con Jack. Me parece que vamos a tener que organizar una nueva partida de búsqueda —dijo lacónicamente—. La novia de Duncan Graham, Flower Bradley, ha llegado a Branscombe esta mañana desde California para darle una sorpresa, pero ha desaparecido. Estamos haciendo copias de su foto para repartirlas por todo el pueblo. Cuando estén listas, además de buscar por el bosque, empezaremos a preguntar puerta por puerta. Alguien tiene que haberla visto.

Nora estudió la expresión de profunda preocupación de Steve.

—No nos lo has contado todo, Steve.

El hombre miró a su alrededor. No había nadie lo bastante cerca para oírlos.

—Duncan ha llamado a la madre de Flower y ha descubierto algo que no sabía de ella. Cuando Flower cumpla veinticinco años, que será el mes que viene, heredará un fondo fiduciario, una fortuna. Su bisabuelo fue el fundador de Corn Bitsy Cereals. A la madre le preocupa que alguien haya podido seguirla hasta aquí y que la haya secuestrado para pedir un rescate, pero no quiere que eso se sepa, si es posible.

—¿A cuánto asciende el fondo fiduciario? —preguntó Luke.

—A más de cien millones.

—*Jingle Bells, Jingle Bells* —cantaba el coro—, *Jingle all the way*.

Harvey, el ex marido de Glenda, se encontró con un periodista y un cámara de la cadena BUZ en el exterior de la casa que había compartido con su ex mujer durante doce años. Se había prestado con sumo gusto a recrear el día en que ella había sacado su ropa a la entrada, metida en bolsas de basura, y se la había llevado el camión de recogida. No habían invitado a Glenda a participar en la recreación.

Con la promesa de la cadena de televisión de reemplazarle la ropa por otra de mayor calidad, Harvey había llevado el nuevo fondo de armario que había adquirido después de que el juez catalogara la acción de Glenda como daños intencionados. Tal como le habían pedido, Harvey había metido la ropa en dos bolsas de basura.

—¿Crees que hace mal tiempo? —preguntó mientras bajaba de la furgoneta, arrastrando las bolsas—. Esta nieve no es nada en comparación con la lluvia que caía aquel día. Un aguacero de los de no te menees. Y con viento racheado. Glenda dice que no llovía cuando dejó las bolsas en la entrada, pero ¡venga ya! No hacía falta ser un genio para saber que estaba a punto de ponerse a diluviar.

Menudo imbécil, pensó Ben Moscarello, el periodista de la cadena BUZ, mientras le estrechaba la mano.

—Hola, Harvey. Tuvo que ser un día difícil de olvidar. ¿Qué te parece si dejas las bolsas aquí, en la entrada? Haremos una toma donde asome la ropa.

—Fue muy humillante. Glenda no tenía derecho a tratar mis cosas de esa manera —dijo Harvey mientras dejaba las bolsas en el suelo, las desanudaba y empezaba a revolver el contenido.

Con sumo cuidado, colocó las mangas de uno de sus jerséis favoritos para que sobresalieran por los bordes.

—Esa es la idea, Harvey —dijo Ben, animándolo.

—Hace unos cuatro años, le regalé una maleta por su cumpleaños. ¿Qué le habría costado meter la ropa bien dobladita en ella? Se la habría devuelto.

«Sí, seguro que sí», pensó Ben con sorna.

—Vale, Harvey, nos gustaría que salieras en el porche delantero y hablaras del disgusto que te llevaste y de la vergüenza que sentiste al acercarte con el coche y de repente ver que la ropa que tanto apreciabas estaba esparcida por toda la carretera, mojada, sucia y llena de huellas de neumáticos.

—¡No lo olvidaré mientras viva! —exclamó Harvey—. ¡Nunca! Todavía tengo pesadillas.

—Guárdate eso para cuando la cámara esté grabando —dijo Ben mientras avanzaban por el camino que llevaba hasta la casa—. Harvey, no nos interesa que menciones que llegabas tarde a recoger tus bártulos. Con eso no daríamos lástima.

—¡Pero si solo me retrasé cinco minutos! —protestó Harvey, colocándose en el primer escalón del porche.

—Ya lo sé, pero no lo menciones. No fue culpa tuya, pero resulta que a la

audiencia le gustan las víctimas. No es que le gusten, es que mata por ellas si es necesario, y no hay víctima por la que la audiencia sienta más lástima que por alguien cuya ex mujer se hace rica con la lotería de la noche a la mañana.

Harvey puso cara larga.

—No lo superaré nunca.

—Vamos a grabar —se apresuró a decir Ben—. Harvey, ¿has dicho que no vas a superarlo nunca?

—¡Nunca!

—¿Dirías que la humillación de ver tu ropa desperdigada por la calle te sumió en una depresión?

—Estaba furioso y deprimido, y sin un centavo con que comprarme ropa nueva. Gracias a Dios, el juez obligó a Glenda a abonar los desperfectos. Llevaba cerca de un año en el paro antes de que rompiéramos, pero andaba buscando trabajo. Un día entré en un club de *striptease*, conocí a Penelope y...

—¡Harvey! —lo interrumpió Ben—. No nos interesa saber que no encontrabas trabajo porque estabas demasiado ocupado con una chica. Eso tampoco da lástima.

—¿Quieres saber lo peor? —preguntó Harvey—. Poco después de que me concedieran el divorcio, Penelope me dejó.

El cámara le dio unos golpecitos a Ben en el hombro.

—Hay que darle un poco de ritmo a esto. Se supone que ahora deberíamos estar grabando el mercadillo de la iglesia para llegar luego a tiempo para pillar a Santa Claus subiendo a su trineo de un salto.

—Vale —dijo Ben, impaciente, antes de volverse hacia Harvey—. Lo retomaremos en el momento en que nos explicas cómo, después de doce maravillosos años, Glenda y tú rompéis y lo impactado que te quedaste cuando te mostró esa faceta sórdida y rencorosa de su personalidad que desconocías.

—¿Sórdida?

—Que no se portó bien contigo.

Harvey se aclaró la garganta.

—Ella tenía veinte años y yo veinticuatro cuando nos casamos —empezó—. No es que fuera Marilyn Monroe precisamente, pero creía que era una buena persona. Me equivoqué.

—¡Corta! —exclamó un irritado y desesperado Ben—. Harvey, a ver si lo entiendes: si empiezas a meterte con el aspecto de tu ex esposa, no habrá mujer que vea el programa que no te odie. Límitate a decir lo mucho que la querías.

—Quería a mi mujer —empezó a decir Harvey, obedientemente—. Todavía la quiero. Glenda está por encima de todo.

«Sigue hablando», rogó para sí Ben.

—Le supliqué que arregláramos lo nuestro —continuó Harvey, envalentonándose—, pero se negó en redondo y al final nos divorciamos. Glenda se quedó la casa, lo cual me pareció muy injusto, pero como teníamos una segunda hipoteca sobre ella,

tampoco había mucho patrimonio que repartir, no sé si me pillas.

—Harvey —lo interrumpió Ben—, hánblanos de la ropa cuando te acercaste a la casa.

Harvey asintió con la cabeza y señaló con gesto dramático la parte delantera.

—Fue muy feo por parte de Glenda cambiar las cerraduras de las puertas con tanta prisa. No me dio tiempo a recoger todas mis cosas. Habíamos acordado que ella dejaría mi ropa fuera, en la entrada. —Avanzó unos pasos y señaló las bolsas—. No debían de llevar aquí ni dos minutos cuando empezó a diluviar —dijo, parpadeando mientras la nieve le acribillaba la cara.

—Bien, Harvey —dijo Ben—. Vamos a esparcir la ropa por la calle y le diremos al camión que hemos traído que pase por encima.

Cinco minutos después, Harvey estaba en medio de la carretera, con la cabeza gacha y lágrimas en los ojos.

—No podía creer que la mujer con quien había compartido doce años de mi vida pudiera hacerme esto —dijo, señalando las camisas, pantalones, jerseys, calcetines y ropa interior empapados—. Me dejó muy machacado encontrarme con este panorama. Más machacado que mi ropa.

Ben hizo una señal con el brazo. Un estruendoso camión apareció en la carretera y pasó por encima del nuevo guardarropa de Harvey.

—¡Corta! —dijo Ben—. ¡Ha valido!

Ya estaba lista una nueva sección del especial sobre la Fiesta de la Alegría.

Antes de que Duncan llamara a la madre de Flower, habían visitado todos los establecimientos de Main Street, por si Flower había entrado en alguno de ellos por casualidad. Incluso habían preguntado en la sala de cine, con la esperanza de que hubiera ido a ver una película para matar el tiempo antes de sorprender a Duncan.

Nadie la había visto.

Habían llamado al Branscombe Inn y a los dos *bed and breakfast* del pueblo, el Hideaway y el Knolls. No se había registrado en ninguno de ellos. Llegados a ese punto, y a su pesar, Duncan había decidido llamar a los padres de Flower. Margo Bradley, la madre, a la que no conocía, se sorprendió al oírlo.

—Hola, Duncan. He intentado hablar con Flower, pero tiene el teléfono apagado y el buzón de voz lleno. ¿Ocurre algo? —preguntó Margo de inmediato.

Con el corazón en un puño, Duncan le explicó lo que había sucedido.

—¡Siempre había temido que pasara esto! —exclamó Margo.

—¿Por qué?

—Flower es una de las herederas de la Corn Bitsy Cereal Company. La fundó su bisabuelo. He tenido miedo de que la raptaran desde el día en que nació.

—¿Heredera? —repitió Duncan, incrédulo—. No lo habría imaginado ni en un millón de años.

—Porque así lo quiso Flower —dijo Margo, preocupada—. Quería encontrar a alguien que la quisiera por ella misma.

—Yo la quiero por ser como es —aseguró Duncan con rotundidad—. Simplemente me sorprende porque cuando me explicaba cómo se había criado, su infancia se parecía mucho a la mía.

—No hemos llevado una vida acomodada —aclaró Margo—. A su padre y a mí nunca nos interesó el dinero. Tuve acceso a mi fondo fiduciario a los dieciocho años y con el tiempo acabé donándolo casi todo a causas que apoyábamos o a cualquiera que nos lo pidiera prestado. Por eso a Flower no se le permite tocarlo hasta que cumpla los veinticinco. Nuestra familia siempre ha rehuido la publicidad, pero la gente huele el dinero. Temo que, estando tan cerca como está el vencimiento del fondo, alguien haya podido fijarse en ella.

—Señora Bradley, puede que no tenga nada que ver con el dinero de su familia. Anoche gané doce millones de dólares en la lotería y se le ha dado mucha publicidad a la noticia. Si alguien se hubiera fijado en ella, habría sido por mi culpa —admitió el joven.

—Duncan —dijo Margo, impaciente—, la herencia de Flower asciende a más de cien millones de dólares. Ya sabía yo que no debía cruzar el país para malgastar el tiempo con un hombre del que no sabe nada.

—Yo quiero a Flower —protestó Duncan— y no voy a dejar que le pase nada. Se lo prometo. La encontraré.



—No hagas público lo de su fondo fiduciario. Si Flower está sana y salva en algún sitio, lo mejor es callarse, no vayamos a animar a algún loco a encontrarla por su cuenta.

Duncan estaba aturullado cuando colgó el teléfono. Trabándose cada dos por tres, por fin logró contar a los demás lo que la madre de Flower acababa de revelar.

—Duncan, informaremos a Steve de la desaparición de Flower e insistiremos en que es urgente que la policía empiece a buscarla —dijo Jack—. Tendremos que explicarle por qué sospechamos que el asunto es grave, si no se preguntarán por qué tienen que ponerse a buscar a una mujer de veinticuatro años de la que solo hace unas horas que no se sabe nada.

Mientras Jack llamaba a Steve, a Alvira le vinieron recuerdos de cuando secuestraron a Willy y pidieron un rescate por él. Había conseguido que le dieran un puesto de camarera en un hotel sórdido donde creía que lo tenían retenido. Recordaba muy bien que los delincuentes que se lo habían llevado tenían planeado matarlo una vez hubieran recibido el rescate. Afortunadamente consiguió salvarlo. ¿Dónde podría estar Flower? El anillo de compromiso que habían comprado para ella se encontraba en el bolso de Alvira, a quien la sorprendió una de aquellas raras sensaciones que solían visitarla. ¿Y si el anillo pudiera conducirlos hasta la joven?

«Tengo que hablar con el hombre que encontró la sortija y la llevó a la joyería», decidió.

Woodrow y Edmund esperaban en el sótano de The Hideaway, sentados en un viejo sofá polvoriento y lleno de bultos que olía a moho. Una solitaria bombilla pendía del techo. Betty les había dado un par de mantas para que se las echaran sobre las piernas, pero aun así estaban helados y cada vez más preocupados por los planes de Betty y Jed para deshacerse de Flower.

Edmund tenía enterrada la cabeza entre las manos.

—¡Woodrow, tengo miedo! —confesó.

—Tranquilo, Edmund, ya estoy suficientemente nervioso. Tengo el estómago un poco revuelto, no debería haber comido tanto dulce.

—Woodrow, me importa un pimiento si te duele el estómago. No podemos pillarnos los dedos con un asesinato. ¿Te has fijado en la cara de la chica cuando la atamos y la dejamos ahí atrás? Está aterrorizada. Además, es solo una cría.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Woodrow con rabia, escupiendo las palabras—. La única solución es olvidarnos del billete de lotería y salir pitando del pueblo, tal como habíamos planeado que haríamos después de la última clase de la semana. No nos llevaremos el dinero, pero tampoco nos arrestarán por asesinato.

—Pues acabarán haciéndolo si dejamos que Betty y Jed se la carguen y no movemos un dedo para impedirlo. Les ayudemos o no, esa chica tiene las horas contadas. —Edmund tragó saliva y se pasó los dedos por el escaso cabello—. Ojalá hubiéramos heredado algo de dinero. No teníamos intención de hacernos ricos con los timos. La verdad, creo que nunca nos hemos quedado con el dinero de alguien que no pudiera permitirse perder unos cuantos dólares.

—Cierra la boca, Edmund. ¿Qué me dices de Duncan? Lo hemos dejado sin blanca.

Las tablas de madera sobre sus cabezas no dejaban de crujir con el trajín de Betty yendo y viniendo de la cocina. Era evidente que la hora del té estaba siendo muy concurrida.

—Jed, has olvidado la mermelada de la mesa cuatro —oyeron que le espetaba a su marido.

—Mira que es mala —dijo Edmund con voz temblorosa—. Woodrow, ¿qué vamos a hacer? No podemos dejar que esa chica muera. Somos unos desgraciados, pero no unos asesinos. Esos dos —añadió, señalando hacia el techo— no parecen tener problemas de conciencia. En la cárcel se decía que Jed había salido bien parado de un montón de chanchullos muy feos, pero que un día dio un patinazo y lo pillaron robando un banco. Con un arma cargada.

—Entonces ¿qué propones? —preguntó Woodrow con sarcasmo.

—Que saquemos a la chica de aquí y luego nos pongamos en contacto con Duncan. Ella atestiguará que la hemos salvado. Si Duncan no nos da el billete, nos las piramos y punto.

Woodrow guardó silencio unos instantes.

—Edmund, ¿cómo puedes ser tan tonto? Betty y Jed no van dejar que nos vayamos vivos de aquí con la chica. Seguro que esconden armas en los moldes de Betty, y si temen que el estilo de vida que llevan ahora corre peligro, no vacilarán en usarlas.

—Bueno, pues hagámoslo mientras están ocupados con el té.

—Y ¿crees que la chica va a venir con nosotros por voluntad propia? Ni en sueños.

—Hazme caso, Woodrow, confiará en nosotros más que en Betty. Si me dieran a elegir entre venirse con nosotros o quedarme aquí con Betty y Jed, optaría por lo primero.

—Y si le salvamos la vida, lo mínimo que podría hacer Duncan es devolvernos el billete —convino Woodrow—. Favor con favor se paga, como siempre nos decía tía Millie.

Edmund chascó los dedos.

—¡Ya lo tengo! Metamos en esto a tía Millie.

—¿Cómo?

—Que Duncan tenga que darle el billete a ella. Si se entera de que hemos dejado escapar ciento ochenta millones de dólares, se pondrá hecha un basilisco. Le decimos que hemos dado un pequeño traspíe con lo del pozo de petróleo, pero que nuestra idea es devolver el dinero a todo el mundo. No tiene por qué saber nada de Flower. Solo tenemos que pedirle que llame a Duncan para decirle que si no le devuelve el billete de lotería que la pobre compró en el supermercado cuando vino a visitarnos, se sentirá herida en lo más hondo. Y que sus sobrinos no desean que ella ni nadie salga herido. Duncan tendría que ser idiota perdido para no captar el mensaje.

—Es idiota perdido.

—¿Y qué más da? Creo que podría funcionar. Hemos de procurar que tía Millie no sepa absolutamente nada de Flower. Nos iremos de aquí con la chica, en la furgoneta de Jed, y pondremos rumbo a Canadá. He visto las llaves colgadas en un gancho del cobertizo. Nadie buscará la furgoneta porque Jed no se atreverá a denunciar su desaparición. Le decimos a Millie que alquile una limusina y que se presente en Branscombe, podría estar en el pueblo sobre las diez, y en cuanto nos diga que tiene el billete en sus preciosas manitas, soltamos a Flower.

—Y supongo que si nos cogen, nos queda el consuelo de pensar que heredaremos algo cuando decidan soltarnos —dijo Woodrow, desanimado.

—Si Millie no se lo gasta primero.

Woodrow se encogió de hombros, como si no le quedaran argumentos.

—Al menos sabremos que hicimos lo correcto salvando a Flower.

—Llamemos a tía Millie de una vez —dijo Edmund—, tengo que sacar a esa chica de aquí.

Woodrow tenía el número de tía Millie en la función de marcado rápido. Como

era de esperar, la mujer contestó a la primera llamada.

—Woodrow, ¿a qué debo tanto honor? —preguntó con sequedad—. Siempre es una alegría hablar contigo, aunque por lo general eso significa que estás tramando algo.

—Edmund y yo queríamos saber cómo estabas —dijo Woodrow en tono inocente.

—Muerta de aburrimiento. No puedo ir al casino hasta que cobre el cheque de la pensión. La vida es una lata cuando no se tiene dinero. Bueno, ¿qué queréis?

—De hecho, tenemos buenas y malas noticias.

—Dispara de una vez.

—Compramos un billete de lotería y hemos ganado ciento ochenta millones de dólares.

—¡Qué! ¡No me lo puedo creer! Y ¿cuál es la mala noticia?

—Que teníamos un trabajito a la mitad y...

—Vosotros dos no aprenderéis nunca, ¿verdad?

—Pues para ser tan tontos hemos ganado la lotería, ¿no?

—Tienes razón.

—Pero alguien nos robó el billete del congelador y queremos que lo recuperes. Sabemos quién lo tiene. Se llama Duncan Graham y, mira tú por dónde, le hemos vendido acciones de un pozo de petróleo falso.

—Está empezando a entrarme dolor de cabeza. ¿Por qué narices iba a dármelo?

Woodrow vaciló.

—Cobraré parte del premio del otro billete que se vendió para el mismo sorteo, así que de todas formas va a llevarse doce millones de dólares, pero nos robó el nuestro y lo sabe. Solo tenemos que convencerlo de que el boleto es tuyo. Y nos vendría bien que supiera que, en el caso de no devolvérselo a su dueña legítima, o sea a ti, que compraste el billete el otro día, cuando viniste a visitar a tus adorados sobrinos, se arrepentirá. ¿Lo entiendes?

—¡Una idea magnífica! Confíad en mí, sé lo que hay que hacer. Me llevo un tercio, ¿de acuerdo?

Woodrow tragó saliva.

—Claro, tía Millie. Incluso correremos con los gastos de la limusina que te traerá a Branscombe.

—Dame el número de Duncan...

Woodrow cerró la tapa de su teléfono móvil con brusquedad y se volvió hacia su primo.

—Tenemos suerte de poder contar con ella —dijo a Edmund—. Aunque sea un poco avariciosa y quiera un tercio.

—Dos tercios de una tajada es más que nada —repuso Edmund—. Salgamos de aquí.

—¿Qué se supone que hacías? —preguntó Betty con brusquedad mientras enderezaba la silla de Flower—. ¿Intentabas encontrar ayuda? No es buena idea. Puede que te interese saber que he recibido una llamada preguntando si te habías registrado aquí. Después de todo, quizá tu novio no tenía intención de darte la patada.

Betty abrió el cajón de la mesa del ordenador de un tirón y sacó un rollo grueso de cinta adhesiva negra. Arrastró la silla hasta el escritorio y los unió sin perder tiempo, dándoles varias vueltas.

—Si sabes lo que te conviene, no volverás a intentar nada parecido —dijo, mirándola fijamente a los aterrados ojos. A continuación, sacó un paño de cocina del profundo bolsillo del delantal y se los vendó—. Ojos que no ven... —masculló, irritada—. Tengo que volver para encargarme del té.

«Va a matarme —pensó Flower cuando la puerta se cerró—. Se acabó». Desesperada, intentó liberarse con todas sus fuerzas.

Minutos después, la puerta volvió a abrirse, deslizándose sobre los rieles. «Oh, Dios —pensó Flower—. Va a matarme ahora mismo».

—No tengas miedo, Flower —le susurró entonces uno de los asesores financieros que habían ayudado a atarla—. Vamos a sacarte de aquí. Lo único que queremos es que tu novio nos devuelva el billete de lotería. Esos dos han decidido matarte y no vamos a permitir que eso ocurra.

—¡Vaya, no me digas! —exclamó Betty.

—¿Eh? —contestó el hombre, presa del pánico.

Segundos después, Flower oyó cómo el cuerpo del asesor se desplomaba sobre el suelo de cemento con un golpe sordo.

—Steve quiere que llevemos la foto de Flower al mercadillo de la iglesia —dijo Jack—. Allí podemos hacer fotocopias. Dice que hay un montón de gente y que les enseñemos la foto a todos. Es un buen lugar por donde empezar.

«Estas carreteras están cada vez más resbaladizas —pensó Duncan con preocupación—, y oscurece a cada minuto que pasa. ¿Cómo puede haber ocurrido esto? ¿Cómo? Ojalá anoche me hubiera quedado en casa».

«Qué solitarias están algunas calles, qué sensación de calma antes de la tormenta —se dijo Alvirah—. Seguramente la gente está preparándose para la ceremonia de las velas y el paseo por la nieve de Santa Claus». En ese momento reparó en que el aparcamiento de la iglesia estaba casi lleno. Jack se detuvo delante de la puerta principal. Glenda y Regan se aparearon enseguida para ayudar a Duncan, quien todavía no había acabado de acostumbrarse a caminar con muletas.

—Jack, me quedo a hacerte compañía mientras aparcas —se ofreció Alvirah.

—Alvirah, pero ¿qué dices?

—Aparca, anda. Tengo que hacer una llamada. —Y añadió en cuanto Regan cerró la puerta—: Jack, no quería decirlo delante de Duncan, pero me gustaría investigar al hombre que encontró el anillo en forma de flor. Es posible que la señora de compañía que muy probablemente mató a Kitty, la amiga de la señora O’Keefe, todavía esté por aquí. Además, siempre existe la posibilidad, por remota que sea, de que Flower se haya topado con ella. Si esa señora de compañía vive aquí, estoy segura de que está al tanto de la historia de la lotería.

—La verdad es que valdría la pena comprobarlo —admitió Jack—. Ese anillo no ha llegado andando a Branscombe.

Sin embargo, en casa de Rufus Blackstone seguían sin responder.

—¿Por qué no tendrá contestador? —masculló Alvirah—. En estos tiempos... Voy a probar con la señora O’Keefe, a ver qué recuerda sobre la señora de compañía. Seguro que se pone hecha una furia conmigo con el tiempo que hace que no la llamo.

—Nadie podría enfadarse contigo, Alvirah —dijo Jack afectuosamente mientras se detenía en un sitio para aparcar.

Alvirah empezó a marcar el número.

—Nunca olvido un teléfono —se jactó—. Y menos el de la señora O’Keefe. No hacía más que llamarme y dejarme mensajes preguntándome si había visto sus gafas, o sus llaves, o su libreta de direcciones... ¿Hola, Bridget? Soy Alvirah Meehan... —Se echó a reír—. No, no se me han subido los humos a la cabeza. Claro que me apetece quedar para comer uno de estos días... Pero es que hoy ha ocurrido algo extrañísimo. Estoy en un pueblecito de New Hampshire y he visto el anillo en forma de flor de Kitty en el escaparate de una joyería. Estoy completamente segura de que es el mismo.

Al otro lado del aparato, la antigua jefa de Alvirah, que había estado viendo los

culebrones de la tarde, dio un grito ahogado.

—No hace mucho me preguntaba adónde habría ido a parar ese anillo. ¿Cómo ha llegado hasta el joyero?

—Lo encontró un hombre de por aquí, con el que estoy intentado ponerme en contacto. Quería saber si recordabas algo sobre la señora de compañía de Kitty. Yo solo la vi una vez, y de lejos.

La señora O’Keefe bajó el volumen del televisor.

—Todavía no he conseguido superar lo de Kitty. Al principio, la señora de compañía, de la cual después se supo que utilizaba un nombre falso, era de un empalagoso supino, hasta que empezó a mangonear a Kitty, claro.

—Recuerdo que eso te preocupaba, pero ¿qué aspecto tenía?

—Tenía una de esas caras redondas que siempre llevan colgando una sonrisa falsa. Pelo castaño. Estatura media, aunque fornida. Fingía preocuparse por Kitty y no dejaba de decir que le convendría coger un poquito de peso. La tenía frita. Kitty decía que la señora de compañía siempre andaba con la cabeza metida en el horno, haciendo pasteles y galletas, la mayoría de los cuales se los comía ella. Y pensar que salió impune después de dejar a Kitty sin blanca y empujarla por la escalera. Ambas sabemos que fue ella. Alvirah, si la encuentras, me gustaría tener la oportunidad de escupirle en la cara.

—Bridget, ojalá dé con ella. Kitty era una señora encantadora. Te llamaré en cuanto vuelva a Nueva York. Tengo el anillo; en cuanto el sobrino de Kitty dé su aprobación, es tuyo. No sabes las veces que le oí decir a Kitty cuánto deseaba que lo tuvieras tú.

—Ay, Alvirah, hay que ver qué buena eres. El anillo no me devolverá a Kitty, pero hará que vuelva a sentirme cerca de ella.

Alvirah se despidió y cerró la tapa del móvil.

—No ha sido de mucha ayuda —admitió—. A la señora de compañía que asesinó a Kitty le gusta hacer pasteles, lo que me recuerda que tengo hambre. —Metió la mano en el bolso hasta encontrar un caramelo de chocolate—. Jack, ¿quieres uno?

—Sí —contestó—. ¿Qué tal la cabeza, Alvirah? —preguntó, mientras desenvolvía el papel de celofán rojo y verde.

Alvirah abrió la puerta del coche.

—Ya me ocuparé de ella cuando encontremos a Flower.

Jack colocó una mano bajo el brazo de Alvirah para servirle de apoyo y atravesar con cuidado el aparcamiento. Una vez en el interior de la iglesia, bajaron la escalera que conducía al sótano, decorado alegremente y en plena ebullición gracias a los sonrientes voluntarios. Cerca de allí se oía ensayar al coro.

—*Nine ladies dancing, eight maids a-milking, seven swans a-swimming, six gees a-laying...*

Alvirah se volvió hacia Jack.

—*Five goolden rings* —cantó Alvirah, desentonando.

—¡Jack!

Ambos se volvieron. Regan se dirigía hacia ellos con pasos apresurados.

—Duncan acaba de recibir una llamada de la tía de los Winthrop, una señora mayor. Saben que Duncan tiene el billete de lotería. La mujer le ha dicho que sería mejor que no lo cobrara, porque es suyo, y que quiere que se lo devuelva o se sentirá herida en lo más hondo.

—¿Herida? —repitió Jack.

—Eso es lo que ha dicho. Duncan está seguro de que es una amenaza y que esos tipos tienen a Flower, pero la tía ha colgado antes de que pudiera averiguarlo.

—¿Y cómo se supone que Duncan debe hacerle llegar el billete? —preguntó Alvirah.

—Ha dicho que llamaría más tarde. Duncan sabe que esa mujer no compró el billete, pero le da igual. Se lo va a dar de todas formas.

A Alvirah se le cayó el alma a lo pies. Había esperado en vano que Flower se hubiera ido a esquiar todo el día y quisiera darle una sorpresa a Duncan por la noche. «Este tipo de secuestros no suelen acabar bien —pensó—. Siempre está el miedo de que a los secuestradores les entre el pánico y entonces...».

Sabía que Regan y Jack estaban pensando lo mismo.



—¡Maldito traidor! —gritó Betty, alzándose sobre Edmund, quien, conmocionado tras el golpe de kárate que le había propinado en la nuca y desorientado, intentaba ponerse en pie torpemente.

—No te molestes —dijo Jed con toda tranquilidad desde el quicio de la puerta, apuntando a Edmund con una pistola—. Atémoslo, Betty.

—¿Y qué crees que estoy haciendo? —preguntó ella, irritada, cogiendo la cinta adhesiva—. Tengo que volver adentro, la gente está devorando los bollos.

Ató las manos de Edmund a la espalda con movimientos rápidos y le enrolló las piernas con la cinta adhesiva.

Oyeron que la puerta del cobertizo se abría y se cerraba.

—Aquí vienen los refuerzos —se burló Jed en voz baja.

—¡Woodrow, corre! —gritó Edmund cuando Betty estaba a punto de amordazarlo, aunque demasiado tarde.

Segundos después, Jed acompañaba a Woodrow de vuelta al despacho, con la pistola apuntándole en la sien.

—Betty, parece ser que vas a tener que echarme una mano en Devil's Pass. Ya tenemos tres personas que han decidido darse un chapuzón esta noche.

—¿De qué estás hablando, Jed? —preguntó Woodrow con voz temblorosa.

—Aquí tu primo nos ha dicho que queríais dejar escapar a la chica. Eso no nos convendría mucho ni a Betty ni a mí, ¿no crees?

—No íbamos a dejarla escapar.

—Entonces ¿qué habíais pensado hacer con ella? —preguntó Betty con aspereza mientras tiraba de los brazos de Woodrow hacia la espalda y empezaba a unírseles con la cinta adhesiva.

—¿Qué os parece si llegamos a un acuerdo? —suplicó Woodrow—. Cuando cobremos el billete de lotería, nosotros nos quedamos con el diez por ciento y el resto es para vosotros.

—Solo si añades un par de pozos de petróleo —replicó Betty—. Estoy cansada de vuestras mentiras. —Y lo amordazó.

En cuanto los tres cautivos estuvieron bien atados y amordazados, Betty regresó al salón, todo ello en menos de cinco minutos.

Rhoda Conklin y Tishie Thornton charlaban animadamente con dos mujeres de una mesa continua.

—De hecho, pusieron el anillo de la novia de Duncan en el escaparate de la joyería de Pettie —estaba contándoles Tishie a sus embelesadas oyentes—. El chico echaba chispas.

—Esta mañana, una chica entró en la tienda preguntando por él —dijo Rhoda—. Aunque no creo que fuera su novia. Se quedó pasmada cuando le conté que Duncan había dejado el trabajo porque había ganado la lotería.

Una de las mujeres agitó la mano con desdén.

—Igual se trataba de alguien que se había enterado de que Duncan había ganado mucho dinero y tenía ganas de conocerlo.

—Pero ¿quién va a ir a trabajar cuando acaba de ganar doce millones de dólares? —preguntó la otra mujer, echándose a reír—. ¿No, Rhoda?

—Ahora ya no es mi problema quién decide si va o no va a trabajar —masculló Rhoda—. O quién pueda ser la novia de Duncan.

«Todavía no saben que ha desaparecido —pensó Betty, satisfecha, mientras empezaba a limpiar una mesa libre—. Tenemos que sacar a Flower y a los demás de aquí en cuanto empiece a oscurecer». Rhoda la vio y le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Podría traernos la cuenta, por favor? No sabía dónde se había metido. Nos habría gustado tomar otra taza de té, pero se nos ha hecho demasiado tarde. Incluso fui a buscarla a la cocina.

¿Habría mirado en la habitación de la colada?, se preguntó Betty, incómoda. Había metido el abrigo de Flower en el cesto de la ropa sucia y había tirado el bolso detrás. ¿Lo habría visto Rhoda?

—Lo siento —se disculpó Betty con una sonrisa—. Estamos muy ajetreados con lo del festival. No doy abasto.

—A nosotras nos trae sin cuidado el festival —contestó Tishie—. Bah, menuda bobada.

—Tú lo has dicho: una bobada —convino Rhoda, buscando el monedero—. Invito yo, Tishie. Gracias por pasar a recogerme. Sabía que no podía conducir con tanto follón. Gracias a Dios que mañana me vuelvo a Boston.

«Tú lo has dicho: gracias a Dios», pensó Betty.

Una vez que el billete de lotería estuvo a buen recaudo en la cámara acorazada del único banco de Branscombe, Ralph, Tommy y Marion quedaron en volverse a ver en la ceremonia de las velas. Ralph y Judy, cogidos de la mano, habían subido a su coche; Tommy, vigilado de cerca por sus padres, se había puesto tras el volante de su viejo sedán, y Marion había vuelto a casa ella sola, en medio de la ventisca.

En cuanto entró por la puerta, Marion dejó las llaves sobre la encimera de la cocina y se dirigió al dormitorio. «Me quitaré esta ropa tan elegante y me pondré una bata —pensó—. Me haré una taza de té y descansaré unas horitas. Apenas he pegado ojo en toda la noche, aunque sé que no voy a poder dormir».

De repente, se echó a llorar. Sacó un pañuelo del cajón y se secó los ojos. «Me siento tan sola... El dinero está muy bien, pero echaré de menos el ver cada día a mis amigos, a los demás compañeros de trabajo y a los clientes de toda la vida. A todos menos a La Mofeta. ¿Qué voy a hacer cuando me levante por la mañana?».

Se puso la bata, se anudó el cinturón y se recriminó lo tonta que estaba siendo. «Cuánta gente daría lo que fuera por encontrarse ahora mismo en mi lugar. Ojalá Gus todavía estuviera aquí. Nos lo pasábamos tan bien planeando nuestros viajes...». Le vinieron a la mente las decenas de fotografías de pingüinos que un cliente de Conklin's le había enseñado y que el hombre había sacado en un crucero por la Antártida. «Creo que Gus y yo habríamos pasado de los pingüinos y habríamos ido a un lugar más cálido», decidió Marion, nostálgica.

Puso la tetera a calentar en la cocina, abrió un armario y sacó una taza y una bolsita de té. Debería llamar a Glenda. Alargó la mano hacia el teléfono, echó un vistazo a la lista de números que había pegado con cinta adhesiva a uno de los lados de la nevera y marcó el de Glenda. Cuando esta contestó, Marion oyó un bullicioso murmullo de fondo.

—Glenda, el billete está bajo llave —la informó alegremente—. ¿Qué tal está Duncan?

—No muy bien —contestó Glenda enseguida—. Su novia ha desaparecido.

—¿Qué?

Glenda la puso al corriente.

—Estoy en el mercadillo de la iglesia. Vamos a enseñar la foto de la chica a todo el mundo. Por si fuera poco, hemos pasado por la joyería a buscar el anillo de flor y resulta que desapareció en un robo hace ocho años.

—¿El anillo de Flower es robado?

—En realidad, me refiero a que el anillo que Duncan le compró tiene forma de flor y... Lo siento, Marion, pero ahora no puedo hablar.

—¡Quiero hacer algo! —exclamó Marion.

—Ni lo sueñes, no vas a pasearte por ahí de puerta en puerta con la nieve que está cayendo.

—¡Glenda, no me jubiles antes de tiempo! No olvides que hasta esta mañana me pasaba todo el día de pie en la panadería.

—Ya sé que puedes con eso y con más. Le pediré a alguien que te envíe la foto de Flower por correo electrónico. Ve a Conklin's, quédate dentro de la tienda, junto a la entrada, y enséñasela a todo el que pase por allí. Tal vez alguien la haya visto.

—¿A Conklin's? —preguntó Marion, insegura.

—Ay, que no te lo he dicho: La Mofeta se ha ido para siempre. Sam y ella han roto esta mañana. Él está encantado.

—Envíame ese correo cuanto antes. ¡Estoy de camino!

Marion colgó. «Un anillo en forma de flor —pensó mientras regresaba al dormitorio a toda prisa—. Sé que he visto a alguien con uno así en el dedo».

Pero ¿a quién?

Y ¿dónde?

Betty llevó la última bandeja de tazas de té y platillos de postre a la cocina. La dejó caer junto al fregadero y, con paso largo y decidido, se dirigió a la puerta del cuarto de la colada.

—¿Qué haces? —preguntó Jed.

—Comprobar si se ve la mochila. Rhoda Conklin ha entrado en la cocina mientras estábamos en el cobertizo. Esta mañana vio a Flower en el supermercado y podría haberse fijado en la mochila roja que llevaba. —Betty clavó la mirada en la tela que asomaba por detrás de la cesta de la ropa sucia—. Se ve un poco, pero no lo suficiente para llamar la atención. Si ese logo de:

«FLOWER POWER».

Se hubiera visto un poco más, estaríamos perdidos. —Cogió la mochila y el abrigo de Flower y se los arrojó a Jed—. Aparca la furgoneta junto al cobertizo y esconde esto dentro. Tenemos que trasladar a esos tres a la furgoneta y sacarlos de aquí cuanto antes.

—Betty, todavía no ha oscurecido.

—Jed, piensa un poquito, aunque solo sea por una vez. Rhoda Conklin, esa cotilla de Tishie Thornton y otras dos mujeres estaban hablando de Flower. Todavía no saben que ha desaparecido, pero estoy segura de que no tardará en saberse porque ya ha llamado alguien para preguntar si la chica se ha registrado en The Hideaway. No podemos arriesgarnos a que la policía se pase por aquí y se ponga a fisgonear. No necesitan una orden de registro para dar la vuelta a la casa y ver el coche de los Winthrop detrás del cobertizo. Te recuerdo que dijeron que la poli seguramente estaba buscándolos.

—Baja la voz —contestó Jed con aspereza—. Podría haber alguien arriba.

—Arriba no hay nadie. ¿Para qué iban a estar aquí los de la televisión cuando tienen que cubrir el festival? —replicó ella con la misma brusquedad.

—Betty, tenemos que esperar a que oscurezca —sentenció Jed—. Si solo debe de quedar media hora.

—Pues entonces acerca la furgoneta y quédate con ellos en el cobertizo hasta que nos vayamos. Esa chica es lista, ya se las había ingeniado para atraer la atención. Si no la hubiera detenido, alguien podría haber oído las patadas contra la pared.

—Pero la detuviste. Y que sepas que todo esto es por tu culpa. Tendrías que haber sabido controlar la situación cuando aparecieron los Winthrop.

—¡Y tú nunca tendrías que haberte hecho amigo de ellos en la cárcel! —Nerviosa, Betty se puso a enjuagar las tazas—. Jed, después de que nos hayamos desecho de ellos, deberíamos plantearnos hacer las maletas e irnos a otro lugar, y

pronto. La gente empezará a hacerse muchas preguntas cuando vea que Flower no aparece. Los otros dos no importan. Si a alguien le da por escarbar un poco, no tardará mucho en descubrir que los verdaderos Betty y Jed Elkins murieron hace seis años en Alemania al volcar el autocar turístico en el que viajaban.

—Duncan, si tienes la impresión de que la llamada de esa mujer era una amenaza, entonces puede que no estés equivocado y que esos tipos tengan a Flower —dijo Jack sin tapujos.

—Será mejor que hablemos en el despacho —propuso Steve—. Es esa puerta del rincón.

Steve, Muffy, los Reilly, Alvirah, Willy, Glenda y Duncan siguieron a Steve hasta el despacho. Jack cerró la puerta tras ellos.

—Seguro que tienen a Flower —barbotó Duncan—. Por eso voy a darle el billete a su tía. ¿Por qué me ha colgado? Pero si no me he negado a dárselo.

—Está jugando contigo, Duncan —dijo Regan—. Sabe muy bien lo que se hace. Duncan señaló la ventana.

—Pronto oscurecerá. No puedo quedarme aquí sentado de brazos cruzados a esperar a que esa mujer vuelva a llamarme. Hay que buscar a Flower. Puede que os parezca ridículo, pero es como si estuviera suplicándome que la encuentre antes de que sea demasiado tarde.

—Y la encontraremos, Duncan —se apresuró a contestar Jack—, pero, oficialmente, todavía no podemos considerarlo un secuestro. Les birlaste el billete que compraron y quieren que se lo devuelvas. La desaparición de Flower podría deberse a una simple coincidencia. Además, ahora que sabemos que heredará una fortuna, tal vez los Winthrop no tengan nada que ver y que haya otras personas involucradas. Lo que no debes olvidar es que Flower es adulta y que no ha pasado tanto tiempo desde la última vez que alguien habló con ella. Flower ha intentado ponerse en contacto contigo varias veces esta mañana. Podría entrar por la puerta del mercadillo en cualquier momento.

—Eso no va a suceder —dijo Duncan rotundamente—. Sé que está ahí fuera en alguna parte y sé que necesita mi ayuda.

—Bueno, pues entonces pongámonos manos a la obra —dijo Regan con energía—. Steve, ¿podemos utilizar uno de estos aparatos para hacer copias de la foto de Flower?

—Sí.

—Aquí es donde hemos estado haciendo los envíos postales del festival —los informó Muffy—. Escanearé la foto, la pasaré al ordenador e imprimiré las copias. Luego podríamos hacer un envío masivo por correo electrónico. Debemos de tener la dirección electrónica de casi todo el pueblo. Enviaré un mensaje urgente de alerta con la foto y la descripción de Flower.

—Eso sería genial —dijo Regan.

—Le prometí a Marion que le enviaría la foto de Flower —dijo Glenda—. Irá a Conklin's y se la enseñará a todo el que entre por la puerta.

—Llamaré al jefe de policía —dijo Steve—. Reservamos varios números que

utilizamos para urgencias. Me dará uno de esos números para ponerlo en el correo electrónico, así la gente podrá llamar si la han visto.

Duncan no había soltado la foto de Flower desde que Glenda se la había devuelto, después de haber recorrido Main Street, puerta a puerta. El joven la extrajo del marco con cuidado y se la tendió a Muffy, quien se sentó delante del ordenador y se puso manos a la obra.

Era evidente que la actividad había conseguido que Duncan viera un rayo de esperanza.

—Duncan, enseñaremos la foto a todos los voluntarios que están aquí y luego saldremos a la calle —dijo Alvirah para tranquilizarlo—. Seguro que tenemos a todo el pueblo informado en una hora.

—Steve y yo nos vamos al parque que está apenas a unos minutos de aquí —dijo Muffy, mientras la impresora escupía copias de la foto de Flower—. Tenemos que estar en la tribuna de autoridades cuando llegue Santa Claus. Pediremos a los voluntarios que haya por allí que distribuyan la foto de Flower.

—¿No va a haber gente a lo largo de la ruta de Santa Claus? —preguntó Nora.

—Sí, de hecho seguro que ya están tomando posiciones —contestó Steve—. Hay gente a la que no le importa esperar con este frío y esta nieve para tener una buena vista.

—A Luke y a mí no nos importaría seguir la ruta con la foto de Flower e ir enseñándosela a la gente que ya esté esperando.

—Claro que no —aseguró Luke. Descansó una mano en el hombro de Duncan, aunque no supo qué decirle. Recordó los angustiosos momentos por los que habían pasado su chófer y él cuando fueron secuestrados y abandonados a su suerte en una barca que hacía aguas—. Venga todos, en marcha —los animó.

—Os acompaño —se ofreció Willy—. Puede que no lo parezca, pero estoy en forma. Sé que Alvirah preferirá no alejarse mucho de Regan, Jack y Duncan. Es mejor que nos separemos, así podremos cubrir el máximo terreno posible.

—Muffy, antes de que nos pongamos en marcha —dijo Alvirah—, ¿conoces a Rufus Blackstone?

—¿Rufus Blackstone? Pues claro que lo conozco. Interpretará a Scrooge en *Canción de Navidad*. Estaban ensayando en el ayuntamiento, al otro lado de la calle, pero a estas horas deben de estar a punto de terminar. ¿Por qué?

—Llevo las dos últimas horas intentando ponerme en contacto con él. Fue quien encontró el anillo que Duncan le compró a Flower y me gustaría hacerle unas preguntas sobre el asunto. Resulta que hace unos años le robaron ese anillo a otra persona y no quisiera dejar ningún cabo suelto —dijo.

Regan miró a Alvirah.

—Te acompaño, vamos ahora mismo —dijo. Se volvió hacia Jack—. Volvemos en un minuto. ¿Qué os parece si Glenda, Duncan y tú les enseñáis la foto a los voluntarios que hay por aquí?



—Buena idea.

Salieron todos juntos del despacho, armados con montones de fotos de Flower. Steve hizo un gesto a un voluntario para que se acercara.

—¿Te importaría dejar a esta gente en la ruta de Santa Claus? —dijo, señalando a Luke y a Nora.

—Claro que no, señor alcalde.

—Y a este otro caballero a medio camino del parque.

Regan y Alvirah salieron con paso rápido de la iglesia y cruzaron la calle. El ensayo había finalizado, por lo que se apresuraron a enseñar la foto de Flower a los últimos actores que en ese momento salían por la puerta.

—Lo siento —contestaron.

—Me gustaría hablar con Rufus Blackstone —dijo Alvirah—. ¿Está dentro todavía?

—Es el tipo alto, de cabello y barba blanca, que está ayudando a ponerse el abrigo a su mujer. Están hablando con el director. Rufus siempre tiene alguna propuesta al final de cada ensayo.

—¡Señor Blackstone! —bramó Alvirah—. Tengo que hablar con usted.

Al ver la expresión de fastidio en el rostro del hombre, Alvirah y Regan apretaron el paso y se presentaron.

—Somos amigos del joven que compró el anillo en forma de flor que usted encontró.

—¿Se refieren a Duncan? La gente no para de hablar de él. Ha estado desaparecido toda la noche y luego ganó la lotería, ¿no?

—Sí, eso mismo —contestó rápidamente Alvirah—. El señor Pettie nos ha dicho que usted encontró el anillo en la calle.

—Eso es.

—¿Dónde?

Rufus las miró con recelo.

—¿Por qué quieren saberlo?

—Porque podría haberse caído a la persona que lo robó hace ocho años.

—¡Caramba! —exclamó la esposa de Rufus, Agatha—. ¿Es robado?

—Sí —contestó Alvirah—, y lo robó alguien que podría ser responsable de la muerte de su dueña.

—Vaya, no me extraña que nadie respondiera al anuncio que publiqué en el periódico —dijo Rufus—. Estuvo puesto durante semanas. Supuse que lo habría perdido algún turista.

—Que lo habría perdido, ¿dónde? —preguntó Regan.

—Delante del supermercado de Conklin.

—¿En el Conklin's Market? —repitió Alvirah—. Últimamente no dejan de pasar cosas en ese lugar.

—El aro del anillo era viejo y se había roto. Podría haberse partido y habersele

caído a alguien del dedo.

—Alguien que no tendría que haberlo llevado puesto —dijo Alvira, pensando en la señora de compañía de Kitty.

Agatha estaba boquiabierta.

—Recuerdo que estuve bromeando con Rufus y le dije que el papel de Scrooge le iba de perlas porque no quería que me pusiera el anillo. Mi marido prefería venderlo por la cantidad que le dieran. Mira, ahora me alegro. ¿Quién querría llevar un anillo que se ha puesto una asesina? Yo, no. ¿Verdad, Rufus?

—Supongo que no. Vamos tirando, si no, no llegaremos a ver la ceremonia de inauguración. Aunque en realidad tendríamos que estar ensayando. Esta obra no está lista para su puesta en público.

—Ya sé que tienen prisa —dijo Regan rápidamente—, pero ¿le importaría mirar esta foto unos segundos? Es la novia de Duncan y lleva desaparecida desde esta mañana. Por casualidad no la habrán visto hoy por aquí, ¿verdad?

—Pues no —contestó Rufus con brusquedad, echándole un vistazo.

Agatha entrecerró los ojos, la estudió con detenimiento y volvió a abrirlos de par en par.

—Ay. Ay. Un momento. Ay. Sí, yo la he visto.

—¿Dónde? —preguntaron Regan y Alvira al unísono, dejándose la voz.

—La pobrecilla estaba llorando. Me la crucé en Main Street. Ella iba en una dirección y yo en la otra. Yo acababa de salir del salón de belleza.

—¿Se fijó hacia dónde se dirigía? —preguntó Alvira.

—Me volví para ver si podía ayudarla en algo, parecía muy disgustada, pero se escabulló por el callejón. No le habría dado alcance ni aunque hubiera querido. ¡Además, Rufus siempre me dice que me ocupe de mis asuntos!

—¿Dónde está ese callejón exactamente? —preguntó Regan.

—Entre el Conklin's y el salón de belleza. No tiene pérdida, es el único que hay.

—No sabe lo agradecidas que le estamos —dijo Regan.

Alvira ya había salido por la puerta.

Abrigada con un cálido jersey, unos pantalones, unas botas de nieve y una parka, Marion abrió la puerta de Conklin's y echó un ojeada a su alrededor para ver si localizaba a Sam. Los clientes de última hora abarrotaban el supermercado. Todo el mundo la saludó con una sonrisa y la felicitó.

—Si andas buscando al señor Conklin, está en la cocina —dijo Paige, la cajera—. Glenda ya se ha pasado por aquí. ¿Has oído lo de la novia de Duncan?

—Por eso he venido. Me gustaría enseñar a los clientes la foto de la chica, pero primero me gustaría informar al señor Conklin.

Marion se dirigió a la parte de atrás, pasó junto a la panadería y se sorprendió al ver que los estantes de la vitrina estaban casi vacíos. Lisa, la jovencita que la ayudaba a despachar, parecía agotada. Estaba marcando en la caja la venta de las dos últimas magdalenas y una tarta de manzana.

La clienta que alargaba la mano para recoger el paquete, una veinteañera, llevaba una gruesa alianza de oro, que Marion se quedó mirando. «Aquí es donde me fijé en el anillo en forma de flor —recordó emocionada—. Estaba entregándole la compra a alguien. ¿A quién sería? Puede que más tarde me venga a la memoria».

Marion se sorprendió al ver a Richard, el hijo de Sam, cortando un jamón en la cocina. Lo conocía desde que era un crío.

—Marion, ¿ya te has gastado todo el dinero? —La saludó alegremente. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella.

—Richard, qué buen aspecto tienes —contestó Marion, abrazándolo—. Iba a ir a verte al teatro.

—No te preocupes, la próxima vez puedes venir a verme con mi padre. Supongo que ya sabes que vuela en solitario.

—Sí —contestó Marion, sonrojándose al tiempo que Sam se volvía y los veía.

El hombre parecía cansado, pero feliz, cuando cogió las manos de su antigua empleada entre las suyas.

—Marion, este lugar no es lo mismo sin ti —dijo con amable sinceridad—. Ya le he dicho a Glenda que tengo lista vuestra paga de Navidad.

—Sam, por favor, no te preocupes por eso ahora —dijo Marion—. Solo quería saber si no te importaría que me quedara junto a la puerta de entrada y repartiera la foto de la novia de Duncan. La chica todavía no ha aparecido y el pobre está muy preocupado.

—Por favor, estate el tiempo que quieras —contestó Sam, sin soltarle las manos.

Marion se apostó en la entrada sin perder tiempo, dentro del establecimiento. Mientras repartía la foto de Flower, no dejaba de pensar en el anillo en forma de flor y en que se lo había visto puesto a una clienta en el mostrador de la panadería. «Piensa, Marion», se apremió. Podría ser importante. Recordaba lo tímida que era de jovencita. Cuando en séptimo curso le preguntaban en clase, se ponía muy nerviosa y

se le olvidaba todo. La señora Griner, la profesora de inglés, era muy comprensiva. Le decía: «Marion, sabes la respuesta. Tómate unos segundos para pensar, enseguida te vendrá a la memoria».

Siempre funcionaba, pero ahora no había manera de recordar. Debía de ser la edad, y eso que hacía crucigramas para mantener la mente ágil, pensó, frustrada.

¡Tenía que recordar quién llevaba ese anillo!

—Volveremos sobre sus pasos —dijo Jack—. Traeré el coche.

—Flower estaba llorando. ¡Ay, Dios! —gimoteó Duncan mientras subía como podía los escalones del sótano de la iglesia para salir a la calle, apoyándose en las muletas.

—A estas horas, Main Street estará cerrada al tráfico —dijo Glenda cuando subieron al vehículo—. Ese callejón desemboca en una callecita donde se encuentra ese *bed and breakfast* al que telefoneé, The Hideaway. Pero la mujer que lo lleva me dijo que no se había registrado ninguna joven.

Regan y Alvirah intercambiaron una mirada.

—Vamos allí directamente —dijo Regan—. Tal vez se registrara con un nombre distinto.

—¿De verdad crees que es posible? —preguntó Duncan, esperanzado—. Los dueños del lugar, Betty y Jed Elkins, son clientes habituales de Conklin's.

—Vale la pena comprobarlo —dijo Regan—. Empezaremos por ese lugar.

Jack condujo con prudencia por las calles nevadas, siguiendo las indicaciones de Glenda.

—A la gente le gusta ir a The Hideaway a tomar el té —comentó la antigua cajera—. Ya casi hemos llegado. La siguiente a la derecha. —Doblaron en una calle estrecha, con una hilera de setos altos a la izquierda—. Esos setos ocultan el aparcamiento que hay detrás de las tiendas. A la izquierda queda el callejón —explicó Glenda—. Y The Hideaway está casi al fondo.

Jack aparcó el coche delante del establecimiento.

—Glenda, tú que te conoces esto, ¿por qué no le echamos un vistazo al callejón?

—Alvirah y yo entraremos en el *bed and breakfast* a ver qué podemos averiguar —dijo Regan.

—Voy con vosotras —dijo Duncan.

—Duncan, iremos más rápidas si esperas aquí. Mira cuántos escalones tiene ese porche. Quédate en el coche con el móvil a mano y mira si vuelve a llamar la tía de los Winthrop —sugirió Regan.

—Muy bien, Regan —accedió Duncan, recostándose contra el asiento, extenuado.

Flower iba encajada en medio de Edmund y Woodrow, en la parte posterior de la furgoneta. Entre Jed y Betty, los habían sacado uno a uno del cobertizo y los habían cubierto con mantas. Aunque Flower llevaba la mordaza tan prieta que le habría sido imposible emitir ni un quejido, ambos hombres intentaban pedir ayuda desesperadamente a través de la cinta adhesiva que les tapaba la boca. Sin embargo, el único sonido que conseguían emitir era un gimoteo apagado que nadie que no estuviera dentro de la furgoneta habría podido oír.

«No volveré a ver a Duncan nunca más», pensó Flower.

—Vamos, Betty —la apremió Jed, impaciente.

—Voy a dejar una nota en el mostrador de la entrada diciendo que estamos en la ceremonia de las velas y vuelvo enseguida.

—¿Todavía no lo has hecho?

—No, Jed, estaba demasiado ocupada haciéndome la manicura —replicó Betty—. Métete en el coche. Vuelvo ahora mismo.

Betty desaparecía por la puerta de la cocina en el preciso instante en que sonaba el timbre y oía que se abría la puerta de entrada.

«Oh, no —pensó—. Al menos todavía no he dejado la nota. Sería conveniente que nadie nos viera salir con el coche».

—Parece que no hay nadie —dijo Regan mientras esperaban en el mostrador de recepción.

En ese momento oyeron unos pasos contundentes que procedían del pasillo. Una mujer corpulenta se dirigía hacia ellas con una sonrisa cordial.

—Hola. ¿En qué puedo servir a estas señoras tan encantadoras?

—¿Es usted Betty Elkins? —preguntó Regan.

—Sí, soy yo.

Regan le alargó la fotografía de Flower.

—Hemos llamado antes —dijo—. Esta joven, Flower Bradley, sigue desaparecida, y nos preguntábamos si por alguna casualidad no se hubiera registrado aquí con otro nombre.

Betty fingió que examinaba la foto de Flower.

—Siento en el alma no poder ayudarlas, pero no la he visto. Como ya le he dicho a Glenda cuando me ha llamado antes, todas las habitaciones están reservadas desde hace semanas. Aunque hubiera estado aquí esta mañana, no habría encontrado habitación. —Devolvió la foto a Regan con una sonrisa amable—. Qué lástima, parece una chica adorable. Espero que al final todo se solucione.

Regan se percató de que Betty Elkins estaba sudando y de que le faltaba el aliento.

—¿Le importaría quedarse la foto y enseñársela a sus huéspedes?

—Por supuesto.

Ni Regan ni Alvirah tenían intención de irse. Ambas percibían la profunda angustia que Betty Elkins intentaba ocultar. «En mi vida he visto una sonrisa más falsa», pensó Alvirah.

—He oído que sirve meriendas deliciosas —dijo Regan, para ganar tiempo.

—Deberían pasarse alguna tarde por aquí. Me enorgullece decir que mis bollos son incomparables y me han dicho que hago un pastel de chocolate buenísimo. Ahora, si me disculpan, tengo algo en el horno.

Fue como si Alvirah oyera la voz de Bridget O'Keefe: «... tenía una de esas caras redondas que siempre llevan colgando una sonrisa falsa. Siempre andaba con la cabeza metida en el horno, haciendo pasteles y galletas, la mayoría de los cuales se los comía ella...». Alvirah apartó la vista de la cara redonda de Betty y la clavó en el muñeco mecánico de Santa Claus que había sobre el mostrador de recepción, que no dejaba de saludar y hacer reverencias. Bridget O'Keefe insistía cada dos por tres en que tenía que haberle tirado el muñeco mecánico de Santa Claus por error y ella siempre le decía que un día lo encontraría en cualquier cajón.

—Qué Santa Claus más bonito —dijo Alvirah—. Tenía una amiga, Kitty Whalen, que solía visitar a la mujer para la que yo trabajaba...

Alvirah se fijó en el tic de la mejilla cuando Betty la interrumpió.

—Lo siento de veras —se excusó la casera—, pero tengo que volver a la cocina y, además, me gustaría llegar al parque antes de que empiece la ceremonia de las velas.

—Gracias por su tiempo —dijo Regan.

Alvirah y ella estaban dando media vuelta a regañadientes cuando Glenda irrumpió por la puerta con la mirada avivada por la emoción.

—¡Acaba de llamarme Marion! Betty, tal vez tú puedas ayudarnos. Marion dice recordar que llevabas un anillo en forma de flor. ¿Cómo ibas a saber que era robado? Es decir, si se trata del mismo que Duncan compró...

Alvirah volvió la cabeza hacia Betty y sus miradas se encontraron. Una furia maligna había sustituido la máscara sonriente. Con un rápido movimiento, Betty volcó el mostrador y lo empujó hacia ellas. Mientras las mujeres retrocedían de un salto, Betty se lanzó a la carrera por el pasillo a una velocidad sorprendente.

—¡Tú mataste a Kitty Whalen! —gritó Alvirah.

Regan trepó por el mostrador y fue tras ella. Alvirah le pisaba los talones. Al llegar a la cocina, vieron que estaba vacía y que la puerta trasera había quedado abierta. De repente, oyeron que un coche arrancaba a toda prisa en la entrada.

Alvirah vio en la encimera unos envoltorios de celofán arrugados de color verde y rojo. Era el mismo envoltorio de los caramelos que Willy le había comprado en el supermercado, el supermercado en que los timadores habían comprado el otro billete de lotería. El tipo de la tienda le había dicho que apenas había vendido unos cuantos.

—¡Regan! —gritó, mientras recogía los restos de papel celofán—. Los asesores

financieros que tienen a Flower podrían haber estado aquí. ¡Puede que estén conchabados con Betty!

Retrocedieron a toda prisa por el pasillo y salieron a la calle. Glenda la había cruzado a la carrera para ir a buscar a Jack al callejón.

—¡Al coche! —gritó él—. ¡No pueden escapar!



—Betty, ¿qué ha pasado? —Gruñó Jed, pisando a fondo el acelerador y pasando a toda velocidad junto al coche de Jack—. Mientras te esperaba, oí que un tipo gritaba el nombre de Flower.

—La señora de la limpieza de la O’Keefe me ha reconocido.

—¿Qué? —Dio un volantazo a la izquierda al final del bloque, conduciendo a una velocidad temeraria.

—¿Adónde vamos? —preguntó Betty, con la voz atenazada por el pánico cuando las ruedas de la furgoneta empezaron a patinar—. Nos siguen.

—¡Silencio! He mirado las calles que van a cerrar y ya he encontrado el camino más rápido hasta Devil’s Pass.

Medio asfixiada bajo las mantas sofocantes, Flower tuvo por primera vez la sensación de que todavía les quedaba alguna esperanza. Había oído que Duncan la llamaba. Seguro que iba en el coche que los seguía. «No te quedes atrás», le suplicó para sus adentros.

Edmund sintió deseos de poder consolar a Flower. «¿Quién iba a creer que esto empezó cuando Woodrow y yo ganamos la lotería?», se preguntó.

Jed dobló a la izquierda con brusquedad. Las ruedas traseras patinaron, pero consiguió recuperar el control del vehículo.

—Tomaremos esta calle y saldremos de la población —dijo a Betty, echándole un vistazo al retrovisor—. Creo que los hemos perdido.

—¡Jed, cuidado! —gritó Betty al torcer a la derecha por aquella carretera.

Los faros del coche alumbraron una calle cortada inesperadamente. Había decenas de Santa Claus por todas partes al frente de trineos tirados por caballos. La Fiesta de la Alegría se había reservado una sorpresa especial y los Santa Claus de todo el estado de New Hampshire se habían dado cita en Branscombe para participar en la ceremonia de inauguración.

Jed dio un frenazo. La furgoneta dio tres vueltas sobre sí misma y se deslizó patinando hasta uno de los lados de la calzada. Los agentes del control de carretera se acercaron corriendo en el momento en que el coche de los Reilly se detenía detrás de la furgoneta de los Elkin.

—¡Cuidado, podrían ir armados! —gritó Jack, apeándose de un salto.

Los agentes rodearon la furgoneta con el arma desenfundada. Se abrió la puerta del conductor y Jed, con las manos en alto, salió a la carretera nevada. Al mismo tiempo, Betty abrió la puerta del pasajero.

—La pistola está en la guantera y hay gente ahí detrás —dijo en tono amenazador.

Jack abrió la puerta trasera de la furgoneta de par en par. Regan y él apartaron las mantas de un tirón, debajo de las cuales había tres personas que intentaban liberarse. Tenían los ojos vendados y estaban amordazados y atados.

—¡Duncan, está aquí! —gritó Regan, subiendo al interior de un salto.

Se inclinó sobre Flower, le arrancó la venda de los ojos y le desató la mordaza.

—¡Flower! —gritó Duncan, acercándose arrastrando su cojera.

Jack sacó a Flower en brazos, la dejó en el suelo, de pie, y le sirvió de apoyo mientras un agente cortaba la cuerda que le ataba las manos y los pies.

—Duncan, quería darte una sorpresa —dijo Flower con un hilo de voz.

—Y vaya si me la has dado —repuso Duncan llorando. Tiró las muletas y la estrechó entre sus brazos.

—Creí que nunca más volvería a verte —le susurró Flower mientras él la sostenía con fuerza. Cuando los agentes sacaron a los Winthrop de la furgoneta, se echó a reír con nerviosismo—. Eh, Duncan, ahí están tus asesores financieros. ¿Quieres hacerles alguna consulta ahora que has ganado la lotería?

Duncan también se echó a reír.

—¡No! Y no voy a reutilizar una bolsa de plástico en la vida. —Apartó el pelo de la frente de Flower con delicadeza—. Ya no necesito sus consejos para planear mi vida. Lo único que ahora quiero planear es nuestra boda. Flower, ¿quieres casarte conmigo?

—Lo antes posible.

Alvirah se secó una lágrima.

—Qué bonito, ¿no crees? —preguntó a Regan y a Glenda—. Espero que nos inviten a la boda.

Estaban retirando a un lado el control de carretera.

—Es hora de ponerse en marcha —dijo uno de los policías.

Los relinchos de los caballos, sacudiéndose la nieve de las crines, dieron inicio a la Fiesta de la Alegría.

*Domingo, 14 de diciembre*

El domingo por la mañana, el aroma tentador de los *creps* de arándano impregnaba el sótano de la iglesia.

El fin de semana había sido un éxito arrollador, todo Branscombe había participado en el festival; es decir, todos menos Betty y Jed. Con los cargos pendientes por secuestro e intento de asesinato, tendrían que pasar muchos años antes de que pudieran acudir a otra ceremonia con velas o a un desayuno de *creps*.

Rufus Blackstone había salido tres veces a saludar al escenario cuando terminó la función de *Canción de Navidad*. No habían quedado asientos libres para la hora del cuentacuentos de Nora, lo que había puesto de relieve que mucha gente seguía llevando a un niño en su interior. Los ganadores de la lotería habían arrimado el hombro en Conklin's para servir la comida del festival, y Sam y Marion habían trabajado codo con codo todo el fin de semana.

La mesa que ocupaban Alvirah, Willy, Regan, Jack, Nora, Luke, Muffy, Steve, Duncan, Flower y los compañeros de Duncan que habían ganado la lotería era una de las más animadas.

—Espero que sean benevolentes con los Winthrop —dijo Flower—. Hicieron lo posible para salvarme y casi perdieron la vida por ello.

—A mí quien me da lástima es su tía Millie —dijo Duncan—. La otra noche, cuando se presentó aquí para recuperar el billete de lotería, casi se desmaya al ver a la policía y enterarse de que sus sobrinos estaban en la cárcel. Pero lo mejor vino luego, cuando intentó describir el supermercado donde supuestamente había comprado el billete. Ojalá hubiera tenido una cámara a mano. —Se echó a reír—. Dijo que estaba en una calle muy frecuentada y que no conseguía recordar si había una gasolinera enfrente o no. Creo que la policía se quedó pasmada cuando les entregué el billete de lotería. Será interesante ver qué ocurre con él.

—Lo decidirá un juez —explicó Jack—. Esos dos estafadores estaban en libertad condicional y no tendrían que haber jugado. Quién sabe lo que dictaminará el magistrado.

—Pues yo todavía no puedo creer que nunca sospechara lo mala que era Betty Elkins —dijo Glenda, sacudiendo la cabeza—. Mira que fui tonta.

—Glenda, si no hubieras entrado corriendo en The Hideaway de aquella manera, Betty y Jed habrían estado de camino al lago con Flower —dijo Regan— y podría haber sido demasiado tarde para detenerlos.

Duncan apretó la mano de Flower y a continuación los miró a todos.

—No encuentro palabras para expresar lo agradecidos que Flower y yo os estamos a todos vosotros —empezó a decir antes de que la emoción le impidiera continuar.

Flower le sonrió y se volvió hacia Alvirah.

—Fue un precioso detalle por parte de su amiga, la señora O’Keefe, el ofrecernos el anillo que Duncan había elegido para mí.

—Os lo dije de corazón, pero estuvo encantada cuando rechazasteis el ofrecimiento —contestó Alvirah, echándose a reír.

—El señor Pettie va a hacernos un anillo especial en forma de flor —dijo Duncan—. Admito que me puse furioso al ver que lo había expuesto en el escaparate, pero si no hubiera...

No acabó la frase.

—Vamos a casarnos en la isla de Saint John a finales de enero —anunció Flower—, y nos gustaría que vosotros y vuestras familias pasarais todo el fin de semana como nuestros invitados en el complejo turístico.

—Nosotros podemos arreglarlo —dijo Willy sin dudarlo.

—¡Todos podemos! —convino Tommy.

*Viernes, 30 de enero*

Seis semanas después, Duncan, recién liberado de la escayola, y los demás estaban tomando el sol en la playa; era el día anterior a la boda. En ese momento sonó el móvil de Glenda, quien miró la pantallita para ver quién llamaba.

—¡Es Harvey! —dijo exasperada—. ¿Por qué no me dejará en paz de una vez? Y ¿ahora qué, Harvey? —contestó.

—¡Glenda, acabo de oír que el juez se ha pronunciado sobre el otro billete de lotería! —gritó Harvey—. Ha dicho que es nulo porque, para empezar, esos estafadores no estaban autorizados a comprarlo.

—Me alegra oír eso —dijo Glenda—, tengo que dejarte.

—¡Espera! También ha decidido que solo hay un billete ganador. ¡Os vais a llevar todo el bote!

—¿Todo el bote? —repitió Glenda, ahogando un grito.

—¡Veinticuatro millones cada uno! —dijo Harvey, quebrándosele la voz—. Glenda, lo nuestro iba bien... Solo encontramos una piedrecita en el camino...

—¡Harvey, debes de estar de broma! ¿Sabes qué? Haré una donación en tu nombre a la causa preferida de la cadena BUZ. —Colgó el teléfono. Los demás la miraban expectantes—. ¡El juez ha fallado que nuestro billete se lleva todo el bote! —exclamó—. ¡Los trescientos sesenta millones!

Los gritos y los chillidos se oyeron por toda la playa. La madre de Tommy se levantó de un salto de la silla. Las hijas de Ralph y de Judy se acercaron corriendo a la orilla y empezaron a salpicarse la una a la otra. Marion y Sam no sabían cómo reaccionar.

—Eso son muchos donuts —dijo Sam.

Duncan y Flower se limitaron a sonreír. En esos momentos, otros doce millones más o menos no significaban mucho para ellos.

Regan, Jack, Nora, Luke, Muffy y Steve no hacían más que mirarse entre ellos.

—Y yo que creía que las cosas no me iban mal —se echó a reír Nora.

Alvirah se inclinó hacia delante.

—Todo esto está muy bien, pero no olvides que mucho se espera del que mucho recibe.

—Alvirah, no te preocupes. Todos hemos decidido que haremos donativos a la caridad —le aseguró Ralph.

—Eso está bien. Y ahora, más que nunca, debo insistir en que os hagáis miembros de mi Grupo de Apoyo a los Ganadores de Lotería...

Jack se volvió hacia Regan con la ceja enarcada.

—Mira, un grupo al que no me importaría que me pidieran que me uniese.



MARY HIGGINS CLARK. Escritora de novelas de misterio estadounidense. Cada una de sus 42 novelas de misterio se ha convertido en un éxito de venta en los Estados Unidos y en varios países europeos y continúan actualmente a la venta. Su primera obra. ¿Dónde están los niños?, ha sido reimpresa hasta en setenta y cinco ocasiones.

Conocida como «La Reina del Suspense», Clark ha sido calificada como una «maestra de la intriga» que tiene la habilidad de crear la tensión lentamente mientras hace que el lector piense que todos son culpables. En sus novelas las protagonistas son mujeres jóvenes fuertes e independientes, quienes se encuentran en el medio de un problema que deben resolver con su propio coraje e inteligencia. Las heroínas son representadas como personas reales, que toman decisiones sensatas, y que hacen pensar a los lectores «esto podría haberme pasado a mí, o a mi hija». Los libros de Clark son escritos para adultos, pero debido a su decisión de no incluir sexo explícito o violencia en sus historias, se han vuelto populares en niños de doce años en adelante.

CAROL HIGGINS CLARK, escritora estadounidense de novelas de misterio. Es hija de la escritora Mary Higgins Clark. Han escrito varias novelas juntas.

Nacida en Nueva York y criada en Nueva Jersey. Tiene 4 hermanos. Se graduó en el Mount Holyoke College. Mientras estudiaba la carrera ayudó a su madre a transcribir sus borradores, cambiando a veces el nombre de los lugares y/o personajes, y así es

como empezó en este mundo. De sus hermanos, es la única que escribe, aunque tiene una cuñada que también es novelista, Mary Jane Clark. Sus novelas están protagonizadas por el mismo personaje, la detective Regan Reilly. También escribe guiones de cine y televisión.